Juan Antonio Galvarriato del Rivero

Periodista

CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
SANTANDER, 2025

JUAN ANTONIO GALVARRIATO DEL RIVERO. PERIODISTA

Fotografía de cubierta:
«Premio a un literato», *Ahora*. Madrid. 21 de enero de 1933. Página 12. Detalle.

© De los textos: los autores
© De las imágenes: las referencias en cada una.
© De la edición: Centro de Estudios Montañeses

Gómez Oreña 5, 3°
39003, Santander
cesmontaneses@yahoo.es

Impresión: Gráficas Copisán (Santander)

Libro subvencionado por:
Gobierno de Cantabria, *Consejería de Cultura, Turismo y Deporte*

ISBN: 979-13-990786-2-6
Depósito legal: SA750-2025

JUAN ANTONIO GALVARRIATO DEL RIVERO. PERIODISTA

CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
SANTANDER
2025

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9
FAMILIA 11
FORMACIÓN ACADÉMICA Y PERIODÍSTICA 17
PRIMEROS AÑOS EN LA PRENSA 21
EN MADRID, SIN OLVIDAR A CANTABRIA 25
EL ECO MONTAÑÉS 29
LA FIESTA MONTAÑESA 33
DOS REVISTAS PROFESIONALES 37
DIRECTOR DE *LA LIBERTAD* 41
HISPANIA. REVISTA DEL ARTEY LAS LETRAS DE LA RAZA 47
LIBROS 51
La obra de Adolfo Bonilla y San Martín 51
Los bancos de emisión antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. El patrón oro en España. La prórroga del privilegio al Banco de España 52
El correo y la telecomunicación en España 53
El Banco de España. Síntesis de su labor desde que fue creado en 1856 hasta el momento actual 54
Banco de España. Momentos culminantes de su vida. La ley, los estatutos y el reglamento vigente. Crítica. Deducciones 56
Banco de España. Su historia en la centuria 1829-1929. Constitución, historia, vicisitudes y principales episodios en el primer siglo de su existencia .. 56
La Bolsa de Madrid, Fundación por la Ley de 10 de Septiembre de 1831. Desenvolvimiento histórico de la ley y de la Bolsa a través de la primera centuria 57

MALOS TIEMPOS 61
CÓMO ERA 63
FUENTES 67
TEXTOS LITERARIOS 87
«Ayer, hoy y mañana» 91
«Cerote ó la sublevación de Salinera» 95
«Las ilusiones de Facio» 99
«Mirueta» 103
«El cisma de Salinera» 109
«La puja» 117
«El caldo» 129
«Una chicharronada» 137
«El «ijujú»» 143
«Tradiciones montañesas. el origen de la "robla"» 145

INTRODUCCIÓN

Las hemerotecas ocultan los nombres de cientos de periodistas cántabros que trabajaron desde las primeras décadas del siglo XIX y cuyas historias no han llegado hasta nosotros. Cronistas, reporteros, enviados especiales o corresponsales que con su trabajo cotidiano permitieron a sus contemporáneos conocer lo que sucedía, desde su entorno más próximo al lugar más lejano del mundo. Era una época en la que no había más escuela de periodismo que la de la experiencia, de manera que la única forma de acceder a un puesto de trabajo remunerado era haciéndolo primero gratis. Se trataba de un oficio fundamentalmente vocacional, aun cuando se accedía a la etapa remunerada fue muy mal pagado durante décadas, por lo que la mayoría de los informadores se vieron obligados a compaginar esa tarea con otras que permitieran sacar adelante las economías familiares.

Desde hace tiempo se ha despertado en Cantabria un interés sobre la historia del mundo de la comunicación. Un interés que ha dado como resultado una serie de publicaciones centradas, especialmente en personajes, cabeceras o períodos parciales de la historia, y a esa producción ha dedicado un trabajo, en el número 80 de la revista *Altamira*, Jesús Francisco Gutiérrez Goñi cuando publicó el interesante artículo titulado «Historiografía de la prensa cántabra»,[1] que iniciaba lamentando la escasa producción bibliográfica que se ha publicado a lo largo de los años: «Una de las principales dificultades para el interesado en conocer la historia de los medios de comunicación de Cantabria, y especialmente para quien quiera acometer el estudio de alguna de sus facetas, es la escasez de trabajos publicados sobre la misma», aunque más adelante reconocía el creciente interés que despierta esta materia entre algunos investigadores, y opinaba que «el conjunto continúa siendo exiguo. Máxime teniendo en cuenta la rica historia de papeles periódicos con que cuenta la región».

---

[1] Gutiérrez Goñi, Jesús Francisco: «Historiografía de la prensa cántabra», *Altamira. Revista del Centro de Estudios Montañeses*, 80, Centro de Estudios Montañeses, Santander, 2011, Págs. 303-328.

Hace años me interesó la *Fiesta Montañesa* que se celebró en la plaza de toros de Santander el 12 de agosto de 1900. Una de las revistas que se volcaron sobre ese acontecimiento fue *El Eco Montañés*, publicado en Madrid por su director, Juan Antonio Galvarriato del Rivero. Galvarriato era un personaje singular, nació en Cantabria y vivió casi toda su vida fuera de ella, aunque llevó siempre en su horizonte la tierra que lo vio nacer. Actualmente es uno de los profesionales del periodismo más desconocidos, a pesar de haber sido un precoz colaborador en algunas cabeceras locales y prestigioso profesional. Fue redactor en varias publicaciones periódicas, colaborador en otras, fundador y director de tres semanarios, dos de los cuales llegaron a sus lectores hasta el comienzo de la Guerra Civil tras décadas de publicación.

Ha sido fundamental para este trabajo la Hemeroteca de la Biblioteca Municipal de Santander, cuyo fondo más antiguo se ha reunido principalmente por colecciones particulares donadas o vendidas al Ayuntamiento de Santander, entre otras las de Eduardo de la Pedraja y Antonio del Campo Echevarría. Para poder acceder a las existencias de publicaciones de otras comunidades españolas han sido necesarias las hemerotecas y bibliotecas digitales, especialmente la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, del Ministerio de Cultura, la Digital de la Biblioteca Nacional de España y la de la Biblioteca Digital de Madrid.

Quiero mencionar que una vez entregado al Centro de Estudios Montañeses la idea de este texto, José Ramón Gómez, me puso en contacto con la antropóloga e historiadora Araceli González Vázquez y tuve ocasión de consultar su blog *La Murria* en el que cita a Juan Antonio Galvarriato en varias entradas y hay una dedicada exclusivamente a él, «El escritor cántabro Juan Antonio Galvarriato (Torrelavega, 1867 – Madrid, 1937) y su producción literaria» que ha puesto la figura de Galvarriato en la red.

Por último quiero agradecer a las personas que me han ayudado en este trabajo. En primer lugar a mi buen amigo Ángel de la Colina Gutiérrez, experto investigador de genealogía, que me ha proporcionado mucha más información de la que he volcado en las próximas páginas. A José Ramón Gómez y Marisa Fernández, a los que cualquier asunto relacionado con Cabezón de la Sal les interesa y están dispuestos a compartirlo. A Francisco Gutiérrez Díaz, actual vicepresidente del Centro de Estudios Montañeses.

FAMILIA

La familia Galvarriato procedía de la provincia de Vizcaya, pero llevaban tres generaciones instaladas en Cantabria, en la comarca del Saja-Nansa. El padre de nuestro autor, Manuel Galvarriato Gutiérrez del Anillo, nació el 24 de diciembre de 1840 en Mazcuerras y vivió fundamentalmente entre Torrelavega y Cabezón de la Sal, donde falleció el 18 de febrero de 1921. Con veinticinco años y después de pasar dos y medio en Cádiz, siguiendo los pasos de los chicucos y los jándalos que en aquella época emigraban al sur en busca de fortuna, se casó con Felisa del Rivero y de la Campa, el 25 de junio de 1866, en Cabezón de la Sal, de donde era ella natural y donde falleció el 17 de diciembre del mismo año que su marido.

Por parte de la familia Rivero, el 13 de octubre de 1827 se casaron en la parroquia de San Martín, de Cabezón de la Sal, Maximino del Rivero Fernández, (Casar de Periedo, ¿? - Cabezón de la Sal 27/I/1875) con Teresa de la Campa y Ruiz de la Vega, (Cabezón de la Sal, ¿? – 15/VIII/1897). Tuvieron doce hijos de los cuales llegaron a adultos la mitad:

Francisco Isidoro (Cabezón de la Sal, 13/XII/1828 – 11/II/1886), alcalde y notario de Cabezón de la Sal, padre de Jovita, quien se casó con el marino Fernando Gutiérrez Cueto, tutor de sus sobrinos Carlos y Matilde de la Torre —la intelectual y política socialista— cuando quedaron huérfanos. José María (Cabezón de la Sal, 8/IX/1833 - 2/V/1918), Marcos Marcelino (Cabezón de la Sal, 18/VI/1839 - ?/XI/1914), fue párroco de Polanco, penitenciario en la Catedral de León y los últimos años de su vida se retiró a Cabezón. Felisa se casó con Manuel Galvarriato. Carolina ingresó en el convento de la Purísima Concepción, en La Canal (Villafufre), donde tomó el nombre de Sor Carlota de San José. María Dolores (¿? – Cabezón de la Sal, 5/X/1915) falleció soltera, y, por último, Maximino (¿? - París, 30/XI/1910), marchó joven a México, donde se casó, en Mazatlán (Sinaloa), con Leonor Osuna Lizárraga.

El matrimonio Galvarriato Rivero se estableció en Torrelavega, ciudad en la que nacieron sus dos primeros hijos, Juan Antonio, el 23 de junio de 1867, y Manuel Clemente, el 13 de julio de 1868, que falleció siendo un bebé. En 1869 se trasladaron

a Cabezón[2], donde Manuel abrió un comercio en el que se vendía de todo[3] y se incorporó a la vida local llegando a ocupar cargos municipales como fiscal del Partido Judicial, y posteriormente, desde la política, como concejal conservador en unos años, los de entre siglos, de bastante tensión entre las corrientes rivales. En Cabezón nacieron los demás hijos del matrimonio: Manuel Segundo Francisco (17/XII/1869) que se fue a México muy joven, donde su tío Maximino Rivero se había instalado en Mazatlán (Sinaloa), y allí se casó con Reynalda Meza el 23 de junio de 1899. María Manuela Eulalia (12/II/1871), la futura Sor María, de las Hermanas de la Caridad. Joaquín Maximino Isidoro (29/V/1875 - Madrid, ?/XII/1936), estudió Derecho en Madrid y fue funcionario del Ministerio de Hacienda. Victoriano Mamerto (11/V/1877 - 19/XI/1899), que era seminarista cuando falleció a los 22 años. Marcial Jesús (30/V/1878 - 17/VIII/1900), muerto a la misma edad que su hermano Victoriano después de haber publicado algunas colaboraciones en *La Atalaya*; y Francisco (4/X/1879 - 14/VIII/1924), el más pequeño, se quedó en Cabezón y se hizo cargo del negocio familiar, pero la traspasó, o lo intentó, en 1923, un año antes de fallecer. Este último también se dedicó una parte de su vida al periodismo: fue corresponsal de *La Atalaya* y redactor y director durante un año del periódico quincenal *El Progreso*, que se publicó en Cabezón entre 1907 y 1917.

A pesar de que Juan Antonio Galvarriato abandonó muy joven su tierra, como veremos, en ella y en la familia encontró a la mujer con la que compartir su vida, se trataba de Eloína de la Campa Pomar, natural de Ruiloba, tenía cinco años menos que él y era pariente en tercer grado, por lo que tuvieron que obtener una dispensa de la Iglesia para poder casarse, cosa que hicieron el día 8 de enero de 1894, en Ruiloba. Pero el matrimonio duró poco más de un año, ya que la esposa falleció en Madrid el 27 de febrero de 1895, cuando tenía 22 años y había dado a luz a un niño que la sobrevivió poco tiempo. Cuatro años después volvió a contraer matrimonio, esta vez en Udías, donde se casó el 3 de septiembre de 1899 con Rosalía García Ruiz, nacida en Sevilla el 7 de septiembre de 1875 y fallecida en Madrid el 3 de diciembre de 1970. Sus padres fueron Segunda Ruiz y Bajuelo (¿? - Sevilla, 20/V/1880) y Manuel Andrés García y García, (¿? - Herrera de Ibio, 20/VII/1912), fue alcalde de Udías, falleció en casa de su hijo párroco de Herrera de Ibio, Manuel Lorenzo (Udías, 1863

[2] Juan Antonio Galvarriato vivió en Cabezón desde los dos años y allí nacieron el resto de sus hermanos, razón por la cual él mismo se identificaba como cabezonense y los demás así lo consideraban.

[3] En el *Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración* apareció a lo largo de los años como mercería, pasamanería, tejidos, cerería, ferretería o quincallería.

– Herrera de Ibio, 8/VII/1929); otro hermano fue Domingo Ángel García Ruiz, (Udías 1868 - 23/I/1902).

La segunda boda sufrió una cencerrada, ancestral tradición que se daba en la noche de bodas a los viudos que se casaban, y que él mismo había descrito en «El caldo», uno de sus relatos costumbristas. Aunque esta costumbre era «celebrada» por numerosa gente, en este caso solo se detuvo a tres mozos de la zona, familiares de la historiadora y antropóloga, Araceli González Váz-quez, según lo cuenta en su blog *La Murria*.[4]

El nuevo matrimonio tuvo siete hijos que llegaron a edad adulta: El primero fue Manuel (Cabezón de la Sal, 28/V/1900 - Madrid, 10/VI/1935), durante un tiempo fue corresponsal de *El Cantábrico* en Cabezón de la Sal. Trabajaba en el Banco Hispano Americano cuando falleció en el Sanatorio de Guadarrama, en Navacerrada.

María (Udías, 4/VII/1901 - Madrid, 17/II/1993). Estudió Bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros, Magisterio en Ciudad Real[5] y la carrera de Filosofía y Letras, en la Universidad Central de Madrid. En 1931 empezó a trabajar con Ramón Menéndez Pidal en la Sección de Filología de la Junta de Ampliación de Estudio y un año después ingresó en el recién creado Archivo de Literatura Española Contemporánea. El 20 de febrero de 1935 ingresó[6] por oposición, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y fue directora de la Biblioteca Provincial de Zamora, que inauguró el 10 de noviembre[7]. A continuación fue trasladada a Madrid para incorporarse a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Fue depurada por el gobierno de Burgos, pero cuando terminó el expediente, en 1941, se reincorporó al puesto que ocupaba seis años antes, donde fue directora y se jubiló treinta años después.

María Luisa (Udías, 12/VIII/1902 - Madrid, 20/IX/1973), casada con Fernando Vidal Gutiérrez, que llegaría a Magistrado del Tribunal Supremo. No tuvieron hijos, pero según su hermana Lines, era de todas las hermanas: «más ama de casa, le gustaba cocinar, era la más tradicional en este sentido».[8]

---

[4] Véase el blog *La Murria*, de Araceli González Vázquez.

[5] Expediente académico de María Galvarriato García, alumna del Instituto Cardenal Cisneros (Madrid). https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/12823624, consultado el 26/V/2025.

[6] Resolución de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas por la que se dispone la publicación con carácter provisional del Escalafón del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, B.O.E., nº144, 17/VI/1959, Pág. 8659, escalafón de 15/XI/1958.

[7] «La inauguración de la Biblioteca pública», *La Tarde*, Zamora, 11/XI/1935, Pág. 7.

[8] FRAAI, Jenny: *Eulalia Galbarriato (1904-1997)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2003, Pág. 17.

Eulalia (Madrid, 12/II/1904 - 15/XI/1997), Licenciada en Filosofía y Letras, por la Universidad Central de Madrid, fue filóloga, traductora y novelista. Estuvo casada con Dámaso Alonso, con el que compartió trabajos científicos. Además de colaborar con su marido en algunos títulos y trabajos sobre literatura, escribió varios cuentos y tradujo obras de Maurice Baring y Robert L. Stevenson, entre otros.

María de los Ángeles (Cabezón de la Sal, 6/XI/1906 - Madrid, 30/IX/1983), *Lines*, trabajó en el Liceo Serrano, se casó con otro santanderino, Sixto Payno Mendicouague, y fue la única que tuvo hijos: Rosalía, Juan Antonio, Luisa María y Soledad[9].

María Dolores (Cabezón de la Sal, 22/X/1909 - Madrid, 17/VIII/1975), Licenciada en Filosofía y Letras, por la Universidad Central de Madrid. Fue del Sindicato Español Universitario (SEU) y de la Sección Femenina (SF), ambos de la Falange Española[10] y de las JONS. Dirigió el Liceo Serrano, que fundó con su hermana Eulalia y su cuñado Dámaso.

Julio (Madrid, 15/XII/1912 - ?/XI/1937) al parecer estudió medicina. En 1935 se presentó a dos oposiciones, para el Catastro y para la Dirección General de Seguridad. Era falangista. Fue asesinado en 1937.

Eulalia fue la más conocida, por sus trabajos filológicos, sus traducciones y su creación literaria. La mayor parte de los trabajos filológicos los publicó con su marido. Resultó finalista en el premio Nadal del año 1946 con su novela *Cinco sombras*. En 1953 publicó otra novela, *Raíces bajo el agua*, y en 1985 un libro de relatos cortos, *Raíces bajo el tiempo*. En la biografía de Eulalia, la autora, Jenny Fraai, describe a la familia como «Intelectualmente eran muy liberales, pero de criterio éticamente tradicional».[11] En efecto, a pesar de lo raro que resultaba entonces, tres de las cinco hijas estudiaron carrera, según comentó María de los Ángeles en 1961[12], en

[9] Se instaló en Francia. Había nacido en Madrid, el 3 de julio de 1944, y falleció en Carcés (Francia) el 21 de enero de 2024. Ha publicado: *Joies et folies d'une solitude* (2011), *Mais quelle liberté: (A chacun sa fortune*, *à chacun son combat*) (2014) y *Renaître par ses rêves et ses cauchemars* (2020).

[10] Es una de las pocas personas a las que cita, Pilar Primo de Rivera, al recordar los primeros momentos de la Sección Femenina, en el diario *Aragón Expres* el 30/VIII/1972, Pág. 4.

[11] FRAAI, Jenny: Op. cit., Pág. 17.

[12] LORENZO, Pedro: «Al habla con la madre del nuevo "Nadal". Juan Antonio Payno Galvarriato. Un universitario, de veinte años, en un clima de letras», *Blanco y Negro*, Madrid, 13/I/1962, Pág. 60.

una entrevista que le hicieron con motivo de que su hijo de veinte años, Juan Antonio Payno[13], ganara el premio Nadal ese año, con la novela *El curso*.

[13] Nacido en Madrid el 25 de enero de 1941. Dejó la literatura para dedicarse a su profesión de economista, pero retomó la creación literaria en 1997 con la novela: *Romance para la mano diestra de una orquesta zurda*.

FORMACIÓN ACADÉMICA Y PERIODÍSTICA

Juan Antonio Galvarriato se trasladó a estudiar Bachillerato a León, donde su tío, Marcos Marcelino del Rivero, era canónigo penitenciario de la catedral desde 1880. Obtuvo la calificación de sobresaliente al finalizar los estudios en junio de 1886. Para entonces ya había publicado en algunos periódicos, muestras de su creación poética, género que no tendría un largo recorrido en su quehacer literario.

Un nuevo cambio de domicilio le llevó a Madrid, para estudiar en la Universidad Central dos carreras iniciadas a la vez en el curso 1886-1887, Filosofía y Letras, licenciado el 13 de abril de 1889,[14] y Derecho, licenciado el 31 de mayo de1893[15]. A partir de 1890 se matriculó como alumno libre, ya que en ese año aprobó unas oposiciones e ingresó en el cuerpo de funcionarios del Ministerio de Hacienda el 13 de agosto de 1890.[16]

El título de licenciado en Derecho lo expidió el Ministro de Fomento el 22 de junio de 1894 y el 18 de marzo de 1896 acudió al Colegio de Abogados de Madrid para colegiarse. La documentación que se conserva en el hoy Ilustre Colegio de la Abogacía de Madrid es un expediente personal[17] que no llegó a completarse a pesar de que la Universidad Central certificó su titulación. Esta circunstancia me llevó a buscar algún tipo de documentación que confirmara que, en efecto, ejercía como abogado. No encontré nada que lo sugiriera, salvo el error de *El indispensable para el abogado y el útil para los demás*, cuando se le cita como abogado con despacho en la dirección del *Centro Jurídico Internacional*, a pesar de que cada año publicaba un anuncio del bufete, en el que se especificaba que era el secretario del *Centro* y director

---

[14] 6528, Exp. 7, 0003, Universidades, Archivo Histórico Nacional, Madrid.

[15] 4047, Exp. 8, 0005, Universidades, Archivo Histórico Nacional, Madrid.

[16] «Ministerio de Hacienda. Escalafón general de empleados de la Hacienda Pública», *Gaceta de Madrid*, 6/V/1897, 126, Pág.466.

[17] Caja 263 AHICAM 1.1 Exp. 8265, Expedientes de colegiación. Archivo Histórico, Ilustre Colegio de la Abogacía de Madrid.

de la *Revista Jurídica*. De manera que no he podido confirmar que además de ser periodista fuera también abogado en ejercicio.

Al poco tiempo de terminar el primer curso en la Universidad, con veinte años recién cumplidos y seis asignaturas aprobadas entre las dos carreras, inició una experiencia periodística nacida de las rivalidades políticas entre los liberales y los conservadores del Ayuntamiento de Cabezón. El 10 de julio de 1887 salió a la calle el primer número del semanario *La Cantárida. Periódico dominguero y parletán, dedicado a la villa de Cabezón de la Sal y su distrito*, de Torrelavega. El formato es de cuatro páginas de tres columnas y es propiedad del relojero de Cabezón, Hipólito Ortega. La línea editorial es crítica con el equipo gestor municipal, así que para evitar problemas se imprimía en los talleres del periódico *El Impulsor*, de Torrelavega. Lamentablemente la única colección que he localizado es la de la Biblioteca Municipal de Santander, que consta solo de tres números: 1, 9 y 12, correspondientes a los días 10 de julio y 4 y 25 de septiembre. En la mancheta de los dos primeros se indica: «Toda la correspondencia a don Juan Antonio Galvarriato, Cabezón de la Sal, quien se encargará de hacer las suscripciones», y en la tercera página se incluyó una carta al director, de un empresario local, Adolfo Sánchez, en la que nos descubre algo de la plantilla del semanario:

> Con gran satisfacción ha llegado a mi conocimiento la nueva de que tú y algunos amigos de esa hermosa villa de Cabezón, estudiantes todos y todos amantes de ver a su pueblo ocupando un lugar mejor y más elevado que el que ahora ocupa, tenéis el pensamiento de publicar un periódico defensor de los intereses de aquella y su comarca, que al mismo tiempo que aplauda lo que ha hecho en favor del pueblo, de la voz de alerta y difunda por España entera los abusos que se pretenda de cualquier especie se cometan.[18]

No ha sido posible identificar a los otros estudiantes que trabajaron en *La Cantárida*, pero con el inicio del curso debieron ser sustituidos por otros igualmente anónimos, salvo en el caso de Galvarriato, su puesto en la mancheta lo sustituye el

[18] «Remitido», *La Cantárida*, Torrelavega, 10/VII/1887, Pág. 3.

Administrador, Eduardo Téllez Hernández. Este y Adolfo Sánchez Díaz[19] eran dos de los tres socios que fundaron meses antes la empresa *La Salinera Montañesa*, para explotar la mina *Ramón* de sal común[20].

En la portada del primer número se pudo leer «Al alcalde de nuestra villa de Cabezón», un artículo en el que reclamaba a la autoridad municipal la solución a un problema que tenía su origen en la casa consistorial, por unas medidas arbitrarias que afectaban a las economías familiares de los vecinos. El Ayuntamiento puso una demanda a Juan Antonio Galvarriato por ese artículo y el Juzgado de Instrucción de Torrelavega le exigió una fianza de 2.500 pesetas.[21] En el número 9, publicó «Ayer, hoy y mañana», un relato en el que se enfrentan los Cabezón de la Sal de esos tres momentos de la historia. Es una alegoría de la crisis del pueblo con la construcción de la vía del ferrocarril, que habría de mejorar la comunicación con Santander, pero que una parte importante de la población lo rechazaba por las pérdidas que supondría el transporte del tren en lugar de hacerlo como hasta entonces, por carretera. Ocho años después regresaría a este tema en un relato titulado «El cisma de Salinera»[22], en el que se sustituyen las épocas de Cabezón de la Sal[23] por las casas de la localidad, las más antiguas y señoriales rechazaban la llegada del ferrocarril por la destrucción de las costumbres tradicionales que suponía, mientras que las más actuales y las más humildes celebraban la llegada de los tiempos modernos.

La breve colección de *La Cantárida* que existe hoy y el poco eco que tuvo entre sus contemporáneos no permite saber cuándo dejó de publicarse, es probable que no llegara al nuevo año. El 7 de septiembre *El Liberal*, de Madrid, informaba que *La Cantárida* había sido denunciada. Probablemente fuera esta circunstancia la que aceleró la extinción del semanario crítico con la gestión de los liberales en el Ayuntamiento de Cabezón de la Sal.

---

[19] La Comisión Provincial tuvo que incluir en marzo a ambos en el censo electoral para las elecciones municipales del mes de mayo y revocar el acuerdo del Ayuntamiento de Cabezón de la Sal, de declarar «incapacitados para desempeñar el cargo de concejales», a los dos conservadores, Manuel Galvarriato y Modesto de la Vega, tras resultar elegido el equipo del alcalde liberal, Antonio Muñoz.

[20] *Gaceta de Madrid*, 310, Madrid, 6/XI/1886, Págs. 187-188, y *Gaceta de Madrid*, Número 64, Madrid, 5/III/1887, Págs. 720-722.

[21] «Sección de noticias», *El Atlántico*, Santander, 2/XII/1887, Pág. 2.

[22] «El cisma de Salinera», *La Atalaya*, Sevilla, 24, 25 y 26 de enero de 1895

[23] En varios escritos sustituye el nombre de Cabezón de la Sal por *Salinera*.

PRIMEROS AÑOS EN LA PRENSA

Una vez terminadas las carreras y con la cuestión laboral resuelta por su trabajo en el Ministerio de Hacienda, Galvarriato inició la que posiblemente era su verdadera vocación, el periodismo. A pesar de que vivía en Madrid, comenzó en la prensa en su tierra. Lo hizo en el otoño de 1894 en *La Atalaya*, el diario matutino que, en principio, correspondía a sus entornos familiar e ideológico, que había sido fundado en enero del año anterior por el obispo Sánchez de Castro, cuando decidió:

> … crear un periódico nuevo, por y para los católicos y captación de los indiferentes, enfervorizar a aquellos y reformar ciertas costumbres que, en el campo puramente social, habían arraigado, especialmente entre las clases más humildes y peor preparadas intelectual y religiosamente.[24]

Sus colaboraciones aparecieron de manera irregular hasta finales de enero de 1897. Poco más de dos años en los que he encontrado quince textos de diferente condición, entre los que predominan cuentos y comentarios sobre el momento histórico que está viviendo España con las pérdidas de las últimas colonias. Además de dos poemas elegíacos con motivo del Día de los Fieles Difuntos y del aniversario del fallecimiento de Eloína, su esposa.

Antes de abandonar *La Atalaya*, comienza a colaborar en la primavera de 1896 también con *El Cantábrico*, un nuevo periódico —el primer número salió el 4 de mayo de 1895—de corte liberal, es decir, en las antípodas de *La Atalaya*, que se definía así en su primer número: «independiente en sus juicios, sin recibir inspiraciones de entidades ni personalidad alguna que trate de imponerlas».[25] El director era José Estrañi, quien se enfrentaría frecuentemente con Sánchez de Castro y marcaría una línea muy personal en la prensa local. En total fueron veintiún textos los que publicó

---

[24] Simón Cabarga, José: *Historia de la prensa santanderina*, Centro de Estudios Montañeses-Institución Cultural de Cantabria-Diputación Regional, Santander, 1982. Pág. 225.

[25] «Programa», *El Cantábrico*, Santander, 4/I/1895, Pág. 1.

en *El Cantábrico* hasta el mes de noviembre de 1907. Un conjunto que se puede clasificar en varios grupos temáticos: el ocaso del imperio español, reseñas bibliográficas, relatos, una necrología y, para despedirse, una colaboración a modo de corresponsal en Cabezón de la Sal.

Además de las colaboraciones en la prensa de la provincia de Santander, su firma se puede encontrar en cabeceras de muchas provincias, entre otras: *El Correo*, *El País*, *El Globo*, *El Eco de Navarra*, *Las Provincias*, *El Comercio de Córdoba*, etcétera, con los mismos temas que trataba en la prensa local, salvo los textos costumbristas y algunos temas próximos: periodismo, la pérdida de las últimas colonias, reseñas literarias, semblanzas de personajes y, por supuesto, temas históricos. Una prueba de este último tema y de su prestigio son unas columnas fijas que se reproducían en otros periódicos. Se iniciaron el 1 de febrero de 1899, cuando salió el primer número de un nuevo diario madrileño, *La Información*, fundado por el periodista catalán Joaquín Coll y Astrell. Se trataba de una publicación[26] de cuatro páginas, a cuatro columnas, en las que firmaban muchos profesionales y colaboradores. Su presentación se puede resumir en uno de sus primeros párrafos: «Somos, ante todo y sobre todo, católicos; con lo cual casi huelga decir que somos antiliberales, y que en el liberalismo juzgamos condensados, como en formidable legión, todos los errores y maldades de la época actual».[27] También apareció en el primer número la sección *Efemérides*, una columna de contenido histórico, inspirada en las *Efemérides de la provincia de Santander* que se publicaron en *El Correo de Cantabria*. En la primera que apareció no se indicó el autor, pero a partir del día siguiente era firmada por Juan Antonio Galvarriato o por su seudónimo *Pachín González*.[28] También publicaba aleatoriamente una serie titulada *Páginas de la Historia*, y otras colaboraciones sueltas. A partir del 10 de julio las *Efemérides* y algunas *Páginas de la Historia* se reproducían un día después en dos cabeceras madrileñas, de las mismas características ideológicas, *El Diario Español* y *La Publicidad* y otra más liberal, *La Opinión*. Estas colaboraciones se terminaron cuando acabó la aventura de *La Información*, que cerró el 9 de septiembre, tras poco más de siete meses de aventura editorial:

---

[26] Coll Moscardó, Miguel, «De la discordia a la comunión: el Dr. Sardá y los Jesuitas (1882-1907)», *Anthologica* Annua, Instituto Español de Historia Eclesiástica, Roma, 53-54, 2006-2007, Págs. 11-290.

[27] «Dos palabras», *La Información*, Madrid, 1/II/1899, Pág. 1.

[28] Es el título y el nombre del protagonista de la última novela de José María Pereda, publicada en febrero de 1896.

El sostenimiento de un periódico diario de estas condiciones implica un importante sacrificio pecuniario; la política de prudencia y sufrimiento que hemos sostenido, suponen un gran sacrificio moral. Uno y otro los hemos soportado con gusto, porque creíamos que ahora más que nunca necesitaba la Iglesia católica un periódico tal y como venía siendo La Información; más para que hubiéramos persistido con fé en nuestra empresa, era preciso que hubiéramos encontrado en el público el apoyo necesario para que no recayera todo el peso de ella sobre una sola persona.[29]

[29] «A nuestros suscriptores», *La Información*, 9/IX/1899, Pág. 1.

EN MADRID, SIN OLVIDAR A CANTABRIA

Madrid, la ciudad en la que se instaló Galvarriato desde que llegó para estudiar, era una ciudad en la que los montañeses se diferenciaban de los grupos de otras provincias por su individualismo. Partiendo de que esa actitud había impedido que fueran capaces de fundar una asociación entre ellos para conseguir logros colectivos, algunos intentaron remediar esta situación en la primavera de 1896 animados por el ambiente eufórico creado tras el ingreso de José María de Pereda en la Real Academia. Entonces concibieron la creación de una institución benéfica en Madrid para atender a los paisanos que no estuvieran en las mejores condiciones de vida. Se le dio el nombre de Centro Montañés. Presentaron la idea con una circular, cargada de optimismo, que se publicó, completa o en parte, en todos los periódicos de Cantabria y en varios de tirada nacional, a partir del 14 de abril:

> Latente años ha la idea de constituir un Centro Montañés, hase manifestado al presente con bríos tan poderosos, y cunde con éxito tal, aceptándose como aspiración común, que permite acariciar la esperanza que pronto se habrán convertido los anhelos en hermosa realidad.
>
> Vive en los hijos de la Montaña tan acendrado el amor a la bendita Tierruca; siéntese tan hondo el dulce placer de recordar su cielo triste, y aquel sol que entibia al aire, bañándolo todo en ondas de poesía; tan íntimo es el noble orgullo de rendir culto a sus glorias, y son tantas las ocasiones que se ofrecen de enjugar sus lágrimas, amparando su desventura, que no es posible negarlo: se impone la necesidad de la constitución de un Centro, que sirva de lazo cariñoso entre la patria chica y los montañeses de Madrid, y en dónde quepamos todos, sin abismos que nos separen en ningún orden de ideas, unidos estrechamente por el vínculo de la fraternidad y por el amor a la región de nuestro origen, para coadyuvar a su entendimiento honrándonos al honrarla.
>
> Nunca fuera oportuna como ahora la realización del pensamiento, por coincidir felizmente con su magnífico desarrollo el hallarse aquí, próximo a la

> solemne consideración de su gloria, Pereda, el gran montañés que rasgó el velo, ocultador en misteriosa penumbra, de las bellezas de la Montaña…[30]

Los firmantes de la circular eran nombres conocidos y de distintos ámbitos: Jesús de Monasterio, Eugenio Gutiérrez, Manuel Marañón, Gonzalo Cedrún, Gonzalo de la Torre Trassiera, Gerardo Abascal, Daniel Polanco, Francisco Varona y Juan Antonio Galvarriato, que consiguieron atraer al proyecto a personajes importantes, como José María de Pereda, el marqués de Comillas o el arzobispo de Madrid-Alcalá, José María de Cos, que no solo aportaban su importante colaboración económica, sino que supusieron un acicate para otros.

Se reunieron varias veces, siempre en el centro de un Madrid de dimensiones más humanas que las actuales. La primera había tenido lugar en el Círculo de la Unión Mercantil, en la calle Carretas, pero se dio la casualidad de que el día 15 de abril se inauguró el Café de la Montaña, en Puerta del Sol esquina con Alcalá, propiedad del industrial trasmerano Martín Lavín Cecín, que se convirtió en poco tiempo en un centro de la vida social madrileña y acogió varios encuentros de los padres de la idea del Centro Montañés.

Se nombró una Junta Organizadora que estaba presidida por Jesús de Monasterio, la tesorería era cosa de Alejandro Fernández y la secretaría de Juan Antonio Galvarriato. Son las personas que conforman el equipo, las que tienen que asumir la responsabilidad de la carga del trabajo, porque ya había que empezar a hablar de cuestiones concretas, de necesidades, de organización, de cifras. Estudiar el valor del capital que sería necesario para afrontar una primera fase. La cantidad que se estimó fue de 50.000 pesetas, y para conseguirla se emitieron 500 acciones de 100 pesetas.[31] Al principio fue un éxito la venta de acciones y entre los organizadores del Centro creció el optimismo y empezaron a anunciar proyectos sociales:

> Existe el propósito de crear en octubre clases para adultos, ayudar a los montañeses que carezcan de recursos, facilitándoles su regreso a la Montaña, y fundar un sanatorio, en el que ingresarán los enfermos pobres, servido por los médicos y cirujanos que en Madrid ejercen.[32]

---

[30] «Centro Montañés», *La Atalaya*, 14/IV/1896, Pág. 1.
[31] *El Correo de Cantabria*, Santander, 4/V/1896, Pág. 2.
[32] *La Correspondencia de España. Diario Político y de Noticias*, Madrid, 6/V/1896, Pág. 2.

A pesar de las esperanzadoras perspectivas y los proyectos anunciados, las respuestas no llegaron al ritmo que se esperaba y a mediados de julio, la junta organizadora decidió suspender el proyecto hasta el mes de octubre. Pasado el periodo acordado solo se habían recaudado 19.700 pesetas, una cantidad que no era solo insuficiente, sino descorazonadora, y enfrió el entusiasmo de las primeras semanas. El final definitivo se confirmó el 28 noviembre, en una asamblea en la que se decidió cancelar el proyecto y devolver el dinero a los inversores. Esta reunión generó dos documentos. Un informe público de las gestiones realizadas en los meses que aún había esperanzas de conseguir el Centro Montañés, fechado en el mismo día de la asamblea y firmado por toda la junta, y una carta privada del presidente de la junta, Jesús de Monasterio, con fecha de 5 de diciembre, destinada a los inversores. Ambos documentos fueron publicados íntegramente en *La Atalaya* del día 8 de diciembre de 1896.[33]

[33] Se puede consultar en la versión digital del periódico en la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica: https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000870325

EL ECO MONTAÑÉS

La creación del Centro Montañés no fue una idea de Galvarriato, pero se unió a ella pronto y asumió la secretaría. El fracaso de aquel proyecto lo impulsó a crear otra forma que conectara a Madrid con la provincia de sus raíces y se decidió hacerlo en el campo que mejor conocía, el periodismo. Al terminar sus columnas en *La Información* decidió crear un nuevo medio de comunicación, un semanario que sirviera para fundir los intereses de los montañeses en la capital del reino. Esta idea fue una realidad el 4 de enero de 1900, cuando apareció en Madrid el primer número de *El Eco Montañés*, un periódico semanal de pequeño formato (32 cm.), con 8 páginas, la primera plana de dos columnas, otras seis de tres y la última dedicada a la publicidad —con el tiempo se extendió también a la penúltima— en la que se podían ver anuncios de empresas marítimas, entidades bancarias, empresas de todo tipo y establecimientos de comercio, fundamentalmente de Santander y de Madrid, pero también de otras provincias. La Redacción y la Administración estaban en la calle Cervantes, 11, 2º derecha. La Imprenta de la Viuda de Pedraza, de la calle Huertas, número 58, fue el taller de hacerlo materialmente, incluido el número extraordinario del 11 de agosto. El precio de la suscripción se mantuvo durante todo el tiempo: en Madrid el trimestre 1,50 pesetas y el año 5; en provincias valía tres meses 2 pesetas y un año 7; y la suscripción anual al extranjero suponía un importe de 15 pesetas. En su libro *Los montañeses pintados por sí mismos*, el profesor García Castañeda hace una clara descripción del semanario en un repaso:

> *El Eco Montañés,* dirigido por Juan Antonio Galvarriato, autor de varios artículos costumbristas de calidad, se publicó en Madrid entre enero de 1900 y noviembre de 1901. Representaba los intereses de los montañeses fuera de su tierra, y en sus páginas, muy bien impresas, había biografías de gente destacada como Luis Barreda, Fernando Fernández de Velasco o Evaristo Silió, semblanzas necrológicas como la dedicada al infortunado Mazón, noticias de lo que sucedía en la «tierruca» y de lo que hacían sus hijos más destacados, a más de colaboraciones literarias, entre las que abundan las costumbristas pues

allí escribieron, entre otros, Domingo Cuevas, Demetrio Duque y Merino y Delfín Fernández y González.[34]

El texto que abría el primer número fue «Dos palabras» firmada por *La Redacción*, en el que declaraba que:

> … débiles de potencia intelectual y económica, nos reduciremos a la publicación de un periódico semanal, alentándonos la esperanza de que sea el precursor de la revista de que es merecedora la provincia de Santander.
>
> A la vida montañesa, pues, nos dedicaremos; a la vida montañesa en todas sus manifestaciones, con una sola excepción.
>
> Política no se hará desde las páginas de *El Eco Montañés*. De allí y de acá, a ningún grupo de este orden pertenecemos ni queremos pertenecer.[35]

Una publicación que tuvo la impronta personal de Galvarriato ya que era el propietario, el director, la redacción y probablemente era su mano la que estaba detrás de todo lo que carecía de firma y de dos seudónimos, *Muzagro*[36] y *Pachín González*, con el primero ejercía de corresponsal en la comarca de Cabezón de la Sal y con el segundo tenía una sección histórica, *Memorias patrias*, en la misma línea de las *Efemérides* que publicó hasta cuatro meses antes en *La Información*.

Logró la colaboración de 66 autores, a los que relacionó en el último número, indicando los que eran de Santander y los de otras provincias. Entre los primeros se encuentran José María de Pereda, Enrique Menéndez Pelayo, Amós de Escalante, Concha Espina, Delfín Fernández y González, el Conde de San Diego, Honorio Torcida, *Pedro Sánchez*, Domingo Cuevas o Luis de Hoyos Sainz. Y entre los de otras provincias Adolfo Bonilla y San Martín, César Silió, *Ángel Guerra*, Juan Luis Esterlich, Enrique de Leguina o Cesáreo Fernández Duro.

En el número 13, correspondiente al 31 de marzo, la primera página apareció con un aspecto totalmente distinto al que había tenido hasta entonces. Destacaba en él un retrato del arzobispo de Madrid-Alcalá, José María de Cos y Macho, con el que

---

[34] García Castañeda, Salvador: *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del Cos-tumbrismo en Cantabria*, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander y Edi-ciones de Librería Estvdio, Colección Pronillo, Santander, 1991, Pág. 41.

[35] La Redacción: «Dos palabras», *El Eco Montañés*, 1, Madrid, 04/I/1900, Pág. 1.

[36] Este seudónimo está inspirado en el monte Mozagro, que se encuentra en el término municipal de Mazcuerras.

se iniciaba la sección de semblanzas biográficas, *Galería montañesa*, en la que aparecieron cántabros que destacaban por diferentes causas, con textos de los más conocidos autores. En total fueron cuarenta y cinco semblanzas, siete de las cuales los escribió el director de la publicación. Seis meses después se inició otra alternativa para la primera plana, la incorporación del patrimonio artístico, histórico y cultural de la provincia.

> A todo atenderemos en la medida de las propias fuerzas, débiles en demasías, aspirando a que esta publicación sea un índice de cuanto bueno encierra en sí la Montaña, habiendo de ser, como hasta ahora, para nosotros objeto de preferente estudio, el hombre, con la continuación de la Galería, porque él constituye la base más firme del soberbio edificio montañés, hermoseado por las joyas de edades que ya fueron, por las galas de la presente y por los adornos que la mano de Dios quiso derramar pródiga en la costa, en los valles y en las alturas de la región montañesa.[37]

El Eco Montañés fue una de las publicaciones más populares de Cantabria en su momento, tanto por sus colaboradores como por su interacción con los periódicos santanderinos. Sin lugar a duda hay que destacar el apoyo a la Fiesta Montañesa que organizó el Orfeón Cantabria el 12 de agosto de 1900 en la plaza de toros de Santander. Un espectáculo que tenía el objetivo de zanjar la polémica que había surgido sobre si existía o no música popular autóctona en la provincia de Santander. Galvarriato, siempre preocupado por los asuntos de la Tierruca, se volcó personalmente en el asunto y como consecuencia de ello lo hizo también *El Eco Montañés*. Desde el mes de mayo publicó artículos sobre la celebración que se estaba preparando, el programa de los distintos concursos que iban a realizar. En la víspera de la Fiesta editó un número especial a cuatro tintas, con 24 páginas y una portada gráfica en la que se podía leer *Fiesta Montañesa organizada por el Orfeón Cantabria*, sobre una vista del actual Paseo de Pereda. El interior estaba lleno de ilustraciones: cabeceras, letras capitulares, viñetas, grabados y fotografías. Una edición que fue alabada de forma unánime por su calidad editorial, la excelencia de los textos y el número de los colaboradores.

En los días siguientes apareció una crónica de la fiesta, listados de los premiados en los concursos, comentarios de diferentes aspectos del espectáculo… El día 18

---

[37] «A los lectores», *El Eco Montañés*, Madrid, 41, Madrid, 13/X/1900, Pág. 2.

de agosto, bajo el título de «Nuestro extraordinario», daba cuenta del éxito obtenido, a pesar de algunas deficiencias de la redacción. Las ventas fueron un éxito en la ciudad de Santander y en los principales pueblos de la provincia, así como en Barcelona, Cádiz, Sevilla, Valladolid y Asturias. La primera plana del 20 de julio de 1901 está dedicada al libro *Cantos de la Montaña*, con reproducciones de grabados del libro y anticipando el índice de los contenidos. Y la del 8 de agosto la presentación del libro, con la imagen de la portada ocupando el centro de la página.

El 14 de octubre *El Eco Montañés* publicó la primera noticia de que se iba a crear en Portolín, barrio de Molledo, una factoría de «hilaza de lino» para la que se necesitaba un capital inicial de dos millones de pesetas. La fábrica *Hilatura de Portolín* se inscribió en el Registro Mercantil de Santander el 31 de enero de 1902, empresa que llegaría a ser una de las más punteras de España, pero que después de superar algunas crisis, cerró un par de años después de celebrar el centenario.

El 30 de noviembre de 1901 se despidió de sus lectores al alcanzar el número 100. Pero no es solo un ejemplar de despedida, pretendió abrir la puerta a un nuevo proyecto, al que ya se había referido en el primer número y al que bautizó como *Cantabria*. Se trataría de una revista semanal que asumiera el testigo de *El Eco*, después de haber quedado demostrado a través de la andadura del semanario que desaparecía, que la colaboración literaria y económica de montañeses en Santander y Madrid resultaba de utilidad para las dos provincias. Desde entonces han existido varias publicaciones con el título que él propuso, pero no llegó a nacer la revista que auguraba, ni con tal nombre ni con ningún otro.

LA FIESTA MONTAÑESA

Pasadas las 9,30 de la mañana del día 10 de agosto de 1900, la estación del Ferrocarril del Norte de Santander estaba más poblada de lo habitual. Entre los presentes se encontraban el músico Jesús de Monasterio, Adolfo Vicente Wünsch, presidente-director del Orfeón Cantabria y varios de sus miembros, así como otras personas que también habían acudido para recibir al maestro Ruperto Chapí. El músico alicantino era uno de los tres integrantes del jurado[38] de las competiciones musicales de la Fiesta Montañesa. En el mismo tren llegaron dos periodistas que residían en Madrid: Honorio Torcida y Juan Antonio Galvarriato. Torcida iba a ser jurado de los concursos de «Canto y baile montañeses» y «Salto pasiego». Galvarriato, por su parte, había presentado un trabajo para el certamen de «Colección de cantos y tonadas populares de la provincia de Santander», un concurso cuyas condiciones exigían de los recopiladores realizar un trabajo verdaderamente etnográfico y al que se presentaron cuatro colecciones. La de Galvarriato, que llevaba el lema de *Esgobio*, fue la que ganó el primer premio[39], por delante de las de Emilio Cortiguera Olaran, Adolfo Wünsch Pérez y Delfín Fernández y González.

La Fiesta Montañesa fue una exhibición del folklore provincial organizada por el Orfeón Cantabria en la plaza de toros de Santander y presidida por Jesús de Monasterio, Marcelino Menéndez Pelayo y José María de Pereda. Se pretendía mostrar y reivindicar la originalidad de la música montañesa que había sido cuestionada. Participaron en ella, además del Orfeón Cantabria, las bandas municipales de Santander y de Colindres, cuadrillas de danzantes de Colindres, Rivamontán al Mar, Voto, Arnuero, Santander y Liérganes; cinco pares de bailadores con sus correspondientes cantadoras y pandereteras procedentes de Revilla de Camargo, Puente San Miguel,

---

[38] Los otros dos eran el citado Jesús de Monasterio y Tomás Bretón. El primero se había presentado en Santander el día 27 de julio y estaba hospedado en casa de Wünsch. Por su parte, Bretón se hallaba en Cantabria desde el 7 de julio, cuando llegó a su finca «La Dolores», de Astillero, donde pasaba la temporada estival desde hacía años.

[39] VV.AA.: *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la provincia de Santan-der*, Madrid, 1901, Pág.12.

Cerrazo, Azoños, Peñacastillo, Santa Cruz de Bezana y Suances. A continuación fue el momento de un niño y cinco saltadores, pasiegos, cuyo campeón logró un salto de siete metros y medio. Cerró la fiesta la actuación del Orfeón Cantabria.

El resultado final fue muy criticado por los espectadores, que quedaron insatisfechos, pero el objetivo que se buscaba con su celebración sirvió para dejar clara la existencia de una música regional con características propias aunque hubo diferentes opiniones al respecto:

> La Fiesta Montañesa dio lugar a la concienciación de un amplio sector de la población, a la búsqueda de raíces para lograr una identidad hasta entonces sin descubrir por la mayoría pues, como escribía Ortiz de la Torre, lo mismo habían estado haciendo Escalante y Pereda en el ámbito literario desde los años 50. Muy significativas son las discusiones en torno a la música pues aunque existía una música inconfundiblemente gallega, asturiana y vascongada, la montañesa tenía límites borrosos y estirpe castellana. De ahí las diversas opiniones acerca de su existencia y el deseo de crear un himno con el que los montañeses pudieran identificarse.[40]

Por otra parte, la profesora Zaida Hernández-Úrculo ha escrito sobre la consecuencia musical de la Fiesta Montañesa: «el fenómeno orfeonístico rotará hacia el folklore regional por un lado y hacia su desarrollo dentro del movimiento obrero por otro, movimientos que se llevarán a cabo en paralelo e incluso, llegan a converger en alguno de los orfeone*s*».[41]

Al año siguiente se publicó el libro *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la provincia de Santander*, en el que colaboraron varias de las figuras que estuvieron implicadas en la Fiesta. Como es lógico, Galvarriato no podía faltar y preparó para la ocasión un texto de carácter etnográfico, «El ijujú», un artículo sobre el grito que cierra en ocasiones los cantos tradicionales. Pero no fue ese solo el trabajo que hizo para el editor del libro, José Díaz de Quijano, con el que tenía una sincera amistad. Éste lo incluyó en el texto introductorio una frase de agradecimiento

---

[40] García Castañeda, Salvador: «Regionalismo y resquemores: Pereda y la *Fiesta Montañesa*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, 2006, Págs. 107-120.

[41] Hernández-Úrculo, Zaida: *Historia coral de Santander.* Crisálidas *(1865-1900)*. Santander, Centro de Estudios Montañeses, 2017, Págs. 119.

por su colaboración en la edición de la obra, «a Galvarriato, que poniendo un gran amor en la obra, me ha ayudado mucho en su confección».[42]

El colofón del libro tiene fecha del 25 de julio de 1901, casi un año después de la Fiesta, es una obra editorial muy interesante por su presentación y contenidos.

[42] D. DE QUIJANO, José: «A manera editorial (Solo dos palabras)», *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la provincia de Santander*, Madrid, 1901. Pág. 10.

DOS REVISTAS PROFESIONALES

La actividad a la que más tiempo dedicó fue la gestión de las dos revistas destinadas a profesionales que él mismo había creado. En ellas se fusionan diferentes intereses del creador y de los lectores. La más antigua, *Revista Jurídica*, combina el periodismo con el mundo del Derecho, una profesión para la que tenía formación académica y que le permitía, no solo estar al día, sino participar en el debate profesional él mismo y ofrecer una tribuna para otros. Por su parte, para la revista *Vida económica* se repetirían las mismas palabras, con el cambio de la formación académica por su función en el Ministerio de Hacienda. En esta revista la mancheta anunciaba una serie de materias que figuraban en: Hacienda, Banca, Administración local e Industria (1912). Materias que se fueron renovando: Bolsa, Comercio, Seguros, Banca, Navegación e Industria, (1913), Industria, Comercio, Banca, Bolsa, Colonización y Navegación (1916), esta será la última, en la que desaparece Seguros y se incorpora a la Colonización Agraria, aunque algunos militares colonialistas lo confundieron.

Revista Jurídica. Algo más de un año después del cierre de *El Eco Montañés*, Galvarriato concibió un nuevo proyecto editorial. Se trata de una revista semanal de carácter profesional con el título de *Revista Jurídica*, en la que él ocupó el cargo de director gerente y Celedonio Hereza Fortuño el de jefe de redacción. En el otoño de 1904 se incorporó como corresponsal en Valencia al abogado José María L. Mengual y Mengual.

El primer número de la nueva revista apareció en marzo de 1903 y pronto se convirtió en imprescindible para los profesionales por sus contenidos, ya que publicaban todo lo relacionado con ellos, noticias, artículos de opinión, debates o ensayos y recuperó la idea de la «Galería montañesa» que había tenido *El Eco Montañés* introduciendo la sección «Semblanzas jurídicas», que se recopilaron periódicamente editando dos tomos con esas biografías de profesionales de---- nnmko'l mundo del Derecho.

Galvarriato se vio obligado a dejar la dirección de la revista al hacerse cargo del periódico *La Libertad*, de Valladolid, pero un año después la retomo unos días tras haber firmado la fusión con *El Norte de Castilla*. El periodo que estuvo en Valladolid fue más que el director de un diario, como se verá más adelante.

Con el sello editorial de la revista también se publicaron algunos libros. La colección *Biblioteca de Revista Jurídica*, llegó a publicar once títulos, entre los que se podían encontrar títulos como *Leyes notariales de España conforme a los textos oficiales* (León Medina y Manuel Marañón), *De la clasificación de las servidumbres en reales y personales estudio de derecho racional y de legislación comparada* (Emilio Miñana y Villagrasa) o *Sobre la solidaridad y el solidarismo (artículos publicados en Revista Jurídica)* (Amós Salvador) y dos tomos con las «Semblanzas Jurídicas» que aparecían en la revista.

En 1907 se inauguró un despacho de abogados con el nombre *Centro Jurídico Internacional*, cuyo director era Adolfo Bonilla de San Martín, el administrador Emilio Miñana y Villagrasa y el secretario Juan Antonio Galvarriato. Compartían domicilio social en la calle Atocha, número 52, con la *Revista jurídica* y en el mismo portal con los números: 52, 53 y 54, en el que estaba también la vivienda de Galvarriato según el padrón del Ayuntamiento de Madrid de 1910, en el que residían la familia y dos sirvientas naturales de Cantabria. Años después, a mediados de 1925, bajo el nombre de su hija Eulalia, como autora de un artículo en la revista *Hispania*, se indica que es la jefa de redacción de esta revista.

La revista se implicó en asuntos que afectaban a los colectivos para los que se había creado. Un ejemplo fue su apoyo a la creación de la Asociación General del Notariado, una iniciativa de los regeneracionistas, iniciada en 1912, que fue rechazada desde los organismos notariales y del ministerio correspondiente.

Debió ser muy complicado convivir con la sede de la revista y la de un despacho jurídico tan ambicioso como parecía por la publicidad, así que en el padrón de cinco años después encontramos a la familia Galvarriato en un piso de la calle Fuencarral, a la que ya había llegado el más pequeño de la familia, Julio. En esta ocasión se indican tres sirvientas que seguían siendo naturales de cerca de Cabezón de la Sal, probablemente de familias conocidas, en esta ocasión las localidades de nacimiento de ellas eran Udías, Mazcuerras y el propio Cabezón.

Más de treinta y tres años de historia de la *Revista Jurídica* terminaron al comienzo de la Guerra Civil.

Vida Económica El 19 de diciembre de 1912 apareció en Madrid el primer número de una revista semanal, de dieciséis páginas a doble columna, especializada en asuntos financieros, en la que Juan Antonio Galvarriato era director-gerente. *Vida*

Económica[43] fue fiel a su cita con los lectores hasta agosto de 1936.[44] A partir de enero de 1920 la salida se aumentó a diez días. El texto de presentación titulado «Al nacer» no es la habitual presentación de un programa inicial de una publicación periódica. Algunos párrafos lo demuestran:

> «No, nosotros no tenemos programa, entendido eso como una serie articulada de promesas como un índice de asuntos a tratar en tal ó cual forma, con esta ó la otra tendencia…
>
> No queremos que se desconfíe de nosotros si por casualidad se leyese el programa ampuloso…
>
> La industria en sus diversas formas, los problemas del campo, el Comercio, la Banca, la Navegación, la Administración local han de tener en Vida Económica…
>
> Venimos sencillamente á contribuir en la medida de las fuerzas que tengamos á la obra en que son maestros los colegas de nuestro género periodístico, a los cuales saludamos atentamente».[45]

Los primeros meses presentan en la portada la sección *Los de nuestra labor*, la nueva versión de una colección de semblanzas, en este caso de personajes del mundo de la Economía y con especial dedicación del mundo de la Hacienda, sin firma de los autores. Serie que comenzará a dejar el espacio de la primera plana para asuntos más urgentes en el número 13, del 13 de marzo 1913, hasta convertirse en una aparición esporádica. El protagonista de la primera fue el Ministro de Hacienda, Juan Navarro Reverter, que dejó de serlo el 31 del mismo mes, en una crisis del gobierno del Conde de Romanones, que a las siete de la tarde juraron sus cargos en el nuevo gobierno, en el que Navarro Reverter pasó a ser Ministro de Estado, y le sustituyó como Ministro de Hacienda Félix Suárez Inclán, que protagonizaría la portada del número 4, del día 9 de enero. Entre las diez primeras que protagonizaron las portadas de *Vida Económica*, seis habían sido o lo sería en el futuro Ministros de Hacienda, dos presidentes de Gobierno, un Interventor General de Hacienda y un Subgobernador del Banco de España.

---

[43] Está digitalizada en la Hemeroteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional: https://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?o=&w=2171-7494&f=issn&l=500

[44] El último número es doble, 956-957, correspondientes a las fechas 20 y 30 de agosto de 1936.

[45] «Al nacer», *Vida económica*, Madrid, 19/XII/1912, Pág. 2.

Así pues, desde 1912, Galvarriato dirige las dos revistas profesionales citadas, pero sus colaboraciones en otros medios disminuyen de manera notable, solo se encuentran en excepciones, y estas básicamente en otras revistas especializadas. Será entonces cuando comienza su etapa de autor de monografías, en las que aparece de manera clara su interés en la Historia, especialmente de las instituciones económicas.

En la colección de la Biblioteca Nacional faltan algunos números de esta revista. Uno de ellos es el número 68, del 24 de abril de 1914, un extraordinario dedicado íntegramente al Banco de España. Se trata de la primera versión de los diferentes estudios que publicaría sobre este banco a lo largo de los años. En este caso es un trabajo dividido en doce capítulos, acompañados por numerosos grabados que ilustran la historia y el patrimonio de la principal entidad bancaria del país.

En el número 691 de la revista, de fecha 10 de febrero de 1929, se incorpora a la mancheta el nombre del redactor jefe, se trata del poeta y futuro académico Dámaso Alonso, que contraría matrimonio al mes siguiente con Eulalia, la tercera de las hijas de Galvarriato.

DIRECTOR DE *LA LIBERTAD*

Al poco tiempo de iniciar la *Revista Jurídica*, Galvarriato tuvo que dejarla para atender a la petición de su viejo amigo César Silió. Desde 1891 y hasta 1897 Silió había compatibilizado los cargos que tuvo en la política local con la dirección del diario *La Libertad*, pero como en las elecciones de abril de 1903 había sido elegido diputado y quería entregarse de pleno a la labor parlamentaria, le pidió que lo sustituyera en el periódico. Así que la familia Galvarriato fue a pasar unos días en Cabezón antes de instalarse en Valladolid, tras haber solicitado el padre una excedencia por un año al Ministerio de Hacienda[46]. El 8 de junio de 1904 tomó posesión de la dirección de un periódico que tenía trece años de historia. Se volcó en su trabajo y además del quehacer cotidiano en la redacción, se implicó en distintos proyectos paralelos al periódico. Con el primero consiguió que la prensa de se hicieran eco de *La Libertad* nada más llegar, porque antes de acabar el mes de junio convocó un con-curso de artículos literarios, de ámbito nacional, sobre el tema «Cuadros de la vida castellana». Del resultado final del concurso solo he podido encontrar que *La Libertad* publicó los tres relatos[47] vencedores del certamen. Lamentablemente no he podido acceder a la única colección que al parecer existe,[48] en el archivo de *El Norte de Castilla* como consecuencia de la fusión de ambas cabeceras. Solo he encontrado que los premios segundo y tercero lo ganaron los periodistas santanderinos Fernando Segura, con el relato *Las igualas,*[49] y Jesús de Cospedal, del que desconozco el título.

---

[46] «Relación del movimiento del personal de Jefes, Oficiales y Aspirantes a Oficial habidos durante el mes de Agosto último, formada en cumplimiento del art. 10 de la Ley de 19 de Julio de 1904», *Gaceta de Madrid*, Núm. 252, 8/IX/1904, Pág. 848.

[47] Por la prensa de la época quedó constancia de que los tres premiados fueron publicados en *La Libertad*.

[48] ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (Director), Martín de la Guardia, Ricardo M. (Coordinador) y otros: *Catálogo de la prensa vallisoletana del siglo XX*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1992, Pág. 150.

[49] SEGURA, Fernando: «Cuadros de la vida castellana. Las igualas», *El Cantábrico*, Santander, 10/X/1904, Págs. 1 y 2.

Como un nuevo ejemplo de la presencia que estaba en la mente de Galvarriato su tierra, hay que ir al último día del año cuando se imprimió en los talleres del periódico un libro en cuyo colofón se puede leer: «Se terminó la composición e impresión de este volumen el día treinta y uno de diciembre de mil novecientos cuatro en el establecimiento tipográfico de La Libertad». Se trata de *Mis flores*, el primer libro de Concha Espina que cuenta con prólogo de Enrique Menéndez Pelayo, en el que se recogen poemas desde su temprana juventud, algunos de los cuales se habían publicado años antes en periódicos de Cantabria.[50]

Pocos días después, el día de Reyes fallecía en Guijo de Granadilla (Cáceres) el poeta salmantino José María Gabriel y Galán, a la temprana edad de treinta y cuatro años y en pleno éxito. Circunstancias que dieron lugar a que se publicaran en la prensa expresiones de dolor, notas necrológicas y otras muestras del vacío que dejaba el poeta y su obra. Galvarriato inició la necesidad de celebrar un homenaje que se extendió por toda Castilla, se constituyó una comisión organizadora formada por el director de *La Libertad*, el de *El Norte de Castilla*, Darío Velao, y el redactor jefe de *El Porvenir*, Eugenio Benito Pardo. El homenaje se celebró en el teatro Calderón de Valladolid, en la noche de día 19 de febrero. Ese mismo día en la primera página de *El Norte de Castilla*, se iniciaba con un texto de Galvarriato titulado «Castilla y su poeta» en el que exaltaba la obra del homenajeado, en sus líneas se pueden encontrar algunas pinceladas de prosa poética, reproduce algunos versos de la IV Rima de Bécquer y concluye con cuatro versos de *El ama*, el poema que lanzó a la fama tres años antes al poeta fallecido, en los primeros Juegos Florales de Salamanca. La velada se dividió en dos partes en las que se interpretaron varias piezas musicales y se leyeron los poemas del homenajeado: *Mi montaraz*, *El ama* y *El poema de Gañán*. Los momentos más importantes y emotivas fueron los de la intervención de Baldomero, hermano del poeta, que leyó dos de sus poesías inéditas: *Las sementeras* y *Las repúblicas*. Terminó la velada con el discurso homenaje de César Silió, que se vio interrumpido varias veces por los aplausos del público que llenaba el aforo del teatro. Un público variado y entusiasta, entre el que no faltó la presencia de todas las autoridades y representaciones políticas, académicas, jurídicas, etc.

El 21 de marzo, la comisión organizadora de la velada hizo públicas las cuentas del evento. A falta de recibir los donativos que habían ofrecido el gobernador y el alcalde, y descontados los gastos a los que hubo que hacer frente, quedó un líquido de

[50] La Vergne, Gérard, *Vida y obra de Concha Espina,* Fundación Universitaria Española, 1985, Pág. 585.

2.373,85 pesetas, que se depositaron en la caja de *La República* hasta que llegara todo lo comprometido para entregárselo a los huérfanos de Gabriel y Galán.

Del mismo modo que pasó unos años antes, cuando Pereda fue elegido miembro de la Real Academia, desde los primeros momentos para organizar el acto que se celebró en homenaje a Gabriel y Galán se excitaron los sentimientos regionalistas y se iniciaron unos primeros movimientos en el sentido del castellanismo. No obstante, parece que aquel primer interés solo fructificó entre los profesionales de la prensa, que impulsaron una Federación Periodística Castellana y una revista semanal de carácter regionalista, *Tierra Castellana*, de la que se publicó una circular en la que expusieron las intenciones que se pretendían:

> La obligada y conveniente confesión de propósitos al empezar la publicación de una revista, es deber para nosotros muy fácil de cumplir, porque el programa es sencillísimo: fundar un centro que sea punto de convergencia de los intelectuales de Castilla, y en el que, a nosotros, nos corresponda solamente el papel de mandatarios, de servidores de los que en Castilla discurren y escriben y trabajan para gloria y utilidad de la región.
>
> *Tierra Castellana* no va a ser una publicación de Valladolid, el púlpito de cuatro pésimos predicadores. Queremos que sea la hoja a que acudan cuantos escriben de toda clase de conocimientos, para que, volandera por el mundo, lleve a todos los límites la hermosa y potente manifestación de la mentalidad de Castilla.
>
> Para nosotros la mecánica de ajustar trabajos en la revista, según el gusto de los lectores y los intereses de la vida regional: es decir, para nosotros lo fácilmente hacedero y sin valor. Para los robustos entendimientos castellanos el discurrir sobre todo lo que pueda ser una palpitación del alma de Castilla, una oleada del viento de la llanura, glóbulos de sangre, para el cuerpo de la región.
>
> Por eso estamos seguros del éxito feliz de *Tierra Castellana* y del cariñoso acogimiento que Castilla le ha de prestar.
>
> A sus páginas han de venir, enlazados, los hombres maduros que descuellan por su saber y los ricos de promesas en la brillante juventud; los monumentos y las joyas artísticas, folios del magnífico libro de la grandeza castellana, los paisajes severos del terruño que tonaliza, fulgurando el sol; la actualidad industriosa o mercantil, científica o literaria que dicen del valer de los regionales; la información agrícola que abre horizontes al progreso o al cálculo de los que del campo viven… A las columnas de *Tierra Castellana* vendrán, en fin, el alto pensar, el hondo sentir y el fuerte querer de la raza que

puebla la llanura, las estribaciones de dos cordilleras y las orillas de su mar de Cantabria.

Nada que a Castilla importe escapará al estudio de las plumas castellanas, y aquí, cuando los años pasen, habrán de venir los trabajadores con patriotismo a ver cuánta era la potencia intelectual de los castellanos de hoy, como se promovía lo que a la región interesaba, y cómo sabíase huir de los recovecos de la política, respetando todas las opiniones, porque si ésta teóricamente es el arte de la gobernación, tal andan sueltas las bastardías y desaprensiones que resulta azote de los pueblos, discordia que todo lo esteriliza.

Luchadores por Castilla los ínfimos, los que estaremos en Valladolid al pie de *Tierra Castellana*; luchadores por Castilla los grandes, los que han de avalorar sus páginas, luchadores todos, y todos con voluntad firmísima y amores hondos del alma para la tierra madre, nuestra revista de Castilla será buena, será honrada, como le cumple ser, y ha de lucir su nombre, sin sonrojos, allí donde más enérgica palpite, el alma española.

Pronto verá la luz el primer número de *Tierra Castellana*, y si el acaso no por las dificultades que surgen en los comienzos de estas obras, los sucesivos han de probar cumplidamente que *Tierra Castellana* viene a la vida con ánimo seguro de no ceder a nadie en la lucha brava y tenaz por cuanto sea manifestación ó barrunto de la vida regional.[51]

El primer número de *Tierra Castellana*[52] llegó a los quioscos el día 11 de abril. En sus páginas se pudieron ver textos firmados por autores de muchas provincias, entre ellos el director de *La Libertad*, que publicó una reseña del primer libro publicado por Concha Espina, *Mis flores*, así reunía en sí mismo la condición de editor del libro y reseñador.

Como había pasado con el Centro Montañés pocos años antes, sucedió en el caso de *Tierra Castellana*. A pesar de los buenos deseos que se expresaron en la circular, lo cierto es que solo aparecieron tres números de la revista. Ya había aparecido el tercero cuando el motivo que llevó a Galvarriato a instalarse en Valladolid un año

[51] «*Tierra Castellana*», *El Lábaro. Diario independiente*, Salamanca, 1/IV/1905, Pág. 1.

[52] No tiene nada que ver con el semanario del mismo nombre que existió en Segovia entre 1932 y 1934.

antes, la dirección de *La Libertad* había desaparecido, el 30 de abril salió el último número y el 2 de mayo se firmó la fusión[53] con *El Norte de Castilla*.

El colofón de esta historia vallisoletana lo puso *El Diario de Ávila* en una columna en la que lamentaba la pronta desaparición de la recién creada revista y lo achacaba a la ausencia de Juan Antonio Galvarriato en Valladolid:

> ¿Pudo ser la causa de este decaimiento de ánimo el haber desaparecido de entre nosotros el culto y prestigioso director que fue de *La Libertad* de Valladolid, iniciador de la idea, entusiasta de *Tierra Castellana*, y amante como el que más de su Cantabria, a la par que de la vasta región castellana? [54]

Al día siguiente toda la familia dejaba Valladolid para pasar unos días en Santander, pero al finalizar la excedencia fue destinado a la Intervención de Hacienda de Albacete[55], donde apenas estuvo cuatro meses ya que en febrero de 1906 lo trasladaron a la Administración de Hacienda de Palencia.[56] La estancia en Palencia fue efímera. Antes de terminar el mes era enviado a Madrid, donde se incorporó en la Inspección provincial de Hacienda de Madrid.[57]

---

[53] A su vez, en julio de 1901 *La Libertad*, cuando tenía veinte años de historia, absorbió por fusión a *La Crónica Mercantil*, fundado en 1863.

[54] «A la prensa Castellana», *El Diario de Ávila*, 13/VII/1905, Pág. 1.

[55] «Relación del movimiento del personal de Jefes, Oficiales y Aspirantes a Oficial habidos durante el mes de Octubre último, formada en cumplimiento del art. 10 de la Ley de 19 de Julio de 1904», *Gaceta de Madrid*, Núm. 311, 7/XI/1905, Pág. 448.

[56] «Escalafón de los Oficiales activos, excedentes y cesantes formado con arreglo á lo dispuesto en el art. 1 de la Ley de 19 de Julio de 1904», *Gaceta de Madrid*, Núm. 25, 25/I/1906, Pág. 318.

[57] «Relación del movimiento del personal de Jefes, Oficiales á lo dispuestoy Aspirantes a Oficial habidos durante el mes de Enero último, formada en cumplimiento del art. 10 de la Ley de 19 de Julio de 1904», *Gaceta de Madrid*, Núm. 49, 18/II/1906, Pág. 653.

HISPANIA. REVISTA DE ARTE Y LETRAS DE LA RAZA

El escritor Gregorio Martínez Sierra inauguraba el 1 de marzo de 1907 la revista *Renacimiento*. En la que asumía una responsabilidad: «Respondemos de la belleza de todas las palabras que desde estas páginas se te han de decir; respondemos de la sinceridad de todo este florecimiento romántico».[58] Salía puntualmente el primer día de cada mes, pero no superó el año y en el de diciembre anunciaba que se fundía con *La Lectura*, de Francisco Acebal. Recuperó entonces el nombre para una editorial que fue una de las más importantes de su época. En 1925 la Editorial Renacimiento creó una revista quincenal sobre cultura hispánica, titulada *Hispania. Revista de Arte y Letras de la Raza*, dirigida por Adolfo Bonilla San Martín y el escritor Ricardo León, en la que Galvarriato asumió la secretaría. En su presentación se pudo leer:

> Viene *Hispania* pues, a trabajar con todas sus energías porque las relaciones mercantiles se anuden o desarrollen y se fortalezcan entre las Repúblicas de la estirpe y España, sabiendo por la Historia cuan poderosamente contribuye a hacer amigos la utilidad recíproca.[59]

Su aparición despertó muchas expectativas por la categoría y la cantidad de sus colaboradores, que estaba previsto llegar a la cifra de quinientos. Además de lo que prometía el largo título, su edición era muy cuidada, desde la calidad del papel a la generosidad en la aparición de ilustraciones. Entre los colaboradores de *Hispania* se encontraron presidentes de algunas repúblicas americanas, así como miembros de la carrera diplomática.

A lo largo de los trece meses de duración de la revista solo firmaron artículos cinco mujeres. La santanderina Concha Espina con dos textos: «El fraile menor», en el número 1 y «Una mujer argentina. Carmen S. de Pandolfini», en el número 4. La venezolana Lucila Luciani de Pérez Díaz, «La Madre Patria», en uno de los números

---

[58] «Al lector», *Renacimiento*, nº 1, Madrid, 1/III/1907. Pág. 6.
[59] «Nuestro deber» Hispania. Madrid, 15/I/1925, Pág. 1

dobles, el 9-10. En el 14 la madrileña Eulalia Galvarriato, hija de Juan Antonio, es la autora de un texto titulado «El matrimonio en Cervantes», bajo su firma se indica que es redactora-jefa de *Revista Jurídica*. En el número 16 la argentina Rosa Bazán de Cámara, firmaba una colaboración, «Incomprensión intelectual de la mujer por la mente del hombre». En el 17 aparece «Saludo. A Gabriela Mistral, respetuosamente» firmado por María Olimpia de Obaldía, poetisa panameña. La presencia femenina como objetos de estudio se encuentra, además de esta última, el estudio que apareció en dos entregas en los números 13 y 14 el maestro argentino Ernesto J. Etcheverry titulado «Estudio del libro "El alma del Quijote" de Rosa Bazán de Cámara»

El autor más prolífico de la revista, que publicó en casi todos los números, fue Francisco de Belda y Pérez de Nueros, subgobernador del Banco de España, con su sección «Papeles Viejos», en los que describía y estudiaba documentos que pertenecían a su archivo personal.

A lo largo del año 1925 hubo algunos números especiales. El de mayo se dedicó a lo largo de diecinueve páginas a homenaje a Cervantes. En sus páginas se intercalan textos de autores contemporáneos con varias fotografías de la maqueta del monumento a Cervantes, cuando empezaban a construirlo en la Plaza de España de Madrid.

En el mes de junio, Francisco Alcántara publicó cinco páginas dedicadas a «La Exposición del Traje Regional. Generalidades», sobre la magna exposición que se había inaugurado en la mañana del 18 de abril en el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales,[60] con profusión de fotografías de lo expuesto. En el siguiente número, «La Exposición del Traje Regional» protagonizaba la portada y más de ocho páginas, del mismo autor, y de nuevo con muchas fotografías. A partir del siguiente, tres números tendrán en su portada una imagen de la Exposición, y casi todos ejemplares publican fotografías de la exposición en cualquier lugar.

En octubre se inicia el número 15 con «El día de la Raza» que era el monográfico sobre esa hermandad histórica entre España y las repúblicas hispánicas, con colaboraciones de casi todos los países que se consideraban incluidos en ese colectivo. Se publicaban partituras de himnos nacionales, textos firmados por presidentes de varios países y de diplomáticos. También se reproducían las cartas para excusar su colaboración del director de la Academia de la Lengua, Antonio Maura, y del presidente de la Academia de Bellas Artes, Álvaro de Figueroa y Torres, el Conde de Romanones.

---

[60] Sede actual de la Biblioteca Nacional de España, a la que se accede por el Paseo de Recoletos, y el Museo Arqueológico Nacional, por la calle Serrano.

Con el número 18 de la revista, se iniciaba el nuevo año, en la que aparece, en la penúltima página un repaso del año terminado, «Mirando atrás», y en el que se expresa las esperanzas para el futuro:

> Y aquí estamos al principio de la segunda jornada, creyentes en que sus dificultades serán menores, en que los que simpatizan con nuestro ideal romántico, aumentarán prodigiosamente, y en que, en definitiva, como tenemos la voluntad de vencer, es imposible que no venzamos.

Pero *Hispania* se vio afectada indirectamente por un viaje que realizó Bonilla por varios países en 1924, del que regresó enfermo, a pesar de lo cual se fue a La Habana en calidad de Embajador Extraordinario a la toma de posesión del presidente Machado (20 de mayo de 1925), viaje que le agravó la enfermedad y falleció a las once y cuarto de la noche del día 17 de enero de 1926, en Madrid.

A pesar de las buenas perspectivas de la revista, la desaparición de Adolfo Bonilla y San Martín fue de decisiva para que el número del mes de enero de 1926 fuera el último.

LIBROS

Galvarriato era periodista de vocación y como tal un profesional de la escritura, pero además era editor, dos actividades que se nutren del amor a los libros y a la literatura. Un amor que trasmitió a sus descendientes y por el que se convirtió en editor con apenas veinte años al crear *La Cantárida* y años después *El Eco Montañés*. Recién iniciado el siglo XX colaboró con José Díaz de Quijano en la edición del libro *Cantos de la Montaña*. En Valladolid editó el libro *Mis flores*, de Concha Espina, y en Madrid, durante varias décadas las revistas que hemos visto en páginas anteriores.

Los libros que escribió no fueron creaciones literarias, pero sí desprenden literatura a pesar de tratarse de libros técnicos, los dos últimos fueron el resultado de unos trabajos que habían obtenido los premios de sendos concursos.

La obra de Adolfo Bonilla y San Martín fue la primera monografía que publicó como tal, lo hizo en el año 1918. Se trata de un opúsculo de treinta y tres páginas, en el que realiza una breve biografía de su compañero y añade una bibliografía actualizada del discípulo de Menéndez Pelayo, con comentarios de distintos especialistas. Un trabajo al que Vicente Castañeda calificó de *interesantísimo*, a pesar de la rapidez con la que había quedado obsoleto[61] a juzgar por lo que le contó el propio Bonilla en una nota que acompañaba el ejemplar que le envió el 25 de diciembre de 1919:

> Adjunto un ejemplar del folleto de Galvarriato, con el índice de mis trabajillos. Después de las fechas ahí apuntadas sólo he publicado (en 1918 y 1919) los tomos III y IV de las *Comedias y entremeses* de Cervantes (estando ya impreso el V, pero no tirado); la versión de la *Ética* de Aristóteles por P. Simón Abril; el *Fuero de Llanes* (folleto); el discurso sobre *Francisco Suárez y el Derecho internacional* y prólogos al *Reparto de América española* del doctor Silva, a un libro de *Matemáticas* del profesor. González García, al tomo de

[61] Debido a la hiperactividad de Bonilla.

la *Audiencia* de Charcas de R. Levillier y a los *Ciento dos sonetos* del pobre Ugarte.[62]

Los bancos de emisión antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. El patrón oro en España. La prórroga del privilegio al Banco de España, publicado en el mismo año que el anterior, es una obra escrita en colaboración con su compañero en la redacción de *Vida Económica* y del *Centro Jurídico*, Emilio Miñana y Villagrasa. Un tomo de más de 300 páginas en el que se pueden distinguir dos partes bien diferenciadas, la primera, de inmediata actualidad por la finalización de la guerra en noviembre, y la segunda, en la que se dedican a diversos aspectos referentes al Banco de España, cuestiones estas que preocupan especialmente a Galvarriato, en unos momentos en que se había abierto un proceso de modificación de las características del banco emisor. El autor anónimo de la reseña que publicó la *Revista ilustrada de Banca, Ferrocarriles, Industria y Seguros* el 25 de enero de 1919 dejó escrito:

> La influencia de la guerra en el orden económico, las transformaciones económicas que ha determinado y los mitos económicos desaparecidos, son extremos magistralmente tratados que interesan, sorprenden y hacen pensar en la potencialidad económica de los Bancos de emisión, únicos organismos que no han fracasado en la formidable conflagración y que han impedido al mismo tiempo que los Estados tuvieran que declararse vencidos por impotencia económica.
>
> Ante resultados tan satisfactorios para esas instituciones de crédito, los autores plantean y solucionan el problema de la organización que debe dárseles para robustecer la eficacia de su actuación, tanto en tiempo de paz como en el de guerra
>
> …
>
> [en] los capítulos dedicados al examen de las alteraciones registradas en los principales Bancos de emisión de los países beligerantes y neutrales extranjeros durante la guerra, a las funciones que desempeñarán en la liquidación de los gastos de guerra, en el tránsito del período guerrero al de la paz y en la reconstitución de las economías nacionales, hay datos, observaciones y advertencias verdaderamente interesantes que invitan a la meditación y al estudio.

---

[62] CASTAÑEDA, Vicente: «El Excmo. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926)», *Boletín de la Real Academia de la Historia* tomo LXXXVIII, Madrid, enero-marzo 1926, Pág. 8.

Con estos dos títulos iniciaba Galvarriato una nueva etapa en su quehacer profesional. Daba un paso más en su afán de estudiar y dar a conocer aspectos poco tratados en la bibliografía de la historia de España y de sus instituciones. En ese sentido, tenemos que retroceder al mes de mayo de 1906, cuando se celebró, en el palacio del Capitolio de Roma, el 6º Congreso de la Unión Postal Universal, en una de cuyas sesiones finales se acordó realizar el siguiente en Madrid, que en principio estaba previsto para 1913. Sin embargo, como ya había pasado con congresos anteriores de la U.P.U. el de la capital de España se vio forzado a solicitar un aplazamiento al otoño del año siguiente, a pesar de lo cual no sería posible celebrarlo en el edificio que se estaba construyendo desde 1907 en la plaza Cibeles, el Palacio de Comunicaciones, también conocido como Palacio Cibeles, actual sede del Ayuntamiento de Madrid. Las circunstancias bélicas que acabaron sumiendo a Europa en una guerra de proporciones desconocidas hasta entonces, que sería conocida como Gran Guerra y posteriormente Primera Guerra Mundial, forzó a suspenderlo *sine die*. Durante un lustro la U.P.U. se planteó la posibilidad de realizarlo en otro país, pero al final se celebró en Madrid en el mes de octubre de 1920; por entonces ya hacía tres años que se había inaugurado el Palacio de Comunicaciones y, tras alguna obra para adaptarlo a las necesidades del acontecimiento, el rey Alfonso XIII inauguró el VII Congreso Postal Universal el 1 de octubre.

El correo y la telecomunicación en España Días antes de la inauguración del Congreso, las librerías de la capital exhibían la última obra de Juan Antonio Galvarriato, un volumen de 200 páginas profusamente ilustradas con fotografías y dibujos. En sus páginas aparecen todos los aspectos del asunto, desde la historia a las personas, las tecnologías o las perspectivas del futuro. La Real Academia de la Historia encargó a Vicente Castañeda y Alcover un informe de la obra con objeto de ver la posibilidad de que fuera adquirida por el Estado para las bibliotecas públicas. Ese texto, dado a conocer en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, describe el contenido de Galvarriato:

> La obra del Sr. Galvarriato comprende un minucioso estudio de tan interesantes materias, para su más cómoda exposición, hállase dividida en varios incisos en los que sucesivamente se trata de la Historia del Correo en España, capítulo que se subdivide en cuatro grupos: el prehistórico que comprende hasta el año 1283, el relativo a la Edad Antigua hasta 1338, el de la Edad Media hasta 1889 y el de la Edad Moderna desde tal fecha a nuestros días. De capital importancia es este estudio histórico, sus resultados permiten al autor llegar a la conclusión, que la iniciativa de los españoles, por lo que a la implantación

de los servicios de Correos se refiere, se anticipó a los demás países en muchos cientos de años, lo atestiguan así las *Ordenaciones hechas sobre los hostes de Correos*, a 20 de julio de 1445, en las que se establece la *correspondencia urgente*, esto es, cuatrocientos años antes que Inglaterra e «igualmente fué España la nación en que primero tuvo el público servicio de Correos; en Aragón desde 1339 y en Castilla desde los Reyes Católicos, segunda mitad del siglo XV, mientras en Alemania, Francia e Inglaterra este servicio no se estableció hasta doscientos años después».

De no menor importancia e interés son los capítulos que el Sr. Galvarriato consagra al estudio del Correo moderno, al Archivo, Biblioteca y Museo, para los que justamente reclama más adecuada instalación; al Telégrafo óptico, acústico y eléctrico; a la Escuela y talleres de Telegrafía; a los Teléfonos, Cables submarinos, Radiotelegrafía y Radiotelefonía; al Palacio de Comunicaciones; al examen ele los presupuestos oficiales que para la dotación de los servicios de los Cuerpos de Correos y Telégrafos existen; a la necesidad ineludible de su aumento, ofreciendo en los capítulos XV y XVI de su libro, últimos del mismo, en vibrantes páginas llenas de patriótico celo los nuevos horizontes de Correos y Telégrafos que tantos días de gloria proporcionaron y han de proporcionar a nuestra Patria.

Cierra su obra el Sr. Galvarriato, primorosamente editada, con ilustraciones abundantemente prodigadas, con dos Apéndices, uno de ellos dedicado al VII Congreso Postal Universal y otro a la descripción del primer libro de Correos impreso en el mundo por el valenciano Juan Villuga con el nombre de *Repertorio de todos los Caminos de España* y en el año 1546.[63]

Las últimas páginas del libro las dedica al Congreso que *Dentro de pocos días comenzará sus trabajos*[64], al que prevé larga duración por la cantidad de cuestiones que los organizadores se han planteado resolver en sus sesiones. En efecto, la clausura se realizó el lunes 29 de noviembre, tras dos meses de trabajo.

El Banco de España. Síntesis de su labor desde que fue creado en 1856 hasta el momento actual. Lo que debe ser la nueva ley del privilegio de emisión. Un año

[63] CASTAÑEDA, Vicente: «J. A. Galvarriato. El Correo y la Telecomunicación en España. [Mad. Imprenta de Espinosa], 1920; 200 Págs., grabados en el texto, 4º», *Boletín de la Real Academia de la Historia* tomo LXXIX, Madrid, agosto-octubre, 1921, Págs. 115-116.

[64] GALVARRIATO, Juan Antonio: *El Correo y la Telecomunicación en España*, Imprenta de Espinosa, 1920, Pág. 191.

después estaba, por fin, a punto de aprobarse una ley que resolviera definitivamente el asunto del privilegio emisor del Banco de España. Con ese motivo, el periódico *El Debate* invitó a una serie de personas que fueran autoridad en la materia a que expusieran en sus páginas la opinión que les merecía la nueva ley. En su aportación, Galvarriato[65] explicaba, justificaba y aplaudía la actuación del Banco de España durante la Gran Guerra. Un mes antes de la publicación de la Ley de Ordenación Bancaria[66], que convertía al Banco de España en el Banco central del país. Una nueva obra del director de *Vida Económica* estaba en las librerías a finales de 1921, se trataba de, un tomo de 305 páginas en las que se contaba la historia del Banco con profusión, pero que añadía lo que consideraba el autor en cuanto al polémico asunto del privilegio de emisión de moneda. Una obra que suscitó mucha atención de la prensa especializada. Como ejemplo de la acogida que tuvo, he aquí unas líneas que se publicaron en la revista *El Financiero*, de José G. Ceballos Teresí:

> El libro de Galvarriato constituye lo más completo, interesante y notable que se ha escrito hasta la fecha sobre estas materias relacionadas con el historial y actuación del Banco de España, y nuestro elogio es tanto más sincero cuanto que nosotros mismos hemos escrito también, en 1913 y 1916, otros dos volúmenes referentes a iguales materias.
>
> En el último libro de Galvarriato no se sabe qué admirar más, si la elevación de miras y enjundia con que están tratadas todas las cuestiones de fondo y doctrinales, o la maestría y sin igual táctica didáctica, valga la expresión, con que el plan y ordenamiento de materias está desarrollado en la obra, de que da clara idea el índice del libro, que ofrecemos íntegro a nuestros lectores.[67]

Fue tal el éxito del libro entre los profesionales, que los demás directores de las revistas financieras de Madrid le ofrecieron un almuerzo en el Hotel Ritz el día 29 de noviembre, como homenaje por el *notabilísimo* libro que había publicado. Según la prensa que se hizo eco de la reunión, entre los que acudieron al banquete y los que no pudiendo asistir pero se adhirieron, no faltó ninguno de sus colegas.

---

[65] «El Banco de España durante la guerra. Conducta para con los Bancos privados», *El Debate*, Madrid, 18/X/1921, Pág. 1.

[66] *Gaceta de Madrid*, Nº 364, Madrid, 30/XII/1921, Págs. 1090-1094.

[67] Anónimo, «Un libro notable. El Banco de España», *El Financiero*, Madrid, 25/XI/1921, Págs. 2582-2584.

Banco de España. Momentos culminantes de su vida. La ley, los estatutos y el reglamento vigentes. Crítica. Deducciones. Galvarriato era crítico con la Ley de Ordenación Bancaria, así que preparó un nuevo trabajo que estaba en la calle dieciocho meses después del anterior. Un libro de 260 páginas que es una nueva historia del Banco, pero en esta ocasión, ante el disgusto que le produjo la ley dedicaba la segunda parte a analizarla y criticarla. En esta ocasión, al contrario de lo que pasó con el anterior, no hubo tantas reseñas, y parte de ellas se limitaron a publicar poco más que un acuse de recibo, indicando solo algunos que era crítico con la Ordenación Bancaria.

Banco de España. Su historia en la centuria 1829-1929. Constitución, historia, vicisitudes y principales episodios en el primer siglo de su existencia. Cuando se acercaba el centenario del Banco de España, su Consejo general se reunió el 9 de abril de 1929, ante la proximidad de la fecha del 9 de julio, en que se cumplirían los 100 años. En la reunión se decidió abrir un concurso para premiar el mejor estudio «sobre constitución, historia y vicisitudes del Banco durante esos cien años, y especialmente los servicios que ha prestado a la economía nacional y a los intereses patrios».[68] La convocatoria se hizo pública el 10 de junio y el plazo de presentación de trabajos finalizaba el 31 de mayo de 1930. El premio para el ganador serían 10.000 pesetas y 100 ejemplares de la obra. Casi un año parecía plazo razonable para realizar una labor con las características que se pedían: lenguaje sencillo, exposición objetiva y amena, ausencia de muchas cifras y estadísticas…; en cuanto a la edición, se indicaba que sería en un tomo en 4º menor (unos 24 cm.) y de unas 400 páginas. El jurado estuvo compuesto por Orestes Blanco-Recio (Secretario General del Banco), Carlos Adaro (Cajero de Valores), Heliodoro Morell (Subdirector de Sucursales), Enrique Tomasich (Bibliotecario) y Federico Carracedo (Jefe del Negociado Central de la Secretaría). A pesar del plazo de tiempo que hubo para hacerlo, solo se presentaron tres trabajos, el ganador por unanimidad llevaba por lema *Labor* y el autor era Juan Antonio Galvarriato. Los otros dos recibieron un accésit de 5.000 pesetas. Este libro ha sido referencia imprescindible durante muchos años y forma parte de la bibliografía histórica del Banco de España y, por extensión, de la bibliografía económica española. En este caso excepcional, la revista *Vida Económica* publicó, en algo más de dos páginas, el *Índice* del libro con una nota: «Corresponde a la obra del título, premiada en concurso libre a nuestro director, Galvarriato, por el Banco de España, que acaba de hacer una primera edición de 8.000 ejemplares».[69] La cifra resultaba aparentemente

[68] Blanco-Recio, Orestes: «Banco de España», *El Debate*, Madrid, 12/VI/1929, Pág. 5.

excesiva para una producción de tema tan específico, pero no tuvo una distribución ordinaria, se obsequiaron ejemplares a los accionistas y se enviaron a numerosos periódicos, y es posible que a emisoras de radio, por lo que las reseñas se extendieron por toda la geografía española. La mayoría son notas de agradecimiento más o menos largas por el libro recibido y otras se limitan a comentar el contenido a la vista del índice y, en todo caso, a hablar del autor.

El libro había empezado a circular en la primavera de 1932 y las primeras reseñas aparecieron en el mes de abril. La más interesante es la que publicó el intendente mercantil y periodista valenciano José Joaquín Sanchís y Zabalza en el diario madrileño *Luz*:

> … el Sr. Galvarriato extrema, como correspondía, el cuidado en la recopilación de datos, confección de estadísticas y diagramas, reseñas de vicisitudes y actuaciones sobresalientes del Banco, de tal modo que bien puede considerarse este volumen como la historia más perfecta de dicha institución, no sólo en la centuria de 1829-1929, sino en el período que corresponde a su antecedente cronológico, el Banco de San Carlos, al que el autor procura quitar todo otro carácter, ya que en nada —y dice bien— se pareció a él luego el Banco Español de San Fernando, y, por ende, el Banco de España.
>
> Nada escapa a la cuidadosa reseña que compendia la vida del Banco de España en sus diversos períodos…[70]

La Bolsa de Madrid, Fundación por la Ley de 10 de Septiembre de 1831. Desenvolvimiento histórico de la ley y de la Bolsa a través de la primera centuria. En una de las páginas preliminares del galardonado libro del Banco de España se indican las «Obras del autor» y en la parte inferior una «De próxima aparición», se trata de *La Bolsa de Madrid, 1831-1931*. En 1930 el Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa había decidido hacer un concurso similar al organizado por el Banco de España, para conmemorar el centenario de la creación de la Bolsa de Madrid. La convocatoria indicaba que la obra debía ser inédita, escrita en español y a máquina, con una extensión equivalente a un volumen de 300 páginas, y el plazo de presentación terminaría el 31 de marzo de 1931. El premio consistía en 10.000 pesetas y la publicación de 250 ejemplares. El tribunal del concurso estaba compuesto por el presidente de la Real

---

[69] *Vida Económica*, Madrid, 30/III/1932, Pág. 802.

[70] Sanchís y Zabalza, «Historia bancaria», *Luz*, Madrid, 7/IV/1932, Pág.2.

Academia de Jurisprudencia, Antonio Goicoechea; el académico de la de Historia, Julio Puyol y Alonso; el de Ciencias Morales y Políticas, Antonio Royo Villanova; el Catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad, Joaquín Garrigues Díaz-Cañabate; y los asesores jurídicos de la Bolsa, Felipe Clemente de Diego y Emilio Miñana, este último el coautor con Galvarriato del libro *Los bancos de emisión*... Se presentaron cuatro monografías, de las que se premió por unanimidad la que llevaba por lema *Libertas*, de la que era autor Galvarriato, «por ser la que más se ajusta a las condiciones del concurso».[71] Pero también hubo un premio, no previsto en este caso, al trabajo, *Tres ruidos hay que al hombre más bárbaro y feroz, etc.*, que había presentado Rafael Ruiz y Ruiz, al que se otorgó una mención honorífica de 2.500 pesetas y la edición del volumen *Historia de la legislación de la Bolsa de Madrid, (1831-1931)*. El libro de Galvarriato estuvo al alcance de los lectores en la primavera de 1935 y de nuevo, ante un tema tan particular, la mayoría de los medios volvieron a ser acuses de recibo o poco más. Sin embargo, el anónimo autor de la recensión de *La Ilustración Financiera* puso una pincelada de distinción al ensalzar el trabajo de Galvarriato en términos arquitectónicos:

> Sobre una base tan dilatada como era el tema expuesto, en tan breves conceptos, ha construido Galvarriato el más sólido y artístico edificio en que durante muchos siglos habrá de tener amoroso asiento la organización financiera. Ya el órgano bursátil, valiéndose de los débiles muros de una material construcción, ha encontrado su definitiva y permanente instalación entre las páginas de un libro que cuando tiene la fibra de éste que nos ocupa, resiste como ningún otro material todos los embates del tiempo.
>
> Esta es, pues, en definitiva, la obra de Galvarriato: ideal palacio de la contratación bursátil y, a la vez, arca guardadora de un tesoro histórico.[72]

La Ilustración Financiera y *El Financiero* eran dos publicaciones dedicadas al mundo de la economía, propiedades del prolífico periodista valenciano José Félix García Ceballos Teresí, quien había manifestado su admiración por Juan Antonio Galvarriato. Seis días después de publicar esta reseña de *La Bolsa*, apareció en *El Finan-*

[71] «Resultado de un concurso», *ABC*, Madrid, 18/I/1933, Pág. 37.
[72] «Un libro de Galvarriato», *La Ilustración Financiera*, Madrid, 13/III/1935, S. P.

ciero un texto que llevaba por título «Don Quijote Ceballos Teresí»[73], en el que el cabezonense manifestaba su admiración por el valenciano por haber convertido la revista semanal *El Financiero*, en periódico diario, que se iniciaba en ese mismo número.

No iba a desaprovechar Ceballos Teresí la ocasión de devolver el homenaje a su amigo, y el 11 de junio apareció en las primeras páginas del mismo medio «El Maestro Galvarriato. El hombre y su obra», el primer acercamiento a su biografía y su obra:

> Hijo de la Montaña, de Cabezón de la Sal, y en verdad que justifica los dos términos de su origen natal: aticismo, hasta punzante y epigramático en el escribir, sin llegar nunca a ser cáustico ni perderse la silueta correcta del caballero. Tenaz, sin derivar a la terquedad cerrada, si no abierto siempre a todos los vientos de la razón, la reflexión y la dialéctica adversaria si conduce a disuadir del error.
>
> Galvarriato ha tenido la manía, bendita manía, de dirigir periódicos, de crear periódicos, de concebir empresas periodísticas, a veces incomprendidas por ser superiores, sin duda a la potencia adquisitiva mental de quienes circunstancialmente le rodearon y no supieron entenderle.[74]

---

[73] GALVARRIATO, J. A.: «Don Quijote Ceballos Teresí», *El Financiero*, Madrid, 19/III/1935, Pág. 327.

[74] CEBALLOS TERESÍ, J. G.: «El maestro Galvarriato. El hombre y su obra», *El Financiero*, Madrid, 11/VI/1935, Págs. 1.449-1.450.

MALOS TIEMPOS

La víspera del día en que apareció el homenaje de Ceballos Teresí, fallecía Manuel, el hijo mayor de Juan Antonio y Rosalía, a los 34 años. Padecía desde hacía unos meses problemas respiratorios incurables que obligaron a ingresarlo en el sanatorio. Al parecer[75] había estudiado Derecho y trabajaba en el Banco Hispano Americano, pero durante un breve periodo de tiempo fue corresponsal de *El Cantábrico* en Cabezón de la Sal.

Poco después fracasaba el golpe de estado del 17 de julio y comenzaba la Guerra Civil que destruiría la vida cotidiana y el legado de la II República. Los Galvarriato eran una familia conservadora, algunos de cuyos jóvenes se afiliaron a Falange Española, al menos Dolores, que tendría puestos de responsabilidad en la Sección Femenina en la posguerra. Su hermano Julio y su primo Joaquín participaron en el asalto al cuartel de la Montaña. Julio desapareció en Madrid durante la guerra. Sobre su caso declaró su cuñado Sixto Payno para la Causa General, informando que se incorporó a la defensa del Cuartel de La Montaña el 19 de julio, por lo que fue reducido a prisión, pasando por la Cárcel Modelo y la de Porlier. Obtuvo la libertad en enero de 1937, poco después llamaron a su quinta y se presentó, fue destinado al 119 Batallón de la 30 Brigada, pero en noviembre lo trasladaron al 117 Batallón y la familia no supo nada más de él hasta finalizada la guerra: «… había sido asesinado cuando recibió la orden de trasladarse del 119 Batallón al 117.»[76]

Si la información facilitada por Payno es exacta, Julio pudo estar acompañando a su padre cuando falleció el 23 de enero de 1937, con 69 años. El padre de la familia Galvarriato García había mantenido las revistas que dirigía hasta las primeras semanas de la guerra. Terminaba así la vida de un cabezonense nacido en Torrelavega, que dejó páginas importantes para la historia del periodismo español, publicó algunos relatos costumbristas e hizo notables aportaciones al conocimiento de la historia del mundo económico con sus libros.

---

[75] Estos datos los he tomado de sendas notas de prensa, que no he podido confirmar.

[76] http://www.maalla.es/Varios/Cuartel/index.html, consultado el 25/IX/2024.

La familia Galvarriato habría sido de los ganadores de la Guerra Civil, pero resulta difícil creerlo cuando al final de la misma habían fallecido Juan Antonio, en la cama, y su hijo Julio asesinado por algún miliciano, probablemente siguiendo instrucciones superiores. A los que hay que añadir a su hermano Joaquín y a su sobrino Joaquín, asesinados en Paracuellos el 7 de octubre de 1937.

CÓMO ERA

Aunque he iniciado el estudio sobre Juan Antonio Galvarriato hace años las circunstancias me han obligado a construir este libro en mucho menos tiempo del que me habría gustado. No he tenido ocasión de contactar con los familiares más próximos. No obstante no renunciaré a reflejar en unas líneas cómo lo veían sus contemporáneos.

No es mucho, pero creo que puede dar una idea de cómo era Juan Antonio Galvarriato del Rivero.

***

El primer testimonio es el más temprano y además el más breve. Está en el contenido en una carta de José María de Pereda, cuando estaban empezando a trabajar sobre el Centro Montañés. En este caso tenemos una fecha exacta, 26 de abril de 1896, y el destinatario no es otro que el escritor local, José María Quintanilla (*Pedro Sánchez*), en la que le expone cómo va el asunto la tarea. En esos momentos se muestra optimista, está satisfecho con la captación de personajes como el marqués de Comillas, el conde de Torreanaz, el jurista Manuel Marañón o el arzobispo de Madrid-Alcalá. En su texto advierte que estos son personajes ilustres, que si no fuera estos podrían ser otros, pero opina:

> «se procurará meter bien de conspicuos entre los vocales; pero no puede prescindirse de algún que otro Galvarriato (que, después de todo, es persona agradable, diligente y útil) porque son indispensables en la junta vocales activos que lleven la carga diaria. Hay que pensar en todo».[77]

Cualidades de Galvarriato que se confirman con las tareas que hace a lo largo de los años en las publicaciones en las que tiene cargos de diferente clase: director, gerente, administrador, secretario… cuando no lo hace todo.

***

[77] García Castañeda, 2023, 1963.

Entre sus colegas era apreciado, como quedó patente cuando César Silió recurrió a él para dirigir el diario *La Libertad* en su ausencia. Fue un año en el que además de dirigir el periódico se involucró en otros asuntos, como ya hemos visto. Uno de ellos fue la revista *Tierra Castellana*. No me resisto a recurrir, de nuevo, el artículo «A la prensa Castellana», de *El Diario de Ávila*, en el que se refiere a Galvarriato sin mencionarlo y refiriéndose a él como «el culto y prestigioso director que fue de *La Libertad* de Valladolid». En esta ocasión al párrafo siguiente:

> Algo sin duda alguna, habrá podido influir su ausencia, que somos los primeros en lamentar, por que llegamos a cobrarle cariño, toda vez que con su desinterés y abnegación que mucho le honraban, no eran otros sus deseos que el ver a nuestra región colocada en el lugar preeminente que reclama su renombrada historia.[78]

***

Las «Semblanzas jurídicas» de la *Revista Jurídica* se publicaron durante décadas y una buena parte de ellas se recogieron en dos tomos. El 31 de diciembre de 1907 publicó *La Atalaya* una «Semblanza jurídica» de Galvarriato, «Martínez Carande», dedicada al notario lebaniego, José Martínez Carande. Napoleón Ruiz, director del decenal *Picos de Europa*, de Potes, tuvo la idea de hacer una crítica[79] mordaz sobre el estilo literario de la semblanza. Enterado Galvarriato de la publicación de «Cosas del día» envió una carta destinada al director de *Picos de Europa*:

> Sr. Director del periódico *Picos de Europa*. -Potes.
>
> Muy señor mío: aunque mis ocupaciones me lo permitieran no contestaría a lo que, bajo el título «Cosas del día», se publicó en un número de ese periódico que la Redacción tuvo la amabilidad de remitirme.
>
> ...Porque no tengo la pluma para dar honor al primer ignorante y grosero cuya mentecatez le haga soñar con beligerancias que no lo corresponden.
>
> De usted atento s. s. q. s. m. b.
>
> J. A. Galvarriato[80]

---

[78] Ver nota 54.

[79] «Cosas del día», *Picos de Europa*, 25/I/1908, Págs, 1-2.

[80] «Comunicado», *La Voz de Liébana*, Potes, 10/II/1908, Pág. 1.

Napoleón Ruiz, recibió la carta de Galvarriato y no la publicó, pero la contestó[81], o más o menos. Los que sí la publicaron fueron sus adversarios en Liébana: *La Voz de* Liébana, de Potes, y *Waterloo*, de Camaleño.

***

Como comenté más arriba, Ceballos Teresí, publicó en *El Financiero* «El maestro Galvarriato. El hombre y su obra», en el que además de lo citado más arriba, también describió cómo era la forma de trabajar de su amigo:

> Galvarriato, en cambio, aun siendo de la misma quinta que yo más o menos, conserva aún la costumbre aclimatada de trabajar la noche entera, en la quietud y la soledad del despacho de su casa, para acostarse al apuntar el día y aun después de salir el sol, lo cual tiene la ventaja no pequeña de poder estar más horas apartado de las luchas de los hombres.[82]

***

Los testimonios anteriores son de sus contemporáneos. Años después, para el libro *Cinco figuras en torno a la novela de la posguerra: Galvarriato, Soriano, Formica, Boixadós y Aldecoa*, Concha Alborg hizo una entrevista a Eulalia Galvarriato, en la que reproduce, entre otras respuestas, estos dos párrafos:

> … Mi padre era encantador, era una persona de una personalidad tremenda, de carácter fuerte pero de una dulzura y un cariño… Las hijas nos asomábamos a verle… Hay una cosa que sí es de mi padre, el andar con ese balanceo.[83]
>
> …
>
> Ahora que tengo que decir una cosa mi padre siempre tuvo debilidad por mí. Con lo que me gustaba Cabezón de la Sal, a veces me venía, sin dudar, con mi padre a Madrid por estar con él.[84]

---

[81] «Otro bazar. de cultura», *Picos de Europa*, 15/II/1908, Pág, 2.
[82] *El Financiero*, 11/VI/1935, Págs. 1-2.
[83] ALBORG, 1993, 26.
[84] ALBORG, 1993, 28.

FUENTES

Archivos

Expediente académico de Juan Antonio Galvarriato Rivero, Archivo Histórico Nacional, Madrid, Universidades, Universidad Central, Facultad de Derecho, 4047, Exp. 8, 0005.

Expediente académico de Juan Antonio Galvarriato Rivero, Archivo Histórico Nacional, Madrid, Universidades, Universidad Central, Facultad de Filosofía y Letras, 6528, Exp. 7, 0003.

Galvarriato Del Rivero, Juan Antonio, Caja 263 AHICAM 1.1 Exp. 8265, Expedientes de colegiación. Archivo Histórico, Ilustre Colegio de la Abogacía de Madrid.

Bibliografía

AGUIRRE GUTIÉRREZ, Ricardo: *Cabezón a principios del siglo. Una aproximación histórica*, Ediciones de Librería Estvdio, Santander, 1995.

ALBORG, Concha: «Eulalia Galvarriato», *Cinco figuras en torno a la novela de posguerra. Galvarriato, Soriano, Formica, Boixadós y Aldecoa*, Ediciones Liberta-rias, Colección Aveférnix Textos 51, Madrid, 1993, Págs. 21-53.

ANÓNIMO: «Los Bancos de emisión antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. El patrón oro en España. La prórroga del privilegio al Banco de España», *Revista ilustrada de Banca, Ferrocarriles, Industria y Seguros*, Madrid, 25/I/1919, Pág. 39.

——: «Un libro notable. El Banco de España», *El Financiero*, T. 1078, Madrid, 25/XI/1921, Págs. 2.582-2.584.

——: «Un libro de Galvarriato. Bolsa de Madrid», *La Ilustración Financiera*, Madrid,

13/III/1935, S. P.

BLANCO-RECIO, Orestes: «Banco de España», *El Debate*, Madrid, 12/VI/1929, Pág. 5.

CASTAÑEDA, Vicente: «J. A. Galvarriato. El Correo y la Telecomunicación en España. [Mad. Imprenta de Espinosa], 1920; 200 Págs. grabados en el texto, 4º», *Bo-*

letín de la Real Academia de la Historia. Tomo LXXIX, Madrid, agosto-octubre, 1921.

——— «El Excmo. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo LXXXVIII, Madrid, enero-marzo, 1926.

Ceballos Teresí, J. G.: «El maestro Galvarriato. El hombre y su obra», *El Financiero*, 11/VI/1935, Págs. 1.449-1.450.

Coll Moscardó, Miguel, «De la discordia a la comunión: el Dr. Sardá y los Jesuitas (1882-1907)», *Anthologica Annua*, Instituto Español de Historia Eclesiástica, Roma, 53-54, 2006-2007, Págs. 11-290.

D[íaz]. de Quijano, José: «A manera editorial (Solo dos palabras)», *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la provincia de Santander*, Madrid, 1901.

Fraai, Jenny: *Eulalia Galvarriato (1904-1997)*. Ediciones del Orto, Biblioteca de mujeres 50, Madrid, 2003.

Galvarriato, Eulalia: *Raíces bajo el tiempo*, Ediciones Deusto, Colección Ánfora y Delfín, 588, 1985.

García Castañeda, Salvador: *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del Costumbrismo en Cantabria*, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estvdio, Colección Pronillo, Santander, 1991.

——— «Regionalismo y resquemores: Pereda y la Fiesta Montañesa», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, 2006.

——— *Pereda pintado por sí mismo (1851-1906). Un epistolario*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 2023-2025.

González Vázquez, Araceli: «El escritor cántabro Juan Antonio Galvarriato (Torrelavega, 1867 – Madrid, 1937)», https://lamurria.wordpress.com, consultado el 20/XII/2025.

Gutiérrez Goñi, Jesús Francisco: «Historiografía de la prensa cántabra», *Altamira*, 80, Santander, 2011. Págs. 303-327.

Hernández-Úrculo, Zaida: *Historia coral de Santander.* Crisálidas *(1865-1900)*. Santander, Centro de Estudios Montañeses, 2017.

La Redacción: «Dos palabras», *El Eco Montañés*, 1, Madrid, 04/I/1900, Pág. 1.

López-Calderón, Manolo: *La C[ía] Ferro-Carril Cantábrico. Desde sus orígenes hasta su integración en FEVE. Línea de Santander-Llanes*, Asociación Cántabra de Amigos del Ferrocarril y Federación de Asociaciones en Defensa del Patrimonio Cultural y Natural de Cantabria (ACANTO), Santander, 2020.

LORENZO, Pedro de: «Al habla con la madre del nuevo "Nadal". Juan Antonio Payno Galvarriato. Un universitario, de veinte años, en un clima de letras», *Blanco y Negro*, Madrid, 13/I/1962.

PUYOL, Julio: «Adolfo Bonilla y San Martín. Su vida y obras», *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, núm. 37, Madrid, octubre-diciembre 1926, Págs. 425-685.

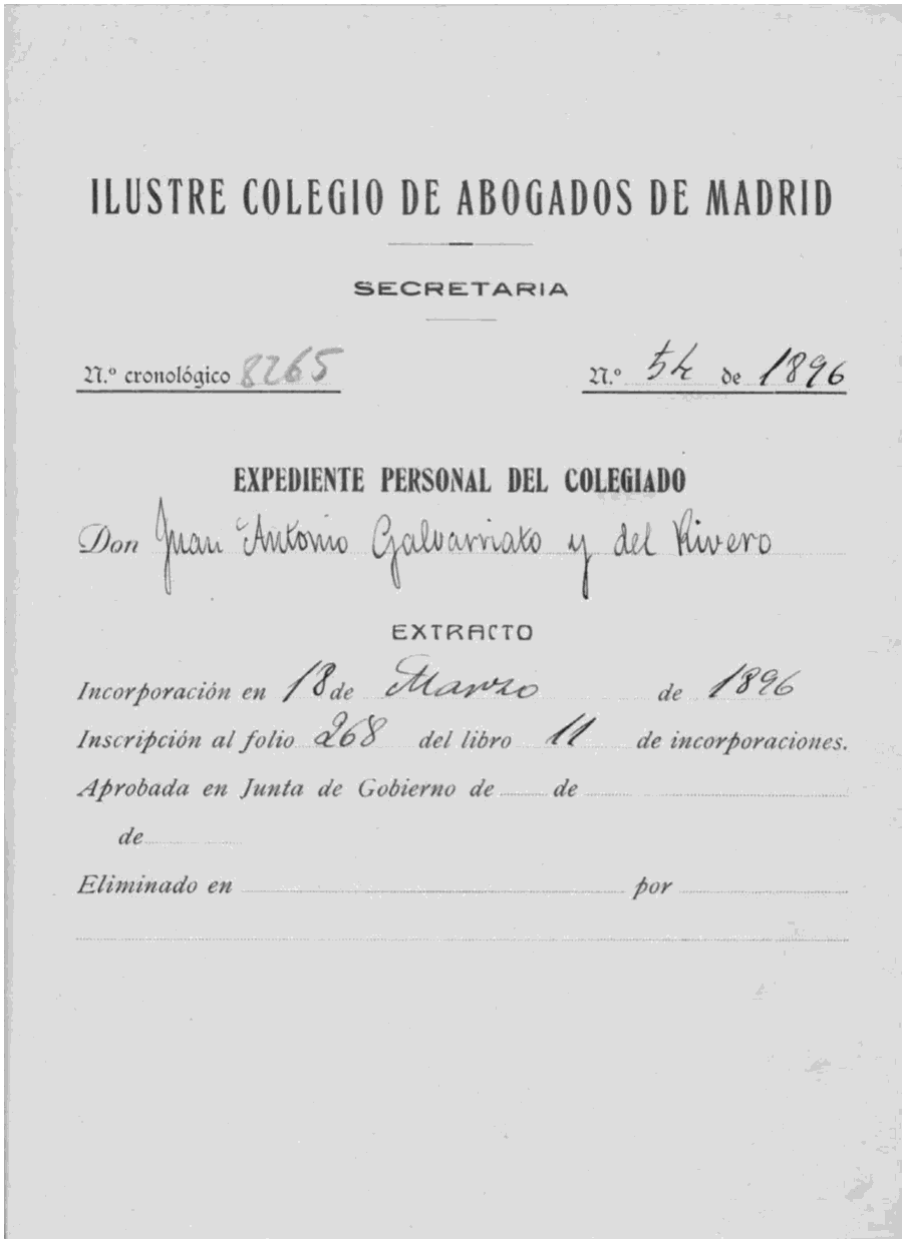
SANCHÍS Y ZABALZA, José Joaquín: «Historia bancaria», *Luz*, Madrid, 7/IV/1932, Pág. 2.

SIMÓN CABARGA, José: *Historia de la prensa santanderina*. Centro de Estudios Montañeses-Institución Cultural de Cantabria-Diputación Regional, Santander, 1982.

SMERDOU ALTOLAGUIRRE, Margarita (Ed.): Imagen de *Dámaso Alonso y Eulalia Galvarriato*, Caballo Griego para la Poesía, Madrid, 2006.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. y MARTÍNEZ RUIZ, F.: «Juan Antonio Payno, el "Nadal" de 20 años. La novela *El Curso* refleja la vida de la juventud universitaria», *El Español*, Madrid, 14/I/1962, Págs. 45-48.

VV. AA.: *Cantos de la Montaña*. *Colección de canciones populares de la provincia de Santander*. Madrid, 1901.



ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DE MADRID

SECRETARIA

N.º cronológico 8265 N.º 54 de 1896

EXPEDIENTE PERSONAL DEL COLEGIADO

Don Juan Antonio Galvarriato y del Rivero

EXTRACTO

Incorporación en 18 *de* Marzo *de* 1896

Inscripción al folio 268 *del libro* 11 *de incorporaciones.*

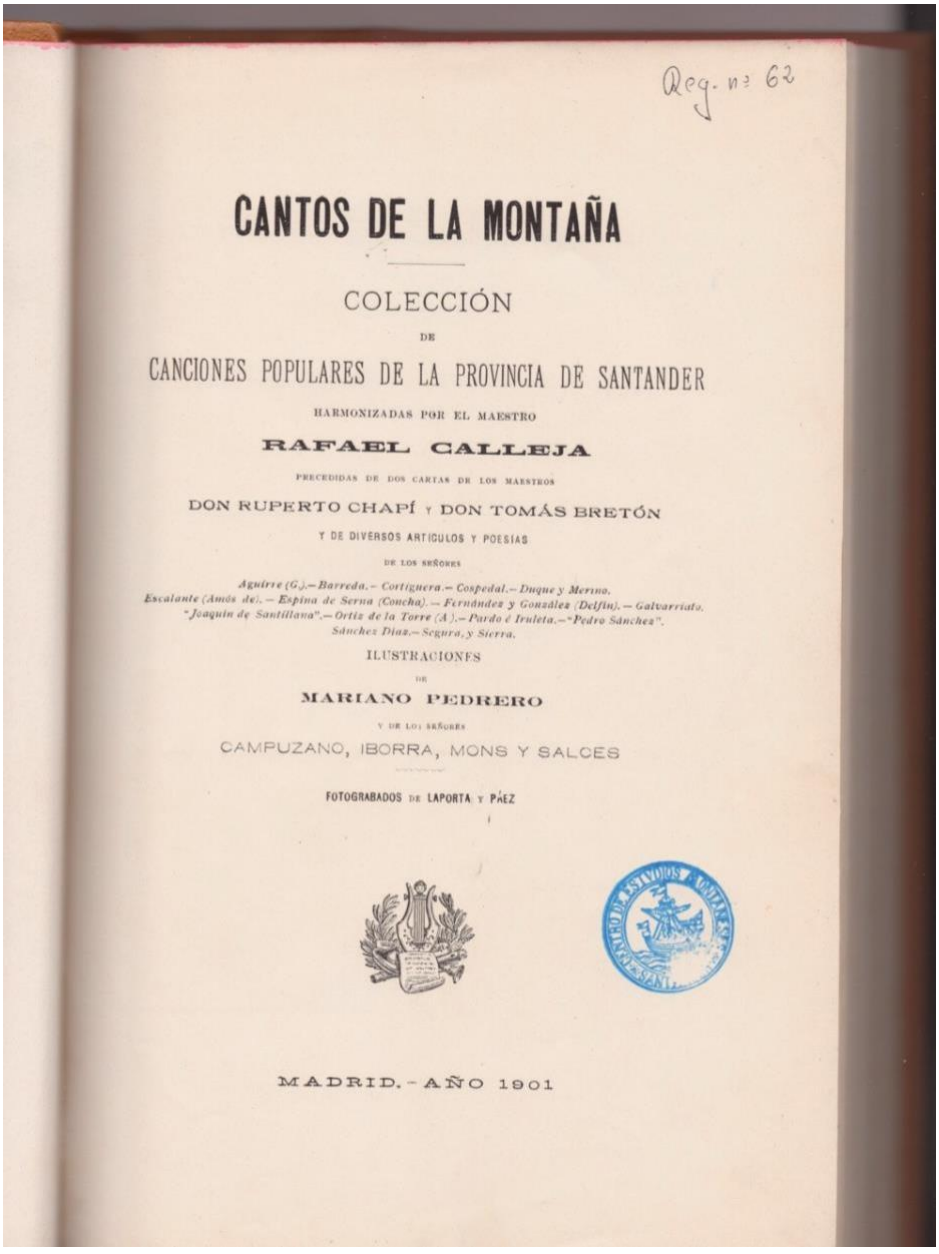
Aprobada en Junta de Gobierno de ..... de .....

de .....

Eliminado en ..... por .....

Portada del expediente personal de Juan Antonio Galvarriato.
Ilustre Colegio de la Abogacía de Madrid. Madrid, 1896.

Juan Antonio Galvarriato. C*antos de la Montaña*. Madrid, 1901, Pág. 12,
Biblioteca del Centro de Estudios Montañeses, Santander.



Reg. nº 62

CANTOS DE LA MONTAÑA

COLECCIÓN

DE

CANCIONES POPULARES DE LA PROVINCIA DE SANTANDER

HARMONIZADAS POR EL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA

PRECEDIDAS DE DOS CARTAS DE LOS MAESTROS

DON RUPERTO CHAPÍ Y DON TOMÁS BRETÓN

Y DE DIVERSOS ARTICULOS Y POESIAS

DE LOS SEÑORES

Aguirre (G.).– Barreda.– Cottiguera.– Cospedal.– Duque y Merino.
Escalante (Amós de).– Espina de Serna (Concha).– Fernández y González (Delfín).– Galvarriato.
"Joaquín de Santillana".– Ortiz de la Torre (A.).– Pardo é Iruleta.–"Pedro Sánchez".
Sánchez Díaz.– Segura, y Sierra.

ILUSTRACIONES

DE

MARIANO PEDRERO

Y DE LOS SEÑORES

CAMPUZANO, IBORRA, MONS Y SALCES

FOTOGRABADOS DE LAPORTA Y PÁEZ

MADRID.- AÑO 1901

Cantos de la Montaña, Madrid, 1901. Biblioteca del Centro de Estudios Montañeses, Santander.

EL ECO MONTAÑÉS

DIRECTOR: J. A. Galvarriato.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION
MADRID..... Trimestre, pesetas..... 1,50
Año 5
PROVINCIAS..... Trimestre..... 2
Año..... 7
EXTRANJERO.... Año..... 15

ANUNCIOS CONVENCIONALES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CERVANTES, 11, 2.º DERECHA

AÑO I | MADRID.—JUEVES 4 DE ENERO DE 1900. | NÚM. 1.º

Mancheta de *El Eco Montañés*. Madrid. 1900/IV/4. Nº 1º. Biblioteca Municipal de Santander.

EL ECO MONTAÑES

Director: J. A. GALVARRIATO

Mancheta de *El Eco Montañés*, Madrid, 1900-1901. Biblioteca Municipal de Santander.

Madrid 30 Junio 1936.—Año XXV.—Núm. 962

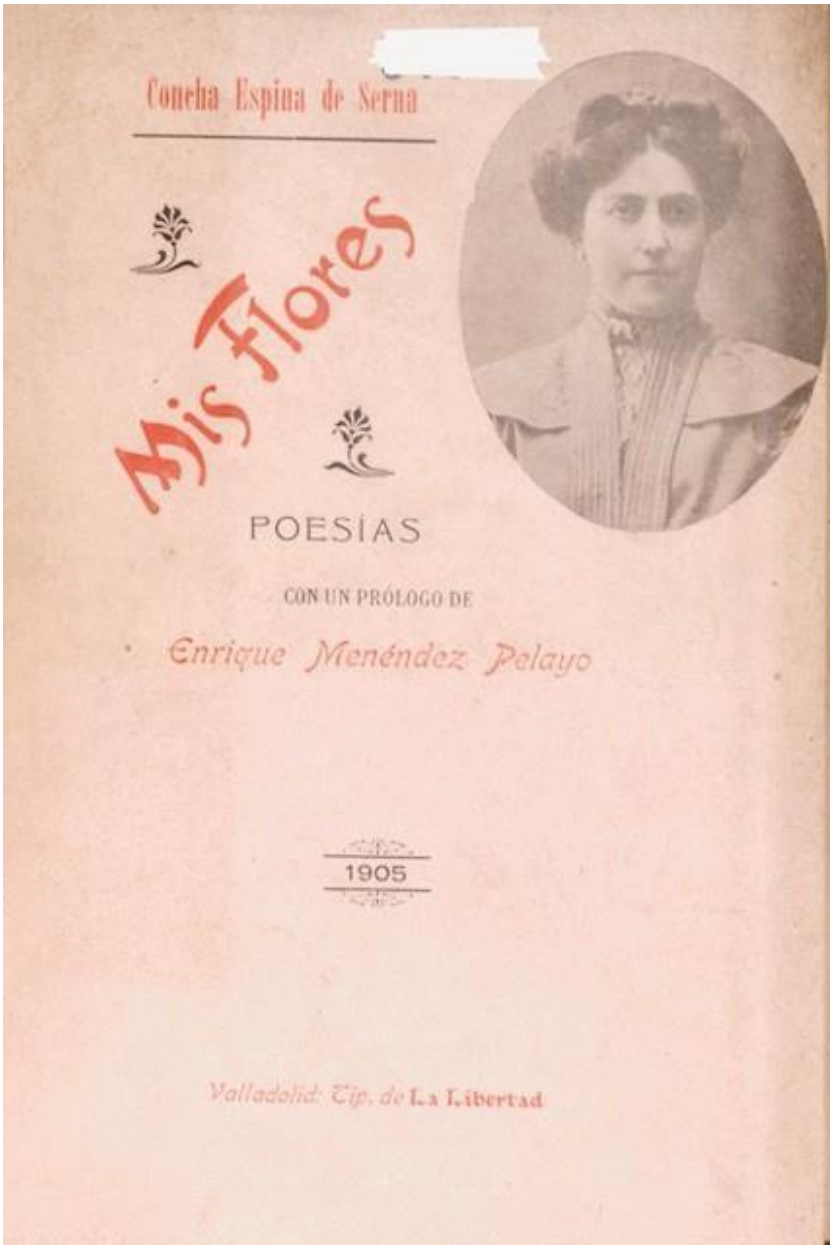
INDUSTRIA COMERCIO BANCA BOLSA

VIDA ECONÓMICA

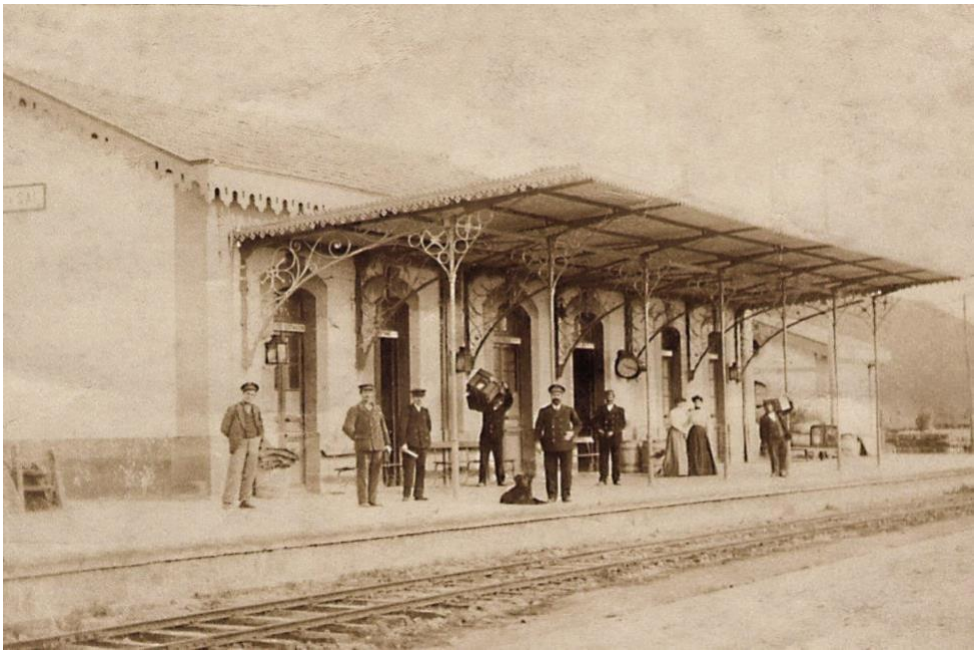
COLONIZACIÓN NAVEGACIÓN

J.-A. Galvarriato, director-gerente

Mancheta de *Vida Económica*. Madrid. 1936/VI/31. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

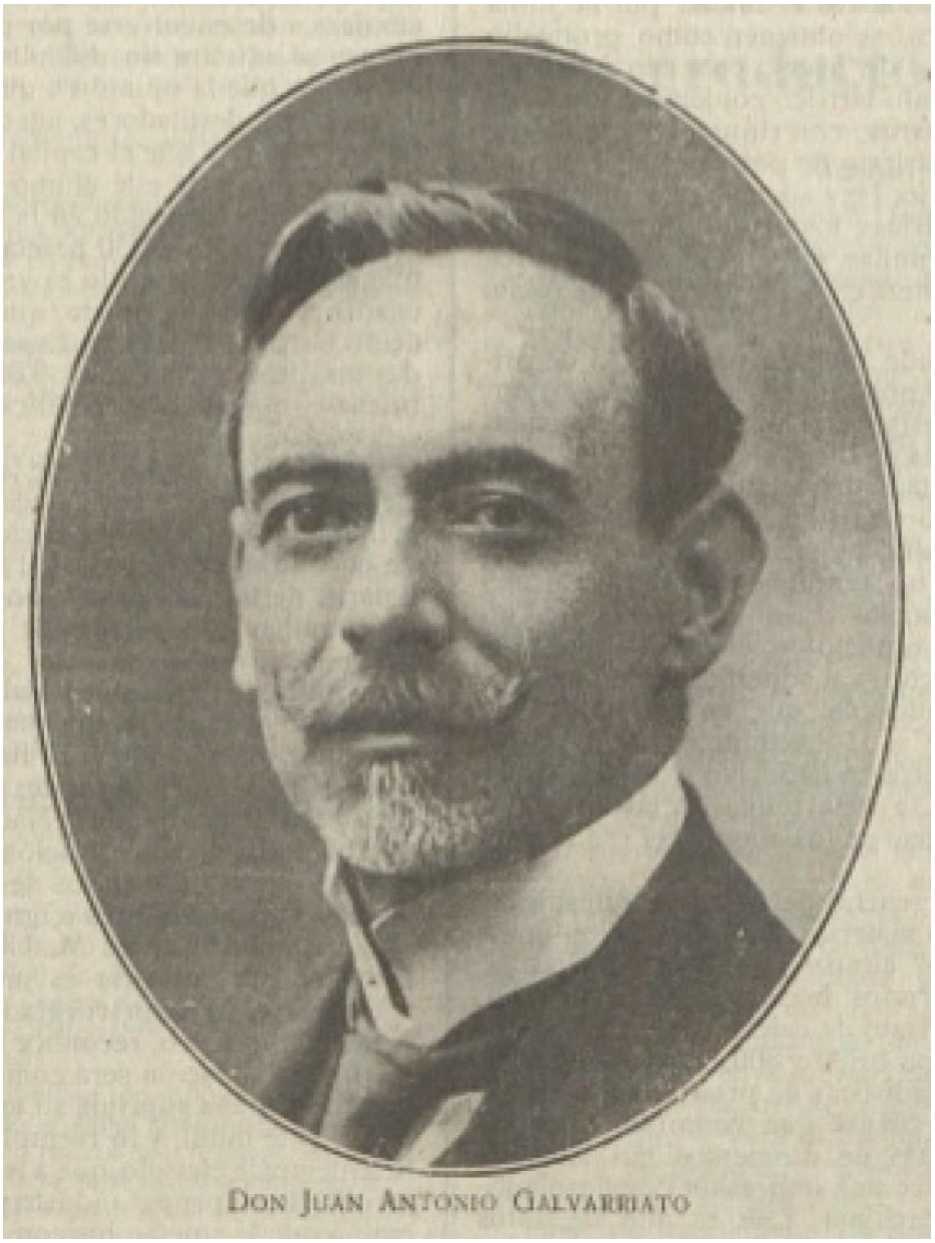


Mis flores. Concha Espina de Serna. Tip. La Libertad.
Valladolid, 1905/XII/31. Biblioteca Municipal de Santander.



Estación de Cabezón de la Sal. Postal.
Colección particular.

Palacio de Comunicaciones. Postal. Colección particular.



«Un libro notable. El Banco de España», Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España. *El Financiero.* Madrid. 1921-XI-25.

2660 — Año XXI. EL FINANCIERO 2 de Diciembre 1921

HOMENAJE A GALVARRIATO

Los directores de Revistas financieras

Por espontáneo y cariñoso movimiento de compañerismo de los directores de Revistas financieras de Madrid, ha sido festejado el día 29 del pasado Noviembre con un almuerzo íntimo en el Hotel Ritz el competente director de *Vida Económica*, D. Juan Antonio Galvarriato, como merecido homenaje de adhesión y simpatía por el notabilísimo libro que acaba de publicar sobre el Banco de España, del que hemos informado a los lectores de EL FINANCIERO con la extensión que merece, en nuestra edición anterior.

El almuerzo, espléndido y delicadamente servido, se celebró en el comedor reservado conocido por el Club, sentándose a la mesa con el festejado Sr. Galvarriato, D. Manuel Gómez Acebo, director de *El Economista;* D. Daniel Riu, director de *Revista de Economía y Hacienda;* D. Joaquín Rocamora, director de *Revista Ilustrada de Banca;* D. Angel Illana, director de *La Semana Financiera*, y el gerente de la misma, D. Carlos Caamaño; D. José García Ceballos, director de *Ilustración Financiera;* D. José María Valmaña, director de *Revista Financiera*, y D. José Ceballos Teresí, director de EL FINANCIERO.

Se adhirieron al acto, no pudiendo asistir por hallarse indispuestos, los directores de *La Gaceta de la Bolsa* y *La Actualidad Financiera*.

Fué una alegre fiesta íntima de solidaridad y cordial compañerismo, en la que la nota amena y la común satisfacción de todos por los éxitos de cada uno, y singularmente por el último alcanzado por el amigo Galvarriato, fué su singular característica.

Terminado el almuerzo, el fotógrafo de EL FINANCIERO, Sr. Navarro, impresionó unas placas con el grupo de comensales que acompaña a estas líneas.

Reiteramos al querido amigo y competente publicista y director de *Vida Económica*, Sr. Galvarriato, nuestra efusiva felicitación.

NOTAS FINANCIERAS Y MERCANTILES

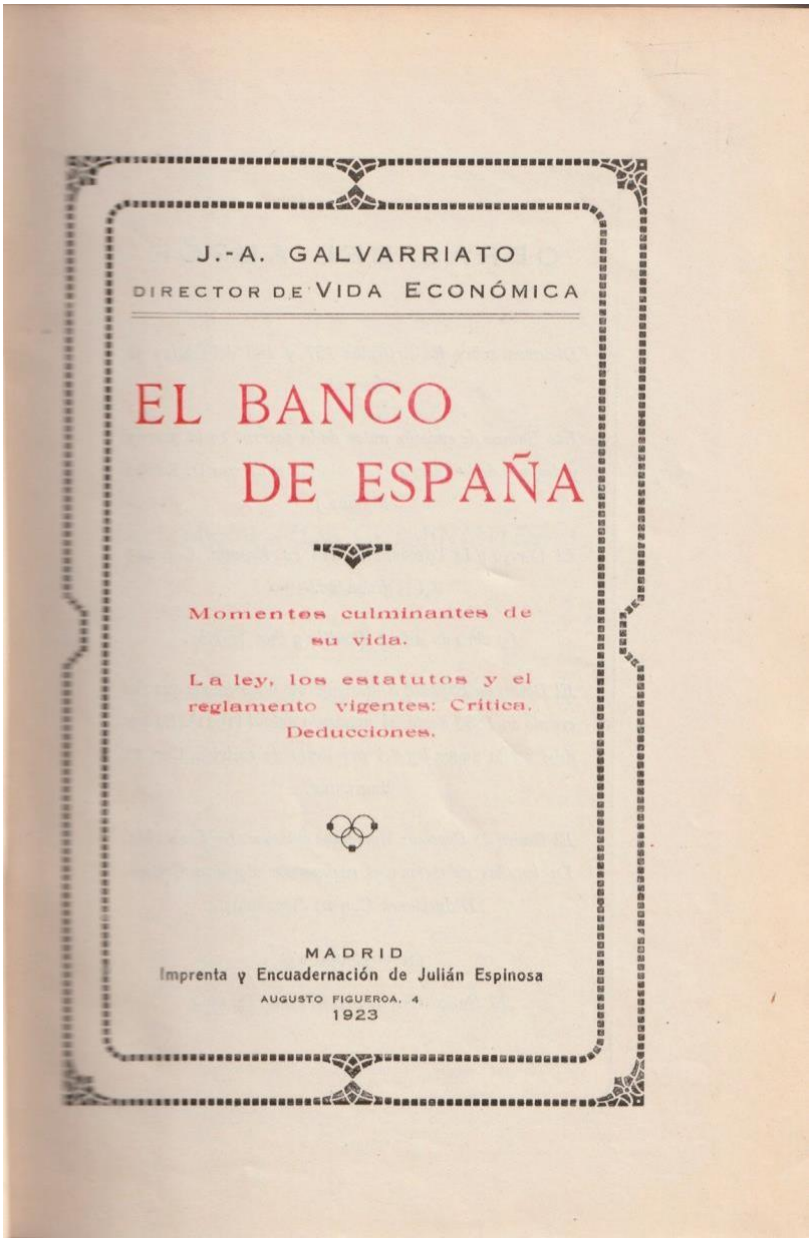
Impresiones de la semana.—Después de la febril actividad de continuas conferencias a que ha dado lugar la permanencia en Madrid del alto comisario, general Berenguer, que regresó ya a Marruecos ratificada una vez más su completa conformidad con el Gabinete respecto al plan a desarrollar en nuestra zona de influencia, la vida política ha entrado en un plano de tranquilidad, y las mismas operaciones militares siguen su curso normal, como si el ambiente público estuviese ya penetrado del desarrollo a seguir, máxime después de las tranquilizadoras declaraciones relativas a que no habrán de pedirse ya al país nuevos sacrificios representados por envíos a Africa de más contingentes de soldados.

También en el Parlamento remite la vehemencia marroquí, tema ya demasiado monoseado, pues a pesar del reverdecimiento de la discusión en la Alta Cámara, una vez liquidado el chispazo esporádico producido por el discurso del Marqués de Estella, mostrándose partidario del abandono de Marruecos, este debate quedó ya de hecho concluso para el juicio de la opinión general, con el discurso pronunciado en el Congreso por el Sr. Lerroux.

Los pleitos arancelarios que siempre se suscitan en toda renovación de esta índole, ya que es muy difícil o casi imposible encontrar el punto justo de convergencia de todos los in-

© Biblioteca Nacional de España

«Homenaje a Galvarriato. Los directores de Revistas financieras». *El Fianciero*. Madrid. 1921-XII-2, Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España..



J.-A. GALVARRIATO

DIRECTOR DE VIDA ECONÓMICA

EL BANCO DE ESPAÑA

Momentos culminantes de su vida.

La ley, los estatutos y el reglamento vigentes: Crítica. Deducciones.

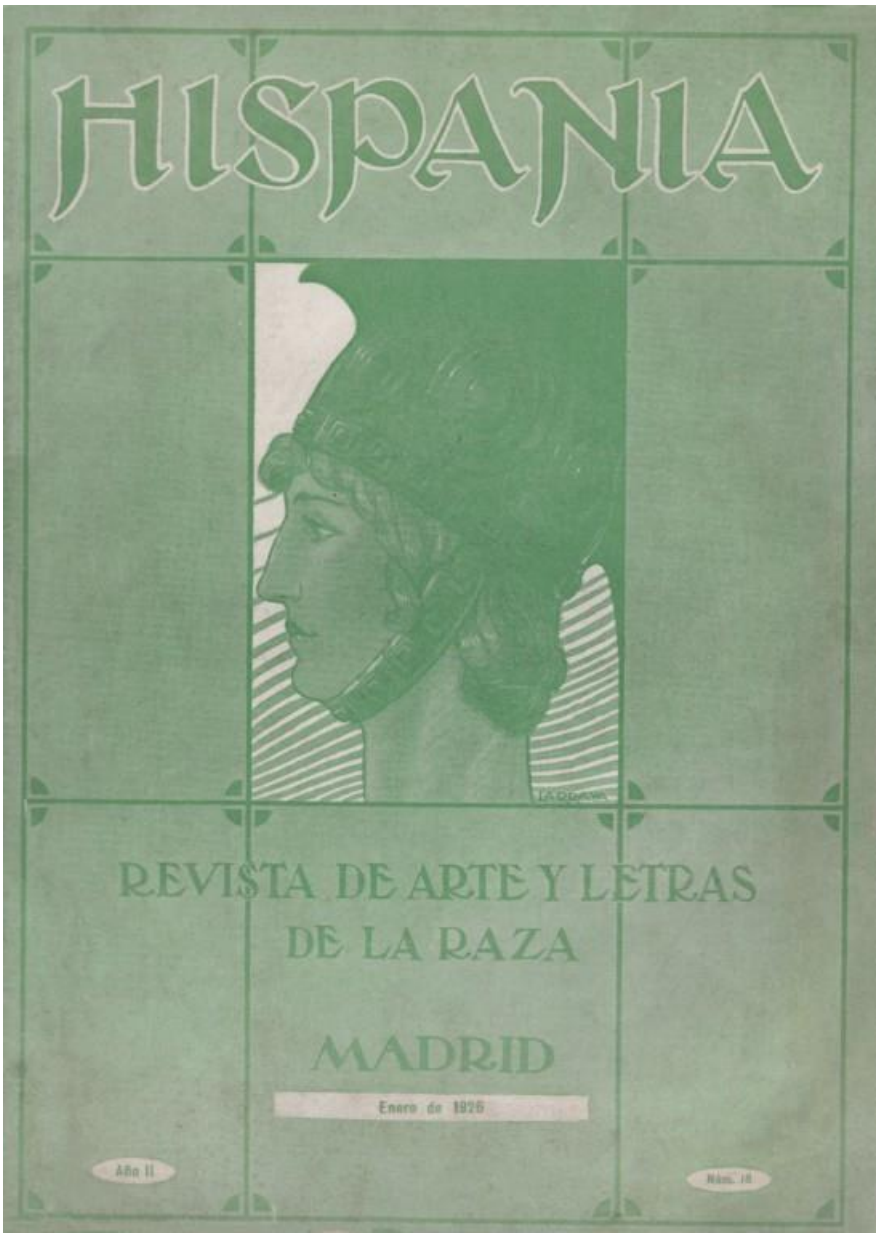
MADRID

Imprenta y Encuadernación de Julián Espinosa

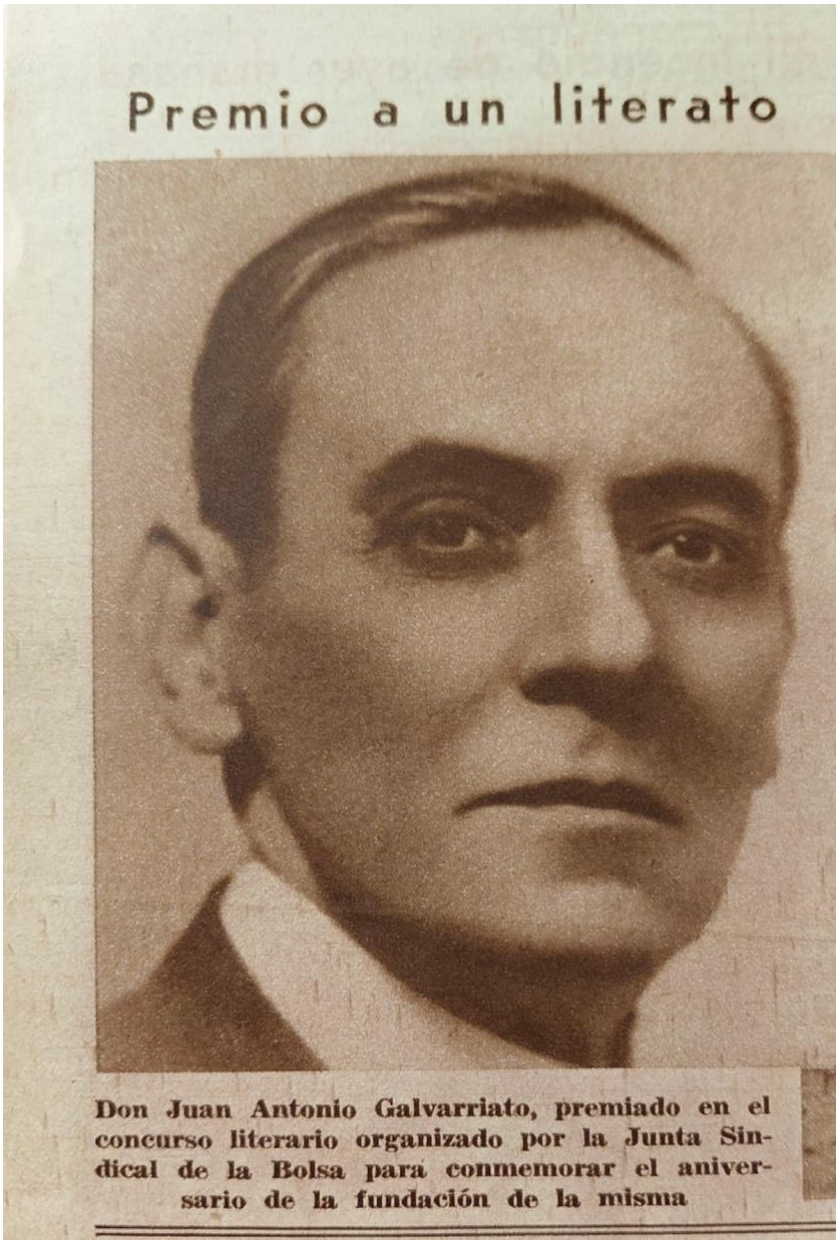
AUGUSTO FIGUEROA, 4

1923

El Banco de España. Portada, Madrid. 1923.

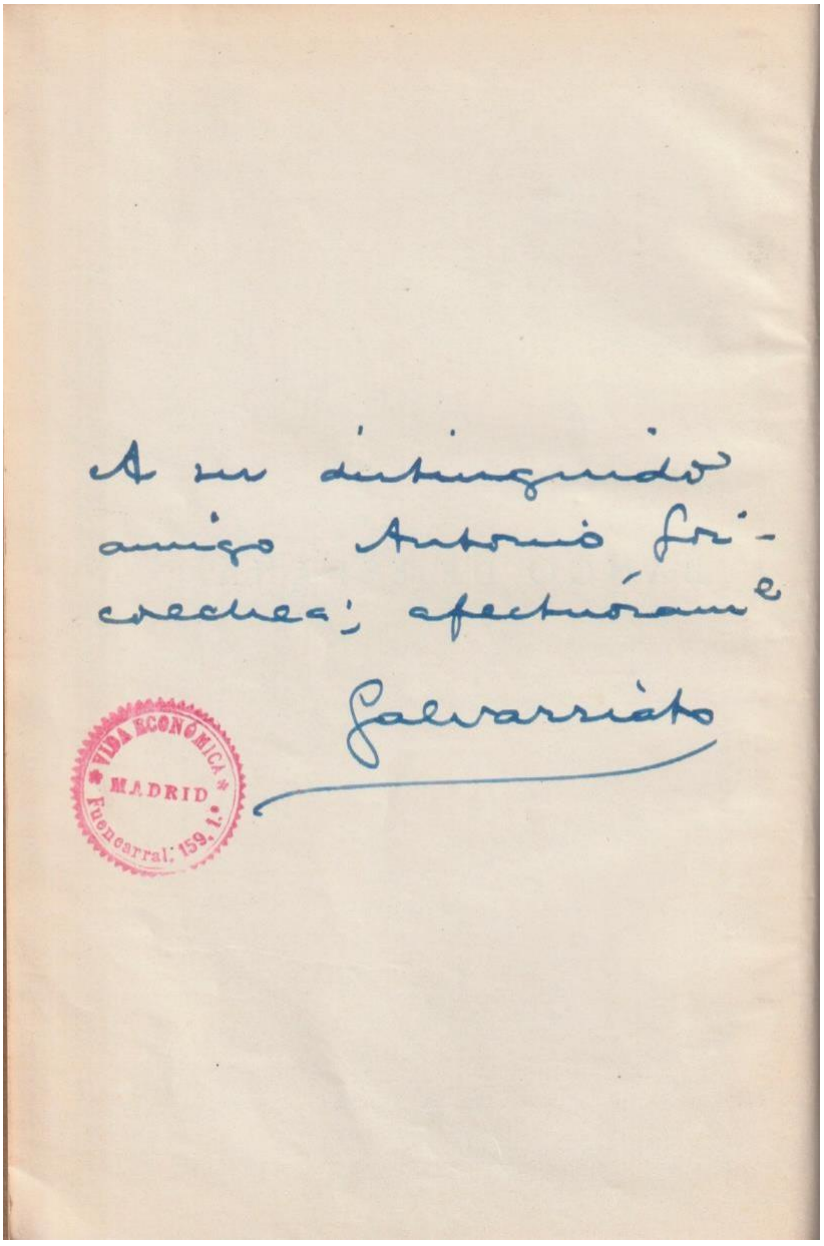


Hispania. Revista de arte y letras de la raza Cubierta del número 18.
Madrid, Enero 1926. Colección particular.

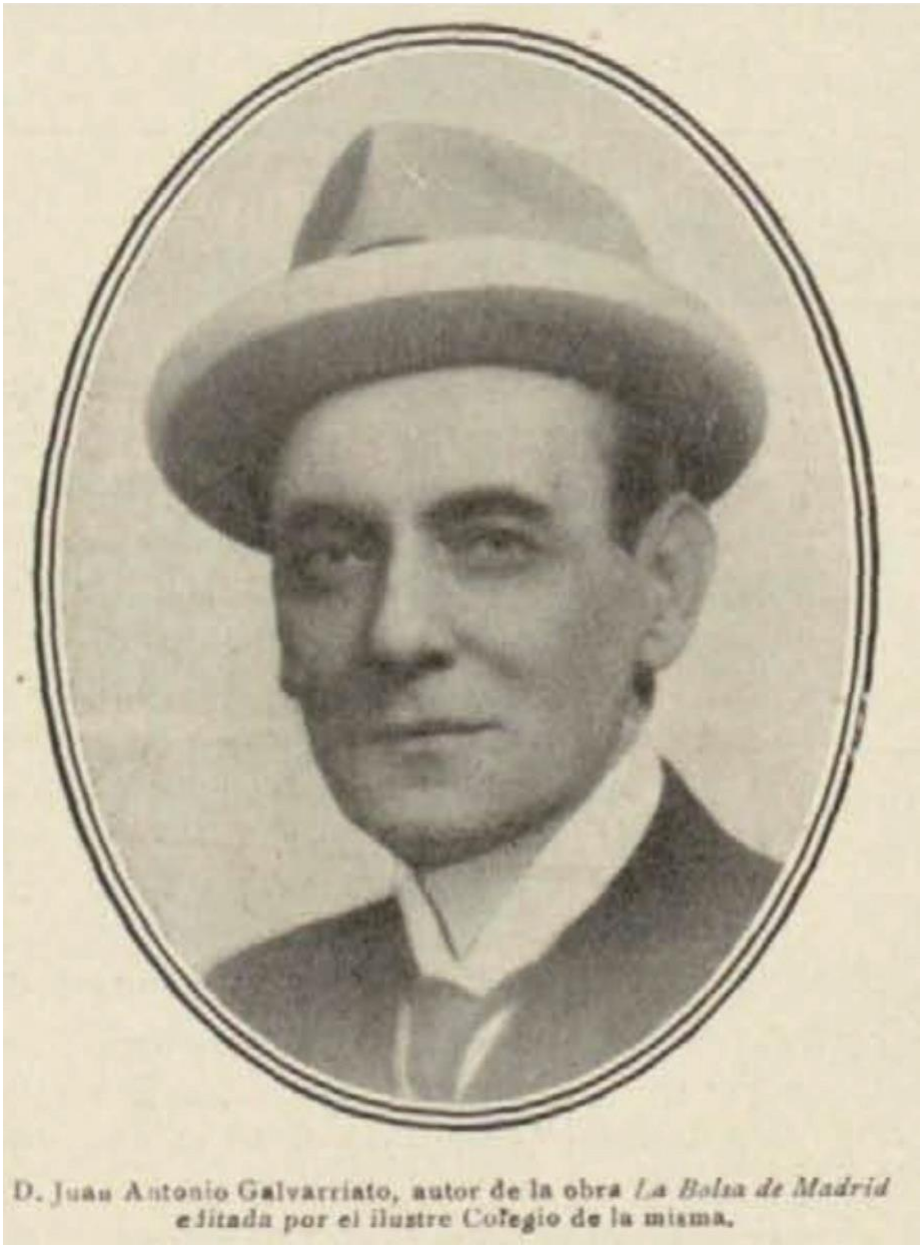

Premio a un literato

Don Juan Antonio Galvarriato, premiado en el concurso literario organizado por la Junta Sindical de la Bolsa para conmemorar el aniversario de la fundación de la misma

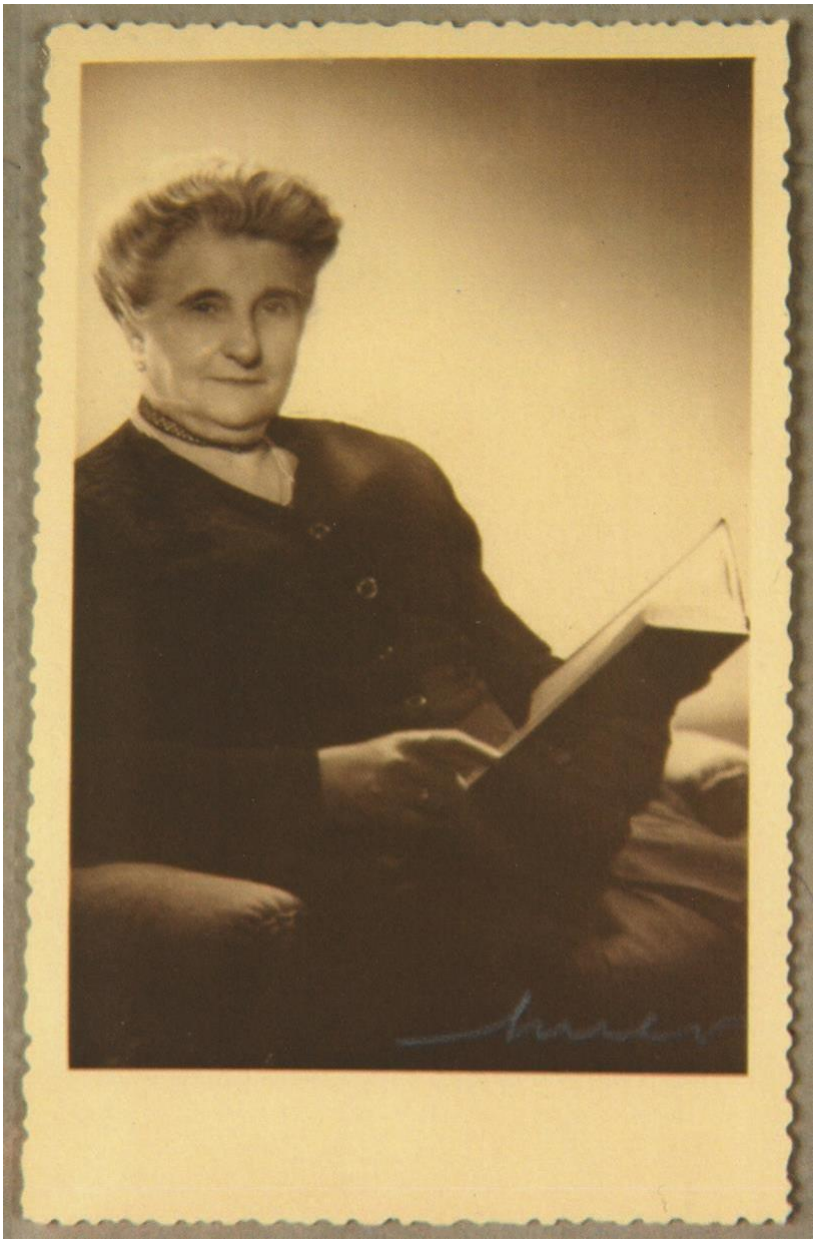
«Premio a un literato». *Ahora*, Madrid. 1933/I/21. Colección particular.



Dedicatoria a Antonio Goicoechea en un ejemplar del libro *Banco de España*, Madrid, 1929. Colección particular.



«Un libro de Galvarriato». *La Ilustración financiera*. Madrid. 1935-III-13.
Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.



Rosalía García Ruiz. *Imagen de Dámaso Alonso y Eulalia Galvarriato*,
Caballo griego para la poesía, Madrid, 2006.

Galvarriato, enero 1936. I*magen de Dámaso Alonso y Eulalia Galvarriato*, Caballo griego para la poesía, Madrid, 2006.

TEXTOS LITERARIOS

Desde el principio tenía claro que este libro sobre Juan Antonio Galvarriato tenía que ir acompañada de algunas muestras de su obra. A lo largo de sus años como periodista probablemente habrá publicado cientos o miles de textos. En general, en los primeros años de su labor periodística son de distintos temas: semblanzas de personajes, reseñas de obras literarias, comentarios sobre momentos de la historia, cuestiones de economía pública, etc. La mayor parte de ellos sin firma, que por esa única razón fueron rechazados. Así que he decidido hacer una selección de textos de diferentes materias, pero relacionadas con Cantabria. Dicha selección está compuesta de diez textos de diferentes asuntos colocados cronológicamente. El más numeroso lo componen los cuadros costumbristas, seis en total. Fueron publicados por primera vez en *La Atalaya* cuatro, uno en *El Cantábrico* y otro en *El Eco Montañés*.

El más antiguo, «Cerote ó la sublevación de Salinera[85]», narra un enfrentamiento entre vecinos al llegar al pueblo la noticia de la sublevación conocida como Vicalvarada. Con «Las ilusiones de Facio», Galvarriato se apunta a la explotada historia de un joven que se inicia en la pesca y no sobrevive a su primera experiencia. «Mirueta» es todo lo contrario, el adolescente que arrastra una vida mísera y al cabo de unos años es un acaudalado que se preocupa por los niños que tienen una infancia como la suya. En «La puja» escribe los sueños de amores de un joven demasiado optimista. En «El caldo» un viudo que se casa en segundas nupcias y los mozos del pueblo le obsequian con la tradicional cencerrada. Por último «Una chicharronada» es la historia de una fiesta gastronómica, tras la matanza del cerdo, pero que se interrumpió con las condiciones climáticas.

Como hemos visto, en julio de 1887 ya publicó un artículo de opinión en *La Cantárida* que le costó una demanda judicial[86]. En el segundo número que se conserva de esta publicación se encuentra su primer relato, «Ayer, hoy y mañana», con el que inicia su producción de textos literarios de creación. Se trata de un relato en el que

---

[85] Salinera es el nombre que Galvarriato da a Cabezón de la Sal en varios textos.

[86] «Al alcalde de nuestra villa de Cabezón»: *La Cantárida*, Torrelavega, 1, Pág. 1.

los tres momentos de Cabezón, que se indican en el título, debaten sobre el futuro que esperan con la futura llegada del ferrocarril. Entonces ya era un hecho que el futuro pasaría por allí, pero el autor deja abierto el debate. No es así el final del otro texto en el que retoma la controversia del ferrocarril. En «El cisma de Salinera», que se publicó veinte días después de haberse inaugurado la estación, discuten las casas de la villa. El problema está resuelto con el triunfo de las grandes casas, frente a las casas humildes. pero el progreso no debe dejar reconocer el valor de las tradiciones que se irán perdiendo.

Hay otros dos textos, los últimos, que tienen un cierto sentido de estudio etnográfico. Se trata de «El ijujú» y «Tradiciones montañesas. Origen de la "robla"». El primero se refiere a un grito, que así se llama, que tiene varios usos que el autor explica. Al ijujú dedicó un artículo Manuel Llano, «Desde Sevilla. ¡¡Ijujú!!», el 15 de junio de 1930, en *La Voz de Cantabria* con motivo de una actuación de la coral «El sabor de la Tierruca» dos días antes en el teatro de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, y al año siguiente le dedica unos párrafos en *Brañaflor*. Párrafos que reprodujo Salvador García Castañeda en su libro *Los montañeses pintados por sí mismos*.

En cuanto a «Tradiciones montañesas. Origen de la "robla"» es un trabajo en el que repasa los diferentes sentidos que tiene por España, esta o similar palabra. Y expone la antigüedad que tiene en Cantabria. «La robla» también es el título de un cuadro costumbrista de Pereda que incluyó en *Escenas Montañesas* en agosto de 1864 y al mes siguiente lo publicó en la revista madrileña *El Museo Universal*, con lo que salía de su medio provinciano y se daba a conocer en Madrid.

Estos textos fueron publicados en:

«Ayer, hoy y mañana»: *La Cantárida*, Torrelavega,4/IX/1887 Pág.1.

«Cerote ó la sublevación de Salinera (Cuento con ribetes de historia)»: *La Atalaya*, Santander, 17/X/1894. Págs. 1 y 2.

«Las ilusiones de Facio»: *La Atalaya*, Santander, 19/XI/1894. Pág. 2, *La Información*, Madrid, 25/II/1899, Págs. 1 y 2 y *El Eco Montañés*, Madrid, 22/IX/1900, Pág. 5.

«Mirueta»: *La Atalaya*, Santander, 29/XII/1894. Págs.1 y 2, *La Información*, Madrid, 27/III/1899, Págs. 2 y 3, *El Diario Catalán*, 19/IX/1899, Págs. 2 y 3 y *El Eco Montañés*, Madrid, 22/IX/1900, Págs. 5.

«El cisma de Salinera», *La Atalaya*, 24/I/895, Pág. 1; 25/I/1895, Págs. 1y 2 y 26/I/1895, Pág. 2.

«La puja (Brochazos de un aprendiz)»: *La Atalaya*, Santander, 14/I/1897, Pág. 2; 15/I/1897, Pág.1. y 16/I/1897, Págs. 1 y 2. y *El Eco Montañés*, Madrid, 19/X/1901, Págs. 3-4; 26/X/1901, Págs. 3-5 y 2/XI/1900, Págs. 3-4.

«El caldo»: *El Cantábrico*, Santander, 26/V/1897, Págs. 1-2; 27/V/1897, Págs. 1-2 y 28/V/1897 Pág. 1.

«Una chicharronada»: *El Eco Montañés*, Madrid, 19/XI/1900. Págs. 23 y 24.

«El ijujú»: *Cantos de la Montaña. Colección de canciones populares de la provincia de Santander*. Madrid, 1901. Págs. 45-47.

«Tradiciones montañesas. Origen de la "robla"»: *El Cantábrico*, Santander, 17/XI/1902. Pág.1.

AYER, HOYY MAÑANA

El cansancio se iba apoderando de mi cuerpo, había andado una larga jornada, y vencido por la fatiga me senté.

Poco a poco mis párpados se acercaron, Morfeo tendió un velo ante mis ojos, me envolvió en sus vapores celestiales, y quedé sumido en un dulce sueño que los ángeles envidiaran.

Suavemente se posó una mano en mí, abrí los ojos y miró.

Una mujer hermosísima, mal encubierta su desnudez con miserables harapos, clavaba en mis ojos los suyos bellos, de expresión indefinible, donde lo mismo se veía cruzar la brillante llamarada de la gloria que la lánguida de tristeza y desaliento.

Tanta belleza, al par que su majestuoso continente me admiraron.

Mis labios y mi lengua negáronse a pronunciar una palabra; mis ojos abríanse más y más como queriendo abarcar en un momento toda la hermosura que aquella mujer atesoraba, y en el corazón los latidos se sucedieron con mayor celeridad.

De aquella absorción me sacaron sus labios de tintes purpurinos, modulando una voz suave como el rumor de las flores, que se deshacía en dulcísimas notas y ecos de incomparable armonía.

«Yo soy Cabezón, la del *presente* dijo. Tú, hermana la del *ayer*, aparta de ti el blanco sudario que le envuelve; rompe el ataúd donde encerraron tus restos y sal de esa tierra que te oculta a nuestra vida».

Yo soy Cabezón la del *presente*. Tú, hermana la del *porvenir*, destruye los moldes en que te aprisiona la voluntad de Dios; descorre las gasas donde esperas mi *pasado* para encontrar tu *presente*, hiende al aire, salva en el rápido vuelo de tus sedosas alas la distancia que nos desune, y ven a reunirte con nosotros.

Apenas perdido su acento en los senos del espacio, vagos rumores en que se confundían tristes lamentos y ecos de plegarias con cantos de triunfos e himnos de entusiasmo se dejaron percibir.

Enlutada la comitiva formada por numerosos individuos de semblantes apenados apareció como brotando da la superficie de la tierra. Seis figuras humanas abrían la marcha con banderas de negro color salpicadas de sangre.

Venía el primero, montado sobre soberbio caballo lujosamente enjaezado, el *Orgullo* vestido de ricos trajes con profusión de adornos. Su bandera era de seda y decía *¡Quien como yo!*

Unos pasos más atrás andando perezosamente con un diminuto estandarte en que campeaba un hombre recostado sobre mullidos almohadones venia la *Indolencia* de encrespada y rústica melena cuyas ropas atestiguaban el vicio de su dueño.

Detrás venia otro que, apenas si reuniendo todas sus fuerzas podía seguir trabajosamente la marcha de los dos primeros, cuya compañía no quería abandonar. Su faz macilenta y demacrada decía las privaciones que hubo de pasar. Era la *Pobreza*; pero, no la humilde; si no la llena de rencores y ruindades, la en cuya alma se anida ridícula soberbia y una saña inconcebible.

Seguidamente venia otro, flaco, amarillento; sus ojos claros tenían un no sé qué que descubría sus pérfidas intenciones; era la *Envidia*, cuyo lema decía «*Guerra a lo que es más que yo*».

Otro llevaba escrito «No perdono». Era la *Venganza*, de cuyos inyectados ojos parecía saltar la sangre y que con su boca hacia muecas que me horrorizaban.

Inmediatamente detrás se arrastraba con paso tardo la *Muerte*. Sus órbitas vacías; sus huesos que crujían en la marcha; aquella que fue cabeza humana donde pudo germinar invento que el mundo aprovechara para la vida, y que era entones redonda calavera, parecían repetir lo que escrito llevaba en su bandera *Desolación. Ruina, producto de aquellos dos factores*.

Sostenida por la discordia caminaba a continuación el *ayer* de Cabezón, triste mujer cuyo semblante revelaba su profundo sufrimiento, al ver como sus propios hijos la encarnecían y vilipendiaban, rasgando en despreciables girones sus pobres vestiduras. Acompañándola venia una descontenta y haraposa turba que caminaba por sitios donde la tierra, roja, sustentaba sobre sí casuchas parecidas a sepulcros en su forma y su silencio.

Por opuesto lado se adelantaba otra numerosa comitiva; pero advirtiéndose en los que la componían júbilo y alegría, rostros risueños, voces de contento y entusiasmo, señales inequívocas de gran placer, formando todo un conjunto de armonías indescriptible. Seis también caminaban a vanguardia con banderas.

Era el primero el *Orgullo* como en la otra, paro distinto que en ella: blanca era su bandera y su lema llevaba *Artes*, *Ciencias*, *Letras*, *Prosperidad*.

Seguía el *Trabajo* vestido de humilde obrero con la pica al hombro, revelando en su cara la satisfacción que le producía la práctica de su lema «*En el trabajo está la dicha*».

Continuaba el *Bienestar* que acompañaba al precedente en todas sus evoluciones, como queriendo decir que sin el primero la felicidad no existe.

Pasos más atrás venía la *Unión* distinguiéndose en su bandera dos manos fuertemente asidas.

Tras ella la *Industria*, de negruzcas manos y oscuro rostro, llevando en su bandera mil máquinas y diversas fábricas de elevadas chimeneas.

Continuaba el *Comercio* divisándose la rauda locomotora, que con su penacho de humo traía la riqueza del país al llevar a todas partes sus productos,

Sostenida por la *Paz* avanzaba radiante de alegría el Cabezón del *mañana*: hermosísima matrona de elegantes y ricas vestiduras; agasajada por sus hijos que se complacían en tributarla a porfía muestras de amor recogidas por ella con viva emoción. Formaba su atavío hermoso manto de púrpura que en sus extremos tenía pintados los atributos de las Artes, Ciencias, Industria y Comercio; y a sus pies, bramando desesperada, la vil discordia de numerosas cabezas se agitaba locamente, yendo por fin a perderse en las entrañas de la tierra.

Las flores despedían sus aromas más exquisitos, doblándose blandamente al impulso de la suave brisa que dulcemente las mecía; las aves entonaban sus cánticos más preciosos y el cielo se cubría del más hermoso azul, escuchándose en las alturas notas de celestial armonía que embargaban el ánimo.

Fuéronse acercando ambas comitivas al sitio donde yo atónito contemplaba; y la hermosa matrona que a mi lado se veía suspiraba cuando viendo la hermosura del *mañana* fijaba sus enrojecidos ojos en el triste *ayer*. Era el cariño de hermanas y a él consagró abundantes lágrimas que yo hábilmente recogí.

Cuando a nosotros llegaron las tres, se reunieron y no sé qué hablarían; pero el *mañana* sonreía aún con más gozo que antes; el *ayer* se vio libre unos instantes de sus verdugos y no tan triste como primero se separó. El *hoy* volvió junto a mí radiante de felicidad, y entonces la comitiva del *ayer* desapareció por la tierra al tiempo mismo que se apagaban los últimos clamoreos de una lúgubre campana, y que a la tierra envolvía negrísimo manto, Después la luz volvió a aparecer brillante y el *mañana* ascendía lentamente entonando himnos cuando las últimas vibraciones de otra campanada, que alegremente repicaba, se perdían en el azul del cielo y en las caprichosas ondulaciones de la campiña

Aun se percibía el ultimo resplandor que tras sí iba dejando, y se divisaba rasgado el velo del firmamento por donde el *mañana* penetraba, cuando el *hoy* se volvió hacia mí y con voz melodiosa, aunque triste por separarse de sus hermanas, me dijo: «El cielo del *ayer* fue de tempestad. Oscuros nubarrones se amontonan en el horizonte de nuestro *hoy*; pero, blanca nube se abre para entre aquellos y confío que en el *ma-*

ñana será esplendente el sol que ilumine el puro azul del cielo. Entonces ya esos árboles, ahora tristes, verán movidas sus hojas por el humo escapado de la locomotora; la trepidación despertará a los insectos que tranquilos duermen bajo la tierra; nuestros arroyos y cristalinos ríos verán pasar sobre sí una inmensidad de gentes de todos los pueblos; las fábricas se elevaran gigantes con sus altísimas chimeneas; y los ruidos de su maquinaria se confundirán con el trueno, cuando en el invierno rebote en los cóncavos peñascos que nos circundan, y repercuta en el fondo de estos valles, donde la Naturaleza derramó a torrentes las galas más brillantes que atesoraba: y esos bosques darán al comercio sus maderas, y esos paisajes a cada paso distintos y cada vez más preciosos, sin rival en el mundo, encantarán al viajero, y las flores dejarán escapar sus efluvios más divinos, y hasta el ave, que hoy canta en los balcones de nuestras casas, seguirá la rápida marcha del tren, entonando su cántico al progreso y a la prosperidad de este olvidado rincón».

Dijo, y desapareció sin que yo pudiera comprender por dónde se marchó. Su huella llenó de tristeza mi alma, y pensando en ella y sus palabras, el llanto brotó de mis cansados ojos, una lagrima ardiente surcó mis mejillas abrasándolas; y aquella lágrima me despertó.

Miré hacia el cielo, consulté al reloj, creyendo pasado mucho tiempo, y hacía dos minutos que estaba soñando.

CEROTE Ó LA SUBLEVACIÓN DE SALINERA

(Cuento con ribetes de historia)

Salinera puede ser un pueblo situado en el rincón de un valle, que tiene toda la exuberante vegetación americana, todos los aromas de los campos andaluces, y el horizonte mayor entre cuantos encierran los encantos de los valles montañeses. Sin duda por tener delante paisaje tan bello las casas no sienten apuros de encaramarse por las lomas vecinas, y se juntan en el llano, sin alardes de orgulloso crecimiento, ni timbres de importuno señorío, gozando á una de las caricias del sol y los rumores del Sejos, que desciende desde las faldas de Palombera, admirado de tanta hermosura, lanzando las notas de un himno gigante, que luego aún eleva á Dios más potente entre las olas cantábricas.

En Salinera vivía allá… por el año 54 un alumno de San Crispín, arca de donaires, saco de agudezas, y almacén de picardías, que lo mismo que echaba tapas y medias suelas, largaba un discurso en la taberna —perenne tribuna Popular— exponiendo á la consideración del respetable público los crímenes de los Gobiernos moderados, las virtudes de Espartero y las glorias inmarcesibles de la milicia nacional. Algunas veces exaltado por su entusiasmo progresista y las frecuentes libaciones, llegó á hablar de modo que no quiso la autoridad consentir y durmió en la cárcel sus tragos y sus atrevimientos; pero en Cerote no quedaba recuerdo de las repetidas encerronas, á juzgar por la prisa con que hacía méritos para reingresar en el establecimiento de corrección; y pudo más que el desvelo de la autoridad en pro de los principios moderados, el tesón de aquel individuo, que así se acordaba en sus arranques oratorios del tirapié y del engrudo como del Preste Juan de las Indias. Y se le permitió decir todo cuanto le vino en gana, y tronó con zapateril indignación contra el conde de San Luis, y puso sobre su cabeza, no muy fuerte de tornillos, la espada triunfadora del héroe de Luchana.

Tiénese como cosa segura que los *pedriques* de Cerote jamás hubieran conmovido la cuerda progresista de ninguno de los habituales concurrentes á la taberna de Guinchos, si causas poderosas no los incitaran á encarnar en un hecho las constantes teorías de aquel Demóstenes de obra prima.

Y fue que Canela, sudoroso y jadeante, se entró una mañana por el taller de Cerote á darle noticia de las que corrían por la ciudad. Y c por b le informó de la sublevación del campo de Guardias, de la batalla de Vicálvaro y del manifiesto de Manzanares, donde se consignaba el llamamiento de la milicia nacional. Cómo llegaba la noticia pletórica de horrores, concebidos por la imaginación popular, no es necesario decirlo; baste consignar que Espartero había entrado en Madrid imprimiendo las herraduras de su corcel en los miembros palpitantes de miles de moderados.

Cuéntase que Cerote, ocupado en poner cerquillos á unas zapatillas, frunció el ceño, arrojó lejos de sí la lezna, miró con olímpico desdén las herramientas del arte, y con ademán tribunicio señaló al absorto Canela la puerta, que cerró con estrépito, nuncio del entusiasmo que le cosquilleaba en las plantas de los pies y subía escarabajeándole en el pecho, para punzarle en la garganta y salir al exterior convertido en un estentóreo ¡viva la milicia nacional!

Como por ensalmo encontráronse reunidos, formando pintoresco grupo, en medio de la plaza, los parroquianos de Guinchos. Allí estaban Terelo que blandía descomunal chafarote, Témolo, Agüeria, Maroto, Cané, Cortalaire y Luquilla armados hasta los dientes con fusiles de chispa, con horcones y trabucos naranjeros; y allí estaban Roquero batiendo el parche y Peletrique tomándole la embocadura á un cornetín de pistón.

Engrosadas sus filas con bastantes bullangueros; depusieron al Municipio, repartiéronse los cargos concejiles y ordenaron que la autoridad saliente festejara «la gloriosa sublevación de Salinera» obsequiando á «las fuerzas revolucionarias». Y haciendo de tripas corazón, fue á la Losa el depuesto Alcalde, á pagar sendos azumbres á la flor y nata de los devotos de Baco y de Espartero. Hubo baile, coplas alusivas, mucho jolgorio y un derroche de lo tinto, que se apoderó de las alturas de los sublevados, haciéndoles caer en el desvanecimiento de la gloria, y á Cerote proponer la expedición á Buérniga «para implantar el nuevo régimen», lo cual fue aprobado unánimemente con entusiasmo frenético, que dio en tierra con más de cuatro desequilibrados patriotas.

Y allá fue la turba valle arriba, y se internó en la hoz y llegó á penetrar en Puente, marcando algo irregularmente el paso del himno de Riego, con que entonces lastimaba los ecos del Valle el cornetín de Peletrique, que antes, justo es decirlo, había hecho primorosas filigranas de ejecución.

La entrada de aquella tropa produjo en el pueblo, que celebraba la romería de la Magdalena, un movimiento de curiosidad, y fuego acercando á tiempo de oír una perorata de Cerote, invitándole á unirse «á los libres ciudadanos que acaudillaba, dispuestos á que en todo el curso del Sejos alumbrara esplendente el magnífico sol de

la libertad». Tras de aquella oración de templados tonos, se pidió del tinto de la taberna para humedecer las fauces de los expedicionarios salineros, y por ellas corrieron verdaderos torrentes de rioja, que dieron al traste con la gallardía y la marcialidad de los soldados de Cerote, el cual juraría que los árboles de la Nogalera celebraban báquico concierto y danzaban con giros caprichosos en honor de sus triunfos militares.

Inspirado por el mosto con el maravedí de elocuencia que le quedaba, pronunció muy pocas frases para decir al tabernero que, «quien como él había apagado la sed de los defensores del orden y de la libertad, bien merecía se le contara entre los hijos beneméritos de la patria y de la revolución».

El mercader, desentendiéndose de los párrafos de Cerote y de su aire fanfarrón, reclamó el importe de la venta.

Contestó Cerote—indignándosele con los vapores su conciencia progresista—que los patriotas no pagaban.

El tabernero, echando una mirada á una *varita del país*: ¡qué patriotas ni que ciruelas, dijo; á pagar todo el mundo Ó se arma aquí hoy una más gorda que la de Ramales.

—A mí no me asustan bravatas. ¡so moderao!

—Ni á mi méndigos y soldaos de mentirucas.

—De mentirucas, ¿eh? —replicó Cerote acariciando el fusil:— ahora verás lo que hace un hijo de la Revolución.

El tabernero empuñó la estaca, mientras profería no sé qué indecencia contra la *mamá* de Cerote.

Este no quiso oír más; echóse el arma á la cara, apuntó al tabernero, salió el tiro y fusiló por la espalda, como á traidor á un pellejo de Rioja, En seguida gritó: Peletrique, toca á degüello y ¡viva la libertad!

Lo que allí paso después no es para descripto. Los mozos de Puente y el tabernero cerraron de firme con Cerote y sus valientes, confundiéndose todos en ardorosa pelea. Llegaron á las manos y hubo palos, puños y fusiles que descargaban la ira de los contendientes, no siempre en la cabeza del adversario; se oía el golpe seco de algún membrudo brazo al caer como férrea maza sobre la cara del prójimo; vomitábanse interjecciones y blasfemias, y en aquella taberna pacífica, trocada en revuelto campo de Agramonte, todo eran voces, quejidos, juramentos y maldiciones, que salían al exterior en confusa mezcla con las notas más terribles y estridentes del registro agudo que hacía brotar Peletrique del belicoso cornetín de pistón.

Al fin sucedió lo que era de esperar. El tabernero y los suyos cansáronse de majar carne progresista; y los héroes de Salinera, rendidos á la pesadumbre de la *curda* y al continuo vapuleo, sin memoria de chichones y descalabraduras, comenza-

ron á dormir, tumbados en el suelo, y á roncar como sochantres, libres de pesadillas, momentos después de acusar recibo, con sus humanidades en tierra, de la soberana paliza propinada por los de Puente. Tan sólo Cerote incorporóse un instante para dar con voz bronca y balbuciente un ¡viva la libertad! y caer como sus compañeros de fatigas en un sueño profundo arrullado por fantásticas apariciones que poblaron el cerebro del caudillo liberal, y ciñeron á su frente la corona de laurel, mientras Espartero le abrazaba, y al son del himno de Riego desaparecían, convertidos en microscópica nube, los atributos del arte de San Crispín.

En Puente dio fin la jornada gloriosa iniciada en Salinera por Cerote. Allí quedaron los fusiles, los horcones y los trabucos; allí quedó una muela de Terelo y la gorra de Cortalaire; y allí quedaron ¡oh suerte impía! el sonoro parche de Roquero y el cornetín de Peletrique.

En cuanto á Cerote, cuanto acabó de curarse un ojo, que sacó hinchado de la contienda, se curó también de su manía, y volvió, con bríos que nunca tuvo, á entablar intimas relaciones de amistad perdurable con el mandil de badana, las hormas y el tirapié.

Ya no pensó en sublevaciones, ni habló más de política, ni odió á los moderados.

Después hablaba solamente de zapatería, odiaba el tiempo seco, y de sublevarse sublevárase contra los abarqueros tudancos, á quienes, si pudiera, ‘desterraría de la Montaña por siempre jamás.

LAS ILUSIONES DE FACIO

En toda la santa noche había podido Facio cerrar los ojos para dormir á pierna suelta, como acostumbraba. Mil pensamientos, casi todos alegres, y los menos asustadores y negros como fantasmas, revolvíanse en su magín atropellándose en carrera vertiginosa y manteniéndole en un estado de exaltación del que resultaba el insomnio como obligada consecuencia.

El caso no era para menos. Media hora antes que las primeras medrosas luces del alba aparecieran dando relieve á los objetos, confundidos en las sombras de la noche, oiría dos golpes en la ventana y la ruda voz del tío Lobo gritándole: «Arriba, muchacho, á la mar».

¿Cómo había de dormir Facio? ¡Imposible! La que era su constante aspiración iba á realizarse. El tío Lobo, patrón el más valiente de Coteruca, le había concedido un remo en su lancha de altura y desde aquel día, que ya estaba al nacer, dejaría los *coles* del muelle, el mando de la turba de chicuelos con aficiones marineras y saldría á verse cara á cara con las olas, á correr un temporal, á sentir en su rostro los azotes de la cellisca ya llevar á su madre un mendrugo, tanto más sabroso cuanto que sería sacado á costa de infinitas amarguras, dentro de las aguas salobres del mar. ¿Dormir Facio escarabajeando todas estas cosas en la cabeza… ¡Quia, ni pensarlo!

A él le *tiraba* al mar. Él tenía que ser marinero… algo más, patrón como su padre… Patrón como su padre, sí, pero no con su desgracia, porque entonces su pobre madre se moriría de pena… ¡Bah! No había que pensar en cosas tristes. En lo otro, en lo otro, en remar con brío, en largar las velas, en volver á abrazar á su madre, que siempre le recibiría gozosa á la puerta del hogar.

Pero su padre… ¡En buena hora se acordó de él! Había que ahuyentar aquellos recuerdos… Y ¿cómo? Los tenía allá adentro, muy adentro de la cabeza, y en lo más hondo del corazón. ¡Si parecía que le estaba viendo!... Perseguidas por el temporal se acercaban al puerto tres lanchas, las tres que habían salido aquella para muchos mañana de eterna recordación. Una entró á costa de grandes, de inmensos trabajos. La segunda púsose quilla al sol en la virada suprema, junto al *Pozón*, sepultando á sus tripulantes. La otra… ¡maldita memoria! la otra era la de su padre. Allí estaba, allí aparecía que estaba, rígido, sereno, con las dos manos en el remo de popa, guiando

la lancha en medio de una mar soberbia y de un viento embravecido. *La Castreña* llegó cerca de la boca del puerto, á diez brazas de la salvación. Entonces una ola, negra y terrible como si brotara del infierno, alcanzó á la lancha, la suspendió sobre sus lomos, en donde bullían rumores de gozo de los monstruosos marinos y la arrojó con la fuerza de un titán sobre el peñón de la *Ballena*…

Facio, con los ojos cerrados y las sienes oprimidas entre sus manos, conocía que se le iban adormilando las alegrías según pasaba ante él los sucesos de aquel día memorable.

Gracias á que llegó á tiempo el tío Lobo.

En un santiamén se vistió, retozándole el gozo en la mirada, después de pasada la tormenta del dolor, metió la cabeza en un cesto que colgó del brazo, y abrazando á su madre salió camino de la mar.

Quince minutos más tarde, sentado á la banda de estribor, afianzaba el remo en el estribo, después de asegurarse de que el tolete resistía, y al oír al tío Lobo: «¡Avante!», comenzó á remar con el entusiasmo de novicio y la maestría de los duchos en las cosas de la mar.

Acostumbrado estaba ¡ya lo creo que estaba acostumbrado! á voltejear en los pesados botes de los pataches que llegaban á Coteruca por calamina; pero aquello era mejor, muchísimo mejor que cuanto nadie se pudiera imaginar. ¡Sentía un placer tan grande al alfar y le sonaba con una música tan armoniosa el gemir de los remos en cada estrepada! Y después… ¡qué vista tan preciosa según la lancha iba tomando altura! Al frente la extensa playa y las casetas en fila, los pinares, las fábricas con sus altas chimeneas despidiendo densísimo humo; más atrás los maizales, la alfombra de los prados encaramándose trabajosamente por las cuestas arriba, como ansiosa de llegar al monumento erigido al hombre insigne á quien tanto deben Coteruca y la marina; más atrás todavía la fortaleza del P. Tomás, baluarte en el futuro de los hijos de Loyola, las *quintas*, descanso y recreo de los pudientes, y la Cruz por donde se distinguían, bajando, grupos de marineros; y en lo último, en el confín, un panorama indescriptible por lo soberanamente hermoso, y los Picos de Europa, cuajados de nieve, brillando al recibir las primeras caricias del Sol.

Facio no cabía en su pellejo: delante un mundo de esplendores, y á proa el mar y el cielo; mucho mar y mucho cielo.

Largadas, al poco tiempo de salir, las velas que se hincharon con el terral de la mañana, la *Dolores* surcaba las ondas con gallardía navegando mar afuera, y cuando los remos descansaron, Facio, absorto, comenzó otra vez á acariciar aquello sus sueños de ventura que le llenaban de júbilo el alma. Al través de los mágicos cristales que el deseo ponía antes los ojos de su pensamiento, veía un cuadro pintado con los

colores más brillantes de la paleta, en el que destacaba poderosamente su madre, regocijada, viéndole á él, á Facio, gobernar hacia el puerto una magnífica lancha cuyas cuadernas crujían bajo el peso de la pesca. La vieja habría recobrado su buen humor y su rostro se iluminaría con los tintes de una sonrisa venturosa que era el encanto de su hijo. ¡Cómo se afanaba la imaginación de Facio en trazar planes de inmensa dicha para el porvenir…!

Más de tres horas navegó viento en popa la *Dolores*. La pesca fue abundante; y á las cuatro el tío Lobo puso rumbo hacia el puerto.

Unas nubecillas que al nacer el día flotaban en el horizonte, semejantes á girones desveló de la Aurora, desaparecieron á la caída de la tarde tomando forma en su lugar negruzcos nubarrones. El mar, hasta entonces del color de la esmeralda, reflejó en sus olas, ya no rumorosas sino rugientes, lo tenebroso del cielo; allá, á lo lejos, se oían ruidos sordos como galopar de numerosos caballos, y al fin, una racha violenta hizo abatir la *Dolores*, en tanto gemían los palos y la lona restallaba azotada por el viento… Ya estaba allí el temporal.

Mares tumultuosas sucediéndose en el asalto del matusalénico *Oyambre*; la sombría mole de Miradorio parecía vacilar al titánico empuje de los elementos y en la orilla hervía la faja de espuma de las olas al romper en las arenas y en los peñascos.

Jadeantes de angustia y de cansancio lucharon con heroísmo; el tío Lobo acometió la infranqueable barra, y Facio llegó á ver la muchedumbre que se revolvía en la punta del muelle de Coteruca gritar rezos y preparándose á socorrer á los que veían abrirse ante ellos las vorágines espantosas del Cantábrico.

Aún se acercó más la *Dolores* y Facio pudo ver su casuca blanca en donde al amanecer trazaba planes de inacabable ventura y vio más, no á su madre con los brazos dirigidos al cielo elevando á Dios una plegaria ó maldiciendo.

Las esperanzas de Facio, sus ilusiones, comenzaron á desfilar una por una para reunirse en apreciado haz en el remo y comunicar mayor fuerza á sus músculos que iban perdiendo la elasticidad con la fatiga,

Era en balde la épica lucha. Aquel supremo instante consumió sus energías, y sus mismas ilusiones le mataron para luego abandonarle; que cuando una ola le arrancó de la lancha para darle sepultura entre las algas marinas, las ilusiones cabalgaron en el remo que fue arrojado á la orilla con los últimos espumajos de cólera de la borrasca.

Allí quedaron las ilusiones de Facio esperando otra imaginación juvenil en donde albergarse.

MIRUETA

Una tarde llegó á la venta de Tramalón un muchacho, bajó la carretera, y al azar, por entre las primeras ahumadas casucas de Liandres, subió hasta la breña de la Corneja, en cuya base las olas se atropellan para romper bramando ó se quiebran mansamente y lamen con blanquísima lengua de espuma las peñas de la orilla. Sentóse cansado, posó el garrote de nudos que le acompañaba, y de un miserable zurrón sacó un mendrugo de pan, ni muy tierno ni muy blanco, que se puso á comer, mientras sus ojos iban de ola en ola y llegaba al horizonte, que lucía majestuoso el manto de grana y oro en que envuelve la noche al sol cuando su lumbre se apaga. Poco á poco desapareció del cielo la luz, despedida por la misteriosa canturía del mar, reinó por instantes sólo la pálida claridad del crepúsculo, y las sombras se extendieron hasta el confín, sacando de su éxtasis al desconocido, que fue á acogerse al atrio de una capilla, cuya cúpula divisó entre la oscuridad. Allí, recostado sobre el zurrón, encogido para conservar el calor de sus miembros casi desnudos, durmió aquella noche con sueño tranquilo, que velaba la imagen de la Virgen de los Remedios.

A la mañana le despertaron los primeros rumores del mar, que llegaban á lo alto de la capilla, como el murmullo solemne de una oración que elevará á Dios un coro de gigantes religiosos; y como nada le retenía, nuestro muchacho se desperezó ligero y abandonó su refugio para recorrer los contornos de aquel lugar.

Vagando por ellos le encontró de Neluco, chicuelo de su edad, que conducía al rebaño de la aldea á pastar en las brañas de la costa, y acercándose, le preguntó mientras le examinaba de pies á cabeza:

—Tú ¿cómo te llamas?

—Mirueta —contestó el forastero sin inmutarse para el detenido examen de Neluco.

—¡Anda, Dios! te llamas como un pez. Y ¿de dónde eres?

—No lo sé.

—¿Pos onde vive tu madre? —insistió Neluco lleno de extrañeza.

Mirueta se encogió de hombros y dijo:

—Yo no tengo madre.

—¿Que no la tienes…? ¿ni casa tampoco? —volvió á preguntarle, con los ojos asustados.

—No.

—Pos mira, vente á la mía, que como probes, somos probes, pero mi madre es más buena… —Y Neluco se llevó un puño á la boca, señal la más significativa de las suyas, cuando quería expresar toda ponderación.

Aquel cariño del zagal no halló resonancia en el otro, que contestó secamente:

—No, me quedo aquí.

Mirueta, sin parientes, sin amigos, desamparado, solo, anduvo siempre errante, sin saber nada, sin aprender nada. Nadie le brindó trabajo y no trabajó; nadie le enseñó las letras y no supo leer; no supo rezar porque le faltó su madre. Había en su alma virgen una energía colosal para sufrir las angustias y los dolores que eran patrimonio de su vida vagabunda, y jamás tendió la mano para robar, ni cuando los celliscas invernales azotaban sus miembros ateridos, ni cuando el hambre le quería arrancar las entrañas á picotazos; pero ignoraba lo que era enternecerse y lo que era en sus ojos una lágrima: el sentimiento dormía profundamente en lo más hondo de Mirueta, y no es extraño; Mirueta no había sentido nunca en su rostro la opresión consoladora de los besos de una madre.

Como no tenía más amigos que el zurrón y el palo, cambiaba sin pesares de residencia. Errante llegó á la Corneja, y allí se estableció, sin más propósitos que estar hasta que algún día, ave viajera, emigrara á otros lugares.

Al poco tiempo de habitar aquellos sitios Mirueta era un reyezuelo con súbditos obedientes, porque los chicuelos que frecuentaban sus dominios, acudían á él cuando la paz amenazaba turbarse y concluir en porfiada pedrea. Llegó á conocer la costa palmo á palmo, sabía todas las *echadas*, y en aquellas mares á ojos cerrados daría él con las cuevas de las anguilas. Allí, en la mar, estaba en su elemento, pero que no le hablaron de llegar á la aldea, eso no. Cuando, anochecido ya, pescadores y chiquillos, y Neluco y las ovejas, todos se iban y le dejaban en la soledad, que para nosotros fuera triste, Mirueta, canturreando, se dirigía á su palacio, una cueva que habían formado á medias la naturaleza y el mar con enormes peñascos que ofrecían todo el abrigo y toda la comodidad que apetecía su contentadizo cuerpo. Allí reposaba, y allí dormía sin miedo ni quebranto. Las olas le arrullaban cuando la mar bella retrataba la hermosura del cielo; y cuando la borrasca amenazadora hacía temblar las moles de piedra viva, y la mar, estallando en cólera, lo llenaba todo con el eco formidable de sus rugidos… las olas, formando montes de vertiginosa carrera, al chocar con el ingente peñasco, rociaban á Mirueta con el polvillo que desprendían al reventar. En

su cueva considerábase seguro cuando el trueno retumbaba en medio de la noche oscura, lo mismo que cuando la luna brillaba en el cielo de noche serena.

Era en aquella Arcadia un rey querido; estaba tan bien como nunca estuvo; jamás le faltaban en el zurrón las provisiones para su nada exigente estómago, y gracias al buen corazón de las mujeres del pueblo, tenía vestido con que cubrir sus carnes; y llegó por todo ello á hallarse tan satisfecho como el mortal más feliz, sin compadecerse nunca de sí propio; y es que tenía embotado el sentimiento.

Neluco una tarde contó á Mirureta, entre risas y palmoteos, que por la noche iba á haber una gran comilona en su casa: ahí es nada lo que tenían preparado en la madre del zagal…

—Mira, Mirueta —le decía— primero tenemos un bersugo que trijo mi madre de Coteruca; dimpués los peces que pescó Rufo esta madrugá… una sinfinidá de barbadas, saperos y bandiates; luego pulpe ¿oyes? pulpe, todo con mucho vino ¿eh? con mucho vino; y pa postre torrijas con miel ¡contra! que me gustan más… y detrás… ¿a que no aciertas? ¡qué has de acertar ,hombre! detrás de todo una fuente muy grandísima de arroz con leche y con canela ¿Qué te parece, eh? Yo ya me estoy relambiendo.

Mirueta, por toda contestación, hizo un gesto de indiferencia, y visto por Neluco, éste prosiguió.

—Es que todavía falta lo mejor; que luego de cenar vamos á jugar al rento y, en cuanto que escomiencen á tocar en el barrio, allá vamos tós á la misa del gallo, dando ca relinchiu que tiembla al valle.

—Y ¿qué es la misa del gallo, tú? —habló por fin Mirueta con algo de curiosidad.

—Pos mira, la misa del gallo es una misa muy maja que se diz á las doce de la noche; la iglesia está muy alumbrada y tocan, además del órgano, tarrañuelas, jierros y panderetas, y cantan tan guapamente que á mí me dan coscorillas en metá de la tabla del pecho. ¡Ah! y también se toca un pito que chifla…¡virgen del remedio lo que chifla! ¿Con qué quiés venite á mi casa?

—No, me quedo aquí.

El zagal reunió las ovejas y se fue por la cambera abajo *echando* la copla que se cantaba entonces.

Mirueta tomó el camino de la cueva, comió frugalmente como de costumbre, y se acomodó como otras veces para dormir; pero, quiá, no podía coger el sueño aquella noche. ¿Y cómo se iba á dormir si pensando en el relato de su amigo le parecía que las olas tocaban las tarrañuelas…?

Al fin, agotados en balde los recursos para dormirse, conoció que lo que se lo impedía y le hurgaba era el deseo de ver qué era aquella misa del gallo tan ponderada por Neluco; y ya no pensó en dormir. Salió de entre las peñas asustando á las gaviotas, subió á la braña y emprendió el camino del barrio de la Iglesia.

Llegó cuando no era aún la hora de misa, y para entretenerse diose á vagar por el pueblo, escuchando en todas partes cantos de alegría, risotadas y jolgorio, que le perseguían tenaces hasta el último rincón del barrio. á Mirueta empezó á metérrsele por los oídos, subiéndosele á la cabeza, tanto cantar y tanto reír, y corría, corría huyendo de la algarabía; y corría y corría tras él acosándole una explosión de risas y de bureo. No había manera de capear aquel nordestazo de alegría, y creyéndolo así pensó en poner la popa al tiempo y largarse á la mar, á su cueva; allí siquiera gozaría de tranquilidad. Pero no se fue, y aquello que se le entró por la cabeza bajó, bajó oprimirle el corazón. ¡Como apretaba! Y el corazón daban unos golpes… Parecía que se le quería escapar por la garganta, y que esta, cerrándose, le asfixiaba.

Mirueta no tenía miedo, ¡quiá! Pero era raro; después de aquel atropellado aporrar del corazón, y de faltarle aire para respirar, parecía que el pecho se le había ensanchado; y sentía un escalofrío tan particular… Y á todo esto, allí donde se encontraba habían convergido todos los cantares, todas las risas y todos los rumores del lugar.

Mirueta por primera vez en su vida se vio solo; pensó en sí mismo y pensó en su madre; tuvo envidia á los que podían gozar y reír al amor de la lumbre entre los suyos, y sintió ansias infinitas de cariño y deseo de gozar aquella noche… Llamaría en una puerta, le abrirían… y de seguro que en aquella casa habría una mujer tan buena como la madre de Neluco… Y llamó. Abrió un hombre, vio un muchacho, le creyó un mendigo y puso en sus trémulas manos una limosna de Nochebuena.

Mirueta sintió más fuerte que nunca el latir del corazón; las venas pugnaron por reventar; zumbáronle los oídos; unas corrientes de algo que quemaba fueron del corazón al cerebro y del cerebro á los ojos… y lloró… lloró desatándose en una tempestad de lágrimas. Aquel sentimiento virgen, aquella sensibilidad petrificada dieron señales de vida, y al calor del llanto fundiéronse los cielos del corazón. Mirueta se vio distinto de cuando por la tarde hablaba con Neluco, y de su alma fuerte, de donde arrancaban los sollozos, brotó una idea: la idea de no pasar solo y llorando otra noche de Navidad.

. . . . . .

Nenuco no supo qué pensar al día siguiente cuando no encontró á Mirueta; pero escudriñó los rincones de la costa temeroso de que le hubiera tragado el mar.

Cuarenta años después, todos los muchachos pobres del valle reuníanse á cenar el día de Nochebuena, en el Barrio, en casa de don Andrés de la Fuenfría y Lastras, mina de bienes inagotable en las miserias y desventuras de sus vecinos; paño bendito que tenía la misión providencial de enjugar lágrimas y mitigar infortunios.

Presidía la mesa con gran contento, á juzgar por la sonrisa que se paseaba por su cara bonachona y se complacía en hablar con los muchachos, como si en sus muestras de cariño encontrara un bien consolador.

A los postres, al aparecer una monumental fuente de arroz llevándose tras de sí los ojos de los comensales, preguntó á un hombre que estaba en la otra cabecera.

—Di, ¿era así de grande la fuente de arroz que tenía preparada tu madre *aquella* noche?

—¡Anda, Dios! —contestó el interpelado— aquella era muy grandísima, pero ¡contra! tanto como esta… tanto como esta no, la verdá.

EL CISMA DE SALINERA

AAntonio Abín

Yo sé por qué en Salinera unas casas se yerguen ufanas y ostentan orgullo, mientras otras descubren su pobreza bajo raído traje de pegotes y desconchados.

¿Por qué al lado del lujo y de la holgada medianía se ven los harapos que denuncian miseria, acaso con altivez?

Ello tuvo por causa un cisma. Sí, un cisma fue la causa del diferente tocado de las casas de Salinera.

Las casas no son, como se cree, algo puramente material, una acumulación calculada, un enlace con medida, de piedras y madera que forman un todo muerto. Las casas tienen una vida; vida de relación con sus congéneres, una vida con medio de expresión que es el lenguaje. De alero à alero, de balcón á balcón, de chimenea á chimenea, hay constantemente. corrientes misteriosas, que transmiten afectos y pasiones, tristezas y amarguras, esperanzas y desengaños, lo mismo la enhorabuena cordial que el pésame sincero por el hastial que da en tierra rindiéndose á la pesadumbre de achacosa vejez.

Pues bien —y aquí viene lo del cisma,— las casas de Salinera comulgaban, desde tiempos remotísimos, en la misma religión, en la religión poética de los recuerdos, á que tributaban fervoroso y jamás desmentido culto. En aquellas casas, las del amor y la gratitud eran las cuerdas sensibles; heridas, agitábanse todas en una sola intensísima vibración; y por igual se consideraban honradas contando como progenitores á otras casas modestas, pero nobles por los cuatro vientos. Unas altas y buenas mozas, otras pequeñas y jorobadas, donde mutuamente se defendían contra las injurias del tiempo, contra la piqueta del hombre y contra las bárbaras sacudidas del huracán; hasta que un día trocóse en encono el cariño y á la paz antigua sucedieron odios africanos.

La Zapatería de la Losa vio en día infausto por los linderos del Argumal hombres que median, tomaban nota y señalaban el terreno. La noticia corrió de casa en casa y cundió el recelo; y en tanto se constituían en atalaya las chimeneas, de tejas abajo todo fue oídos para aprender por qué median el Argumal los hombros forasteros.

La Fonda lo averiguó: aquellos hombres iban a Salinera a estudiar un ferrocarril que la pusiera en rápida comunicación con la Perla del Cantábrico, y otra casa supo luego que el ferrocarril, siempre acompañado de la electricidad, era una especie de sastre que á todos vestía con el mismo traje moderno, exótico y nada artístico, desvaneciendo los rasgos inconfundibles de cada uno de los pueblos que visitaba. Esta casa creyó ver la piqueta demoledora del albañil, sintió por sus paredes y tabiques el escalofrió de la agonía, y en un vértigo suicida pensó morir desplomándose sobre sí propias; pero reaccionó y pudo decir á sus hermanas lo que sabía.

La agitación fue espantosa; como no se recordaba igual ni en el tiempo de la afrancesada, ni cuando las *épicas* luchas de la chaqueta y la levita. De tabique en tabique, de teja en teja, la fatal noticia llegó al campanario, y desde allí se difundió en los chirridos de la veleta, en las tenues vibraciones de las campanas, por la villa toda y por todo el valle. Era el toque de rebato de las casas que, rindiendo culto amorosísimo al pasado, temían la victoria de lo nuevo, que uniformaría todo, y sepultaría en el olvido sus tradiciones seculares, borrando las románticas características de Salinera.

Ante excitación tan profunda la casona de la Cagiga convocó á concejo extraordinario; y cuando aquella noche llegó la hora señalada, nadie faltaba, velando en su puesto.

La Presidenta habló con sencillez, desde lo alto de su portalada, el lenguaje misterioso, que, traducido, decía de esta manera:

—Hermanas: Todas sabéis el motivo por que nos congregamos esta noche. Gentes extrañas maquinan la perdición de las costumbres patriarcales de Salinera con la construcción de un camino de hierro de aquí á la capital. Nosotras no podemos permanecer con las ventanas abiertas ante la calamidad que va á venírsenos encima; hay que oponerse á esa barredera de todo lo típico porque no debemos abandonar sin lucha nuestro sistema de vida, que fue el de nuestros antepasados. (Muy bien, muy bien, en las casas del Pernalejo) Cuando aquí no había otros caminos que camberas y senderos, Salinera era Salinera, con caracteres genuinos y los hábitos de otras canturías en los hábitos que nosotros respetábamos como herencia gloriosa de una raza nobilísima (Nutridos aplausos en el ámbito de la villa). Las carreteras nos hicieron algunos rasguños. Elementos de otras partes se infiltraron en nuestra vida y bastardearon nuestras costumbres venerandas, si bien no fue muy grande el mal gracias a Dios; pero ahora la obra que se proyecta tiene mayores alcances y su trascendencia puede ser fatal porque como alguna de vosotras pudo oír, ha de haber aquí considerable número de gentes, de oficinas y de industrias que para el orden moral han de traer perjuicios incalculables. Se trata, pues, de un mal próximo y terrible y de buscar

remedios contra él. Para ello pido el concurso de todas—-que todas creo combatirán esos proyectos— (La fábrica las Tueras pide la palabra) y para ello suplico que cada cual exponga el plan de defensa que estime conveniente, á fin de que se adopte el que se juzgue más acertado. (Muestras de aprobación.)

Cuando hubo concluido, Las Tueras, después de limpiarse el hollín que la tiznaba, y de arrojar espirales de humor por todos sus poros.

—Hermanas—dijo: —todas habéis escuchado el magnífico discurso de nuestra ilustre Presidenta, (Los helechos que crecen en la portalada de la Casona de la Cagiga se inclinan perezosamente.) Yo nada tengo que decir de él, por lo que se refiere a la defensa de nuestras costumbres características, y á la conservación de sello peculiar, sustantivo que encarna en el elemento aborigen de Salinera; pero en cuentos que hay que declarar guerra sin cuartel á la realización del proyectado ferrocarril…. en cuanto á eso ya es otra cosa. (Rumores en Tresano, en la Pesa y en la Cagiga.) En eso siento manifestar á la reunión que yo no estoy conforme. (Rumores más fuertes donde antes y en el Pernalejo.) Y conmigo opinan otras muchas casas de cultísima ilustración. (Rumores precursores de tempestad por todos rumbos.) Guardad esos ruidos para mejor ocasión.

La asamblea fue poco á poco serenándose, y las Tueras, soltando una bocanada de humo, y con aires de presuntuosa vanidad, prosiguió:

—El progreso es ley biológica que preside el mundo; es la luz esplendorosa que ahuyenta las sombras de la ignorancia; es la mano, de Dios guiando al hombre á su perfeccionamiento; es, en fin, el formidable ariete que derriba cuanto de añejo y rutinario amontonan los pueblos enemigos de la cultura y de la civilización.

Al llegar aquí se produjo un estruendoso vocerio. Las casas de la plaza aplaudían. Otras protestaban. De alero a alero se cruzaron insultos terribles, y por un instante pareció que las tejas iban a tomar golpes en el asunto; pero al fin, después de diez minutos de espantosa algarabía, la Presidencia, pudo restablecer el orden, continuando la oradora:

—Yo y las que como yo piensan veníamos á sostener la conveniencia del ferrocarril, sin negarnos a las *transacciones patrióticas* que el buen juicio aconsejara; pero ahora, cuando vemos que nos queréis negar aquí la libre emisión del pensamiento —*derecho sacratísimo, imprescriptible é ilegislable*,— y pretendéis que sobre todo esté vuestra manera de pensar yo os lo digo (con entonación ridículamente dolorosa)—y al decirlo perece se desgarra violentamente el corazón; —yo os lo digo, una transacción es imposible, y es imposible también una *formula* á que todos podamos suscribir, porque vosotras os cerráis con terquedad en las trincheras del pasado

muerto, y nosotras aspiramos á contraer perdurable alianza con las conquistas del presente, para hacernos dignas de un brillante porvenir.

Terminó las Tueras y sus últimas palabras renovaron en la asamblea, que degeneró en tumulto indescriptible. Las casas disidentes cerraron hasta las gateras en previsión de un ataque, pues las ortodoxas querían que aquello terminara como el rosario de la Aurora; más al furibundo vocerío se impuso, por fortuna, la Casa de Cos, y ante sus venerables canas tuvo fin todo alboroto.

Con voz donde latía la tristeza se dirigió al concurso diciendo:

—Triste fuera que en cuestión tan importante nos dividiéramos. Eso equivaldría al abandono de nuestra bandera frente al enemigo, y segura estoy de que nadie piensa en un crimen contra esta patria, microscópica, sí, pero amada y defendida por nosotras con alientos de gigante. (Muy bien, muy bien) Yo creo que las Tueras no ha pensado lo que habló (Sí, sí y mis palabras son fiel expresión de mi pensamiento) No lo puedo creer. Cómo, las Tueras, una de las casas más antiguas de Salinera; las Tueras, en donde aún se elabora la sal como en los tiempos de Mari Castaña; que está reñida, no ya con la electricidad; sino con el vapor: que mueve la noria al vacilante paso de la hambrienta mula; que denuncia con grietas y hundimientos que es un vejestorio contemporáneo del Saja…. las Tueras se quiere remozar, pintarse el cutis, teñirse el cabello, presumir como almibarado petimetre, y se declara franco paladín de proyectos criminales? Yo espero que no; yo espero que ella y las que la siguen obcecadas, cambiarán de opinión y se negarán a quemar incienso en otros altares que en los sacratísimos de nuestras costumbres tradicionales. Porque las ventajas en el orden material, son inconcusas; nadie osa negarlo. Pero se trata de si tales ventajas pueden compensar los perjuicios que ha de sufrir la personalidad de este pueblo, en lo que un pueblo tiene de más grande, de más digno, de más noble, que son sus tradiciones, sus costumbres; que forman el elemento espiritual y unen la vida del presente: con la vida que pasó. Y ¿podéis decir que las compensa? (En la plaza, alguna casa de las Ventas y muchas de Salines: Sí, sí.) ¡Qué engañadas vivís! Las ventajas materiales no compensaran la pérdida de lo que nos es esencial; por lo mismo que jamás valdrá tanto el cuerpo del hombre, como el alma, aliento de Dios, á que sirve de temporal vestidura. Y nosotras perderemos los rasgos que nos caracterizan; y nosotras perderemos aquellas costumbres, aquellas prácticas, aquellas devociones, aquellos entusiasmos que nos han mantenido hasta ahora unos en medio de nuestras divisiones intestinas; perderemos lo que nos alienta en los empeños del mundo y lo que fortifica nuestra fe y da energías al corazón para, sufrir los rigores de la fortuna. Considerad que morirán nuestros concejos, nacidos al calor de amorosa solicitud por los intereses populares.... Y morirán las deshojas que preside chisporroteando el soñoliento candil...

Y las marzas. Y las rondas si pobres de música y de sentimiento, pletóricas de virilidad.... Y morirán los cadenciosos picayos, antiguos como nuestra fe…. Y la rifa de las Candelas, vivo ejemplo de nuestra devota generosidad…. Y la poética bendición de los campos…. Y el pedir las panojas para enriquecer el tesoro de la Virgen del Rosario…. Y aquel culto ferviente a la Virgen Salinera, a esa Virgen del Campo, tan hermosa, que a manos llenas derrama sobre nosotros sus dones celestiales…. Y aquella triste procesión del Santo Entierro, llena de dulce melancolía, que invade el alma y sublimándola la hace asistir al sacrificio del Gólgota…. (Murmullos de aprobación. En las casas progresistas se advierten sentimientos de simpatía) ¿Queréis decirnos qué habrá quedado de este pueblo cuando todo eso haya desaparecido arrollado por las mudanzas incesantes que forman el cortejo de la locomotora? ¡Ah! quedará lo que queda cuando furioso torbellino atiza el incendio con hálito infernal; cenizas, desolación, campos de tristeza. Os ¿conjuro á que os unáis a nosotros para oponernos como podamos á que triunfen los planos demoledores que se anuncian. Por la honra de Salinera, hermanas, ¿pensáis como nosotras?

Las Tueras, el Salarón, Salinos todos y algunas casas de las Ventas: —No, no podemos— contestaron.

—Pues Dios —dijo la casa de Cos dominando el escándalo que se produjo.— Dios nos juzgara, y las pecadoras sentirán los efectos de su enojo… Porque este pueblo, este Salinera tan querido será otro pueblo, y por sus calles vagarán las antiguas calles, y vagarán las poéticas remembranzas de mejores días, y vagarán los hombres del Salinera característico cuyos recuerdos, cuyos amores enterrarán cantando aquel *Miserere*, ungido con llanto del cielo, que tantas veces habéis oído en las tardes de Viernes Santo.

Después las rebeldes, las enamoradas del progreso se encerraron, siguiéndose un silencio que ponía espanto, y más tarde rumores que crecieron hasta convertirse en el bramido solemne de la tempestad. Era un ¡ay! de dolor infinito exhalado al comprender, con instinto profético, que se avecinaba la destrucción de lo típico de Salinera.

Al dolor siguió la ira, que pudo aplacar con sus exhortaciones la casona de la Cagiga y, resueltas a resistir, se ocuparon en buscar los medios de vencer en la lucha que se iba á empeñar, decidiéndose pronto y unánimemente por las que siguen:

1º Pedir socorro al Saja para que no consintiera cimentación de puentes y de muros y arrasar el terreno de la línea.

2º Pedir auxilio al Esgovio para que periódicos derrumbamientos, inutilizara los trabajos en ejecución.

3º Introducir la cizaña, que tan bien arraiga en Salinera, para que brotaran obstáculos; y

4º Si su mala ventura las negaba toda cooperación, no admitir embellecimientos y restauraciones.

Alguna, versada en historia antigua, inició la idea de imitar á Sagunto y Numancia, y morir en caso de derrota envueltas en sus mismos escombros, desplomándose con estrépito, pero eso no podía ser admitido por su fe cristiana.

No tardó el Saja en contestar llenando de tribulación á las defensoras de lo antiguo. Negábase rotundamente á apoyar sus pretensiones. Había visto mucho mundo desde que salió de los límites de Salinera; y le admiraban tantísimo el ferrocarril minero de Reocín pasando por cima de sus aguas verdosas, las maravillas que del tren grande le contó el Besaya, y sobre todo, el correr de los vapores, símbolos del progreso, sobre las olas del mar... que no, no podía defender lo anticuado; él también era progresista, como las casas de Salines, y con ellas estaban sus simpatías.

El Esgovio también contestó. Decía que en los *patriarcales* tiempos antiguos le habían despojado de los árboles que eran su orgullo; que hacía siglos sufría los rigores del Sur y del vendaval, y los saetazos del sol del estío, sin tener un ramaje decente con que resguardar la vetusta calva; que se cansaba de oír el eterno rumor de los rabiones del Saja y los cascabeles de los caballos, los *ajos* de los aurigas y el chasquido de la tralla; que ansiaba un cambio de postura; y por eso era decidido partidario del ferrocarril. ¿Qué éste había de perforarle las entrañas? Bueno, ¿y qué? Al menos así mataba la angustia de la monotonía, que le iba consumiendo.

Eran hasta brutales las negativas del Saja y del Esgovio; y al verse en tal desamparo, las casas tradicionalistas, aún las más animosas, sintieron el abrumador desaliento del infortunio, sin que fuera bastante á enardecerlas el saber que la cizaña extendida por el pueblo, daba frutos que era una bendición.

Conocieron que iban á sucumbir á impulso de los huracanados vientos de la novedad, y renunciando á una lucha imposible, dispusiéronse á morir desmoronándose en aras de un amor inmenso á las tiernas memorias del pasado. En cambio las rebeldes vieron triunfantes la idea que defendían, y borradas sus viejas arrugas con el afeite de lo moderno, vistieron el traje de la ciudad al desceñirse el pobre y severo de lugareñas.

Triunfó el cisma, y por eso al lado de las casas lujosas se ven en Salinera otras casas que llevan sus harapos, acaso con altivez.

Las unas con insinuante gesto y placentera sonrisa, rinden culto al oro del mercader. Las otras con simpática severidad recogen en su *alma* los últimos ecos de viejas edades. Y mientras aquéllas se disponen á asistir engalanadas á un renacimiento bri-

llante, éstas se cubren con el manto de luto para rezar con angustiada voz tristísimo *De profundis* por las muertas tradiciones de Salinera.

La renovación es ley de vida, y Salinera á impulsos de esa ley comienza á andar por una senda de flores y pedrería. Dispongámonos á oírla cantar con voz potente la estrofa que la corresponde en el himno magestuoso del progreso, y aplaudamos sus triunfos con frenesí; pero, ¡por Dios!, no dejemos de asistir, con honda pena en el corazón, al triste ocaso de nuestras tradiciones, impregnadas de consoladora melancolía, y ahora rodeadas de nimbos de tristeza como vírgenes difuntas...

LA PUJA
(Brochazos de un aprendiz)

Al gran pintor de
costumbres, Pereda, maestro
de la novela realista.

Cerca andaba de esconderse la miajuca de sol ictérico, que malas-penas se había encaramado por entre nubes al valle aquel día 31 de diciembre cuando cruzaba el Saja, por el puente de Santa Lucía un mozo enclenque y chiquitín, á quien las cuentas salían bien, á juzgar por el tono alegre de sus canciones. Vestía pantalón ceniciento, con flamante remonta de azul turquí, chaleco de paño oscuro y fuerte, elástico gris y boina montañesa acaldada y curiosuca. Llevaba chaqueta al hombro, como el que no tiene frío, en la mano un garrote pinto de nudos, tras una oreja un ramo de siempreviva, calzábase con escarpines de los peludos y gordos y meneaba las abarcas de tarugos con más donaire que se pudiera esperar de su raquítica facha.

Al llegar á la mitad del puente se plantó, mirando al valle, aspiró con fuerza, y dio salida por la garganta á un «ijujú» poderoso, que allá se fue, río abajo, á extinguirse entre las crispadas quimas de los alisos. Satisfecho de su obra y de sus pulmones, reanudó la marcha, se santiguó al pasar por delante de la ermita, centinela del camino, y echó el trago de reglamento en la fuente de San Antón, cuyas aguas gozan fama de dar novia, si la necesitara, el hombre que bebiendo se la pidiera al santo con viva fe. Allí sacó un puro, le mordió la punta, encendióle con cerillas de las de caja de goma, y emprendió de nuevo, Saja arriba, la caminata, internándose por las retorcidas entrañas de la hoz.

No se paró á contemplar los soberbios paisajes de ambas vertientes, ricas de belleza, no le llamaron la atención los jirones de bruma que rondaban, para quedarse clavados en ellos, los picachos de las cumbres; ni fueron motivo para distraerle los bulliciosos rabiones del río, formando copos de espumas al protestar del secreto impulso que los lanzaba aguas abajo. El caminante no se daba por entendido de hermosuras ni harmonías, y con la copla en los labios fue salvando repechos y recodos, no

sin dar al puro sendas chupadas, y mirar con embeleso la blanca ceniza que dejaba al consumirse.

Andando, andando, llegó al puente de Meca, y allí lanzó otro «ijujú», repetido por el eco que mora entre las breñas de las montañas. Anduvo un poco más, y pareciéndole á maravilla refrescar el ardoroso gaznate, pobre víctima del tabaco y de las canciones, se entró finchado y con ruido en la taberna de Gasparín.

Había en el local tres parroquianos, y los tres ponían el grito en el techo, al discutir sin entenderse, —tan grande era el barullo— sobre las condiciones de la Josca, «la vaca más bien plantá y más lucía que come erba desde Sejos á la mar», según afirmación rotunda, vigorizada por puñetazos del mayor calibre conocido que descargaba sobre el mostrador el amo de las discutida perla.

El humo de los cigarros formaba una perezosa neblina azul, á cuyo través y por virtud de un quinqué roñoso y moribundo, gracias si se adivinaban los rasgos de socarronería del tabernero, fijo en la discusión vacuna, y pronto siempre á terciar para impedir cualquier desaguisado de los que inspira el acaloramiento.

Por la puerta de la zahúrda, y pisando recio, repito, se coló en aquel antro el mozo enclenque, mientras decía posando el palo y la chaqueta.

—¡A la paz de Dios!

—Santas y buenas noches; —le contestaron los porfiados contendientes, en voz de seguro agradecida por las gargantas

Conocido era de todos el viajero, y así, después del saludo de rigor, le obsequiaron con el trago, no menos riguroso, del tinto que contenía una panzuda jarra.

—Hombre, Campanucos —le dijo después uno de los parroquianos —¿qué mal abrigu sopla que te trijo por estos andurriales?

—Pos mira Casio, el abrigo se me jace que no mueve un jelechu, por estos caminos me paece que puedo andar tan y mientras que se me antoje, pero anguna cosa débeme jurgar en el celebru cuando por aquí me ves á la presente.

—Puei ser hombre, puei ser, y perdona si t'ofendidu. Decíate yo eso al tanto de que jaz un sinfín de tiempo, dende que te juiste á la Requejá, que no has asomao el morru por aquí.

—Direte; tocante á que yo no haya asomao por aquí, si lo dices con segunda, téngote que advertir que á naide le importa ná; ¿estamos Casio?

—¡Rediez! Campanucos, mira que tien que ver el geniucu que vas echando. Mal año pa tí nunca, si no traes más jumos que una casa solariega… Vaya, vaya, no seas chafandíu y no te irrites.

—Es que ca unu es ca unu, y ca hombre tien su aquel pa ver las cosas, y afegúraseme á mí que prencipieste á parlar con ganas de reite. Ahora, si m'enquivoqué,

dispénsame Casio, jazte la cuenta de que no he dicho esta boca es mía, y da cá la jarruca pa mojar el gargüelu.

Bebió Campanucos con gran disposición, dióle el vaso á su amigo que bebió también, siguió la ronda, y el primero, después de limpiarse los labios con dos mayúsculos restregones de la palma de una mano, llevóse á Casio á un extremo de la taberna, para poder hablar á sus anchas, mientras los otros dos engolfábanse de nuevo en el laberinto de una porfía prometedora de no dejar tímpano sano.

Sentaronse cada uno en un lado de la cabecera de una mesa desvencijada y coja, y con todas las señales de un gran misterio dijo Campanucos.

—Apostábaste Casio, los güeis desde un robustiano contra la tu Jozca, jeda y encampanillá, á que ni por casualidá barruntas el tanto de qué me alcuentro contigo esta noche en metá de Meca.

Casio quedose un momento pensativo, mirando inmóvil las espirales negruzcas de su cigarro de hoja de maíz, y luego, volviéndose á Campanucos, le contesto:

—Ties razón, hombre, no lo barrunto.

—¿No? Pos échate pa cá.

Y poniendo una mano en forma de tornavoz, continuó:

—Vengo pa la puja.

—Caray con ella, Campanucos, puei ser que no te chancees.

—Sí, sí, pa chanzas tien los güétagos el hijo de mi madre.

—Pos mira, digote de verdá que tendrá que ver… María Santísima ¡qué carátula va á ponérsele á Nel Pontones cuando te vea! Porque, claro, tú pujarás á Conce.

—Ni que dicir tiene, ¡recontra! y pues estar bien seguro, dende la hora presente, de que se la quito al mesmo sol de la mañana, ¡Ah! lo que es eso, ¡rediez! asegúroselo yo, por estas que son cruces.

—Conian, cachu, cudiao con la fanfarria, que Nel á Conce quísola, y no es mendigo ni roñosu pa no pelease bien peleau, asina que no le quede un cuartu en la faltriquera después de la puja.

—Pos cuéntatele ya sin la moza, que pa eso, pa quitásela delante del sol cuando esta mesma noche alcuéntrome yo aquí. Nel… Nel… ¡probetuco! Güena se la tengo arma… y no va á ser ná en gracia de Dios lo que yo me voy á relarmber…!

—Güenu, güenu, siempre y cuando que no t'enquivoques… ¡que to pue suceder, qué reconcho!

—Quiá, hombre, quiá paece mentira que no sepas quién es Campanucos. ¿Dígote yo que en la cocina de Conce no ha de sentarse Nel hasta los Reyes…? Pues cátate que es el evangelio, Casio.

—Respetive al asunto, créome yo que habrá sus mases y sus menos. Pero, aticuenta, sobre que esta mesma noche se ha de ver quién es más arrestau, ajorremos la saliva y vamos si te paece pa Rubieda.

—¡Ea! no hay más que decir. Déjame pagar la azumbre que hemos bebiu y andando que por el camino contarete la enjilaura de mi jugá.

Pagó Campanucos, vistióse la chaqueta, despidiéronse en todos, y salieron de la taberna de Gasparín, camino arriba, en demanda de la cambera del pueblo.

En los veinte minutos que duró la caminata, Campanucos desembuchó todas sus amarguras, todos sus cálculos, todos sus propósitos, todas esperanzas. Y decía á su amigo.

—Mira Casio, desde que jacía la Madalena púseme tochu de tó por Conce, y Conce díjome que la hija de su madre no se peinaba pa mí, entráronme unos ajogos que poníame á morir. Pensé que yo no podía güenamente llevar con pacencia que otros mozos la roldaran, y pa no comprometerme y jacer una mu gorda, tomé el pendique una tardezuca y juime con mis resquemores á la Requejá. Alcontré trabajo, y allí me pasan ma é tres meses, sin dir á ninguna rolda, chachu, sin decile á las mozas «güenos ojos teneis», sin jugar una miaja á la flor, siempre con los pensares en Conce y con los cuartos en la jucha… ¡Cudiao que se necesita güen qué de voluntá! Ajunta, que ajunta ajunté una empozá de cuartos; ma é doce duros vienen en la mi faja, pa quedáse en Rubieda por los sinfinitos. Porque has de saber que toas mis salinguanas, tos los sudores pasélos con el magua en la puja de esta noche, y que allá voy á tomar en Nel el despique de las mis calabazas.

Dirás tú que en ley de Dios no está mu bien que digamos que paguen justos por pecadores; pero mira Casio, tú no pues figurarte los muerdos que me pega aquí, adrento de to el pensar que Nel va á la cocina de Conce y se ponga de parlar con ella como un rechan. ¡Reconcho! dígote de verdá que pa sabelo es menester sentido. Además ¿tuvo ella pa si acaso lástima de mí? Paezme que no, Casio, paezme hoy por hoy mu negras las asauras, no puje, no vaiga en ca de Conce, y güelvase por onde ha veniu lo mesmo que si juera un corderin? No y no, ea. A la puja voy y to mi caudal, si es menester, daréle con el alma y la vida pa poder presentame á Conce y pelar la pava jasta Reyes; porque tengo la seguranza de que como parle con ella… ¡ adiós Madrid! quédase Nel tocándose las narices.

¿Creis tú que subirá en la puja á doce duros? ¡Rediez! pos me había lucíu. Pero, quiá, no tos semos iguales; hay pocos Campanucos, que se estén jala que jala tres meses echando los hígados pa genciase las pesetucas, quitándoselas al estógamu, y dempués sin más ni más echalas á la buena de Dios. Contra, Casio, lo que jar el querer

y el aborrecer… Te digo que como tenga la suerte de pujar más que Nel mañana me son chicos los calzones.

Por las señales los desahogos de Campanucos anunciaban no tener fin, y me sonacopio de paciencia necesitara el cachazudo Casio, á ser más largo el camino. Afortunadamente, llegaron al pueblo, y ya en él, después de andar juntos un poco, despidióse Campanucos, citándole Casio á su cocina, sitio en donde se había de celebrar la puja de aquel año.

A Casio ninguna pena amorosa le impidió cenar, si pobremente, con ánimo y apetito de sana juventud. De Campanucos sábese, porque el grandísimo parletán lo dijo, que apenas probó un bocado «no sabía qué ajogos le trincaron al pasapán».

A las ocho la cocina de Casio se hallaba de bote en bote. Todos los mazos de Rubieda estaban allí, sin rencores, ni pelillos de enemistad, hablando «parcialmente», pero con un estrépito ensordecedor. Invadían la estancia ascendiendo lentamente, el humo del tabaco, y flotando como pesada nube, la atroz *jumera* de un montón de *jorcinas* húmedas, arrimadas al enorme travesero del llar; así es que se respiraba con trabajo, los ojos dolían, y el candil de aceite, colgado de la monumental campana, vencido por las sombras, sufría con paciencia el triste y poco brillante papel que se le encomendara en la reunión, chisporroteando tal cual vez, como si quisiera dar muestras de su vida agonizante.

Minutos después de las ocho entro en la cocina Campanucos, y como lo cortés no quita lo valiente, á todos saludó, incluso á Nel y todo le contestaron como amigos hasta Nel.

—Ea —gritó uno— ya estamos tos adrento, con que al avin, si os paez.

—Esperai un momentuco —contestóle Casio—que voy á amañar la torcía del candil.

Y así lo hizo; lo descolgó, socorrió con aceite el depósito de abajo la moribunda luz, despabiló la mecha, y puso otra vez en su sitio al iluminar de la puja.

—Vaya, pos ahora, —dijo cuando hubo terminado la interesante faena— podéis espenzar cuando se vos antoje traer la lista. ¿Traes la lista, Mesio?

—Sí hombre. Tuvia que ver que no. Aquí está.

De entre la petaca de cuero negruzco sacó un papel ni grande ni limpio, desdoblóle con parsimonia y continuó mostrándole:

—Esta es, mirála; y al leela voy ahora mesmu. Toas las mozas casaeras, la mayor de ca casa, según es usu y costumbre en el nuestro lugar, se alcuentran aquí. Paezme que denguna se me olvidó; pero ¿por si juera u no juera, cudiao, Escomienzo…? Pos cudiao, digo otra vez.

Y Mesio, que entre los concurrentes gozaba fama de «leiu y escribiu», acaldose como pudo en un arcón venerable, debajo del candil, para leer á trompicones la lista de las mozas de Rubieda, y después la de los mozos; aquel año no había ningún forastero. Nadie faltaba de los que estar debían, y entrando ya en el asunto porque allí se congregaban, Mesio leyó el nombre de la primera moza de la lista, y tras de aquel otro y otro, hasta nueve, sin que ninguna se quedara sin galán, ni tampoco hiciera surgir oposición

Solamente por dos mazos hubo competencia. Una era Conce; otra Pepa la Ceroja.

Dos mozos, Juan Candiles, y Quico Niales se disputaron con ahínco la entrada en la cocina de la moza, hasta Reyes, que á esto al fin, le puja se reduce. Ambos la pretendieron, según malas lenguas, por los más de cincuenta carros de tierra labrantía, el magnífico prado «Roja» de Cabezón, y cinco vacas de leche, y una yunta de trabajo que tenía en propiedad, con el no despreciable aditamento de un hermano en Chile. Quédese en dudas si la pretendida por sus propias prendas, ó porque era rica; lo cierto es que Pepa tan pronto bailaba complacida con Juanón, como esperanzaba á Quico, resultando de aquí, con el impulso del interés, el empeño de los contendientes de triunfar en la puja, para entrar por derecho propio en la cocina, excluyendo al rival, y poner sitio desde cerca á la moza de sus afanes. La última oferta hizola Juanón subiendo en la puja hasta cinco duros, que contantes y sonantes puso, cuando Mesio pronunció ese sacramental «que güena prueba la jaga» en manos del tesorero. Quico quedose desconsolado y rumiando no sé qué propósitos seguramente sin realidad.

Pero la puja interesante, la verdaderamente digna de atención, fue la de Conce Rigüelta, entre Nel Pontones y Campanucos.

Cuando Mesio leyó: —«Conce Rigüelta»— á Campanucos le entró un picor, un picor por todo el cuerpo que no le dejaba sosegar, y sentía escalofríos, y veía sangre y se tornó su cara lívida como la muerte.

—Juera gorda —pensaba el infeliz, entre sudores y anuncios de vahído—juera gorda que en el punto y hora de la presente, andáreme con repulgos… No, lo que es esos ¡rediez! no será quien los tenga el hijo de mi madre.

A la voz de Mesio—«Conce Rigüelta»— contestó Nel con voz firme.

—Veinte riales.

—Oístelo, Campanucos —dijo Mesio— Veinte riales de Nel.

Se repuso el aludido tras la consideración que interiormente se hiciera, y respondió al preguntante con no escaso retintín:

—Oílo, Mesio, oílo, y adviértote que sé pasarme sin los tus avisos; ¿entiéndeslo? Güeno, pos ahora sépase que yo doy cuarenta reales.

—De paz venimos tos —repuso Mesio— y no hay al tantu de por qué amoscarse, Campanucos. Señores, á la una… cuarenta riales.

—No, pos lo que es eso, pocu es; tres duros doilos yo —dijo Nel, temblándole la voz.

—A las dos… tres duros…

—Tamién á mí me paez que eso es una miajuca — replicó Campanucos— á cinco duros subo la cuota por si convien.

—Como convenir sí que me convien. Lo que se iznora es si á anguno sentarale mal la cena de esta noche.

—Bien puei ser, y témolo por ti, Nel, que á la cuenta cenaste ajos.

—Los tus jocicos sí que yo me voy á zampar, so güéceque.

—Quiá, hombre, quiá, eso es fanfarria; tos los bocones seis lo mesmu.

—Fanfarria, ¿eh? á velo vamos.

Y se levantó ligero del tajo con intención, sin duda, de dar unas «mocás» al buen Campanucos, que también su puso en pie, preparándose á rechazar la embestida.

Sujetaron á Nel en medio de un tumulto indescriptible, anduvo cerca de desgañitarse Mesio, en fuerza de gritar… eh… orden… Nel, reconcho… mala… centella… que te vamos á reventar como chilles…hasta que al fin, apaciguándose el grito, pudo decir:

—Vos alvierto que nos ajuntemos esta noche aquí en paz y gracia de Dios pal auto de la puja, y no tien que subísele á naide el geniu al soberau por si hay de que engarra de güena ley repective á anguna moza. Las figurantas en la lista mozas son, y ello mesmu lo diz, que siendo mozas puein ser pujás por tos los mozos. Eso sabéstelo tú guapamente, Nel, y paece mentira que te irrites sin ton ni son, na más que porque á Campanucos le ha dau el naipe esti año por pujar á Conce. Pregúntote yo; ¿puei pujar? ¿si? por entonces… Pues decir que se jaz mal terciu… se le jaciste tu güeno al probe Picardías con Teresona la de tin Felipe? Y sobre to; la ley es la ley, y ha de cumplirse pa insensula seculorum.

—La verda, Mesio, —contestó tranquilo Nel— ha de confesase onde quiera que se alcuentre; y pa que se vea que no me comen las ganas de andar á morterás con naide, digovos que tenéis razón; la puja de paz es, y en paz debe celebrase. Subióseme la sangre á la cabeza, porque tocante á Campanucos, —milagru será que mi enquivoque— se me jaz que vien con animos torcíos; pero ende ahora asegúrosvo que más que se empeñe el mesmisumu diantre no me peleo; y esto lo jago porque me paece que ningunio de vosotros, ni el propio Campanucos, ha de figurarse temblaeras en mí. De modu y manera que sanseacabó y sigase la puja.

Quiso hablar Campanucos, que se sentía peleador, impidiéronselo los otros en beneficio de la paz y Mesio, dando por terminado el incidente, dijo:

—¿Lo veis? Tuviendo güen aquél to se jaz tan majamente. Quier decirse que aquí no ha pasau ná. Tú… Campanucos, y tú… Nel, darvos la mano, y pelines á la mar. Así… ajajá… bien hechu, y juera ruidos… Que el que más puje llévese la moza y…¡viva Rubieda! qué reconcho, que á la fin tos semos unos. Ea, pos vamos anduviendo. Quedábamos en Conce Rigüelta… á las dos… y Campanucos daba cinco duros, ¿noverdá?… Güenu, pos alante. á ti te toca, Nel.

—En ma é cinco duros estimo yo los mis afeutos, y pa acabar de una vez, y que no haiga da que tremolina, coste que yo doy media onza. Si anguno vien de las Indias ó le naz el dinero en la faltriquera, allá él, puei dar lo que se le antoje, y vaya bendito de Dios.

—Ocho duros, y á las tres… ocho duros…

—Doscientos riales —grito Campanucos— y quiero alvertir que por el bien paecer, y pa que no se me diga que esto, que aquello y que lo de más allá, no le digo á Nel cuántas son cinco. Yo pujo á Conce porque me sal de adrento porque me da la real gana, y porque naide en ley de Dios, puémelo impedir. Respetive á lo otru, ni el dinero se me cuela por ningún joracu, ni ese es el camino de Trebujena. Lo que doy doilo porque se puei, porque hay corazón pa ello, y porque se tien mucho aquel pa ganalo honráamenjte… y no digo más.

—Diez duros y á las tres… A las tres, diez duros… diez duros á las tres… ¿Naide da más? Que güe… que güe ¡la última, diez duros! que güe… que güe… ¡que güena prueba le jaga!

Se llenó la cocina de rumores, chisporroteo el candil, y en los ojos de Campanucos reflejáronse resplandores de victoria. Nel se levantó mohíno; pero aparentando indiferencia, sacó calmoso la petaca, lió un cigarro, acercóse al llar, cogió un garojo para encender, y se puso tan campante á echar más humo que una locomotora, como si no le llegara muy hondo —y se sabe que sí le llegó— la jugada de Campanucos. Bien seguro estaba de que Conce le quería, y de que en las noches que fuera á la cocina el otro, por mucho que hablara y prometiera, sacaría lo que el negro del sermón. No era por ahí, no, por donde Nel sangraba, y eso que le dolía no poder ir á la cocina de la moza hasta Reyes, y que fuera en cambio aquel «chafandín», «niquetrefe»,«rigolverdor de líos». Lo que le hacía más daño era que Campanucos se hubiera salido con la suya y se pavoneara con el triunfo sin que él, Nel, «por ser así» y haber prometido «no armarla» no pudiera darle cuatro «guantás» que cayeran como en ojo de boticario.

Después de to —pensaba entre chupada y chupada— cinco días pronto han de irse, Conce quiéreme y esa gaituca va á tragar güen que de solimán en la su cocina, porque los que es ella, ¡a güena parte va! el mesmo caso le ha de jacer que al michín.

Tranquilo ya con estas reflexiones, se acercó á un grupo en donde su rival se derretía en dulzuras y animación, y encarándose con éste le dijo:

—Vaya, hombre, me paez que me pues estar satisfechu. ¿Y na más que pa esto veniste de la Requejá? Lástima de juriacán que no te pescó en el puente Santa Lucía, ¡rediez!

Y sin aguardar la contestación —que fue de las de órdago por lo agresiva— de Campanucos, se fue á la calle á esparcir los malos humores.

A Campanucos érale pequeña la cocina después de la puja; rebosaba alborozo por la derrota de Nel, y empeñándose en que todos habían de gozar su triunfo, para solemnizarle propúsoles una «convidá», y aceptada, allá fueron en tropel á la taberna, con ánimo firme de hacer cumplido honor á un mar rojo de vino clarete.

Buena tarde era aquella tarde, una tarde de invierno montañesa, de sol claro y alegre, y de cálida ventolina del Sur, dulce y acariciadora.

Eran las tres, y Saja abajo por la hoz, iban dos hombres en amor y compaña. Uno era Campanucos. Era el otro alto, de pocas carnes, boca crecida, ojos azules, angosto de cara, de hablar posado y marrullero, y se llamaba Regis.

—Pos hombre Campanucos —le decía— ello, ¿qué jué lo que pasó ayer tarde en el bodegón de Tiano? Dijéronme que habías andau á morterás por causa de no sé qué moza.

—Pah, una animalá de Nel Pontones que es más brutu que un cerojal.

—Pero ello ¿qué jué ú no jué?

—Si jué, hombre sí jué.

—Pos paez mentira.

—Parecerátelo á tí.

—Parécemelo, parécemelo, porque no crei que nadie se atriviera con Nel. Reconcho, ¡amira que al que le de una guantá se ha divertíu!

—Pos á ese jaque acusóle ayer tarde las cuarenta esta personilla.

—¿Tú…?

—Ya lo creo. Verás lo que pasó. Ya sabes que el último dia del año los mozos de Rubieda pujamos á las mozas, y que el que más da por una tien la ventaja de ir jasta los Reyes á la su cocina. Güenu. Lo que se recauda se ajunta y el día de Reyes se va á Santa Lucía á tomar reunios cualquier frioleruca. Bien. Pos este año, como yo me empeñé en que Conce —ya sabes, la hija de tíu Cequiel Rigüelta— juera mía, y á que Quico y Juanón amoscáronse por Pepa la Caroja, subió la puja hasta los die-

cisiete duros. Claru está; con esto había pa más que pa sospiros, tortos y alvellanas, y descurrimos una merienda con tos los requilorios que son de justicia. Pa ello nos vimos con Tiano el Gáraba, que por casualidad aún tenía el bodegón, dijímosle el alcuerdo, justipreciáronse los menesteres, y jallándolos de comenencia no hubo más que hablar. Ayer por la. Tarde… Pero, aguarda que te explique las cosas dende el escomienzu.

—¡Reconcho! Amira. Campanucos, que va á paecese esti cuentu de la güena pipa.

—Hombre,si canso callaréme, lo que es por esu...

—No seas tan súpito, ¡que caray! Y ten pacencia, que una groma es una groma. Anda, sigue el relato.

—Vine de la Requejá y jui á la puja. Pujó Nel, subí yo, golvió á subir, y yo me planté en cinco duros.

—¡Sopla…!

—Lo mesmu que lo oyes. Pero, amigo de Dios, cátate que Nel se sulfura, ponse como un osu y to lo quier estropear… Güenas tripas tien Campanucos… Me cegué de to, Regis, de to, le puse como una poza, y asegúrote que si no es por Mesio se arma la de San Quintín, y pue ser que á estas horas estuviera yo pudriéndome en el calabozo de Valle, porque como chicu sóilo, pero como se me atufen las narices… Resultante de to jué que subi por Conce á diez duros, pásmate.

—Y bien que me pasmo. ¡Ave María lo que jaz el pocu caletre…! Pos hombre…Va, va… á ti será menester atate. Josus qué lelu.

—¿Lelu eh? Tú sí que no sabes lo que parlas. Ya verás. Nel quedóse con la bocaza abría y los ojos asustaos, se entregó el infeliz y juese á tomar vientos, pero ¿cómo? más que de prisa. Yo convidé á los mozos, juímonos á la taberna, y… ¡lo que jaz el vinu, chachu! agarremos una mordaguera más gorda… No digo que esté bien, eso no, jué una barbaridá; pero el hombre tien sus debilidades, y yo ¡vamos! que yo no cabía de contento en los mis calzones. Al otro día bajé á la feria, escarajitée como una pionza con cula, y eché ma é cuatro escarpines con Conce. Dempués de cenar jugué en la su cocina diez partíos al rentoy.

—¿Pos no ibas á parlar con la moza, ángel de Dios? ¿Hablástela?

—Veraste. Hablaba… hablaba… tantu como hablaba, no, motivu á que la dolía el estógamu: pero pa los mis asuntos la señal era güena.

—Pos que se me esboje la mi Corva si atisbo la güena señal. Mejor paece que la moza no está por ti, Campanucos.

Esto, dicho con risa burlona y recalcando, irritó á Campanucos, que se desató en injurias contra su compaña, llegándole á decir que Nel le habría ofrecido «da que

sustipendio» porque le mortificará. Hombre pacienzudo el otro, dejóle vociferar á su sabor, sin responder, hasta que el torrente de indignación perdió sus bríos, desarrugose el torvo ceño de Campanucos, y la tormenta fue amainando hasta desvanecerse. Entonces Regis, que no renunciaba á saber lo ocurrido en la empresa de pujar por Conce, le buscó la lengua á aquel hablador impertinente, y c por b con gran lujo de detalles, se pudo enterar de la marcha de las ardientes aspiraciones de Campanucos; de que la moza de sus pensamientos se ponía, al verle encarnada como una guinda, y más dulce que las puras mieles; de que le miraba con todo el mimo de sus ojos, señal inequívoca de su amor, y de que aquello era «pan comido», porque á mayor abundamiento, y para más claro testimonio de su ventura, el padre de la muchacha todas las noches perdía —otra señal— y la madre acosábale á preguntas sobre los trabajos, los ajustes, las fincucas y los ahorros, y esta sí que era señal de muerte repentina.

—Con decirte —contábale á Regis— que me dijo Conce que Nel era un baldragas…

Él veía muy patente que la moza era suya, y solo suya, ¡ya lo creo!, y que no había qué pedirle de fresca y rolliza, de trabajadora y de guapa; pero. pero ¿que por qué no había boda? ¡Ah! porque él tenía ojos para ver y entendimiento para discurrir, y observando, observando, un poco de aquí y algo de allá, concluyó por convencerse de que en aquella casa los viejos buscaban solo sus posibles; y lo que es así, así no se casaría jamás. Por Conce lo sentía, y mucho y. muchísimo, ¡una atrocidad! porque iba á ser quien pagara los vidrios rotos, sufriendo las consecuencias del desencanto. Por eso, á veces, figurándosela llorosa y paliducha, Campanucos se «amorriaba» y tentaciones tenía de volverse á Conce. Otras veces en cambio le hacía «coscorillas» en el «gargüelu» la copla.

«cuando quise no quisiste
ahora que quieres no quiero…»

Bien vistos sus sentires, él juzgaba que bien podría suceder que estando ausente, le entraran las congojas del cariño, y para enjugar las lágrimas de Conce corriera á ofrecer rendido el cuello al yugo matrimonial, porque nadie puede decir «de este agua no beberé». Mas, por de pronto, se iba otra vez á la Requejada, ponía tierra por medio… y ¡a vivir! que Dios diría.

—Está bien; —le contestó Regis al fin de la extensa relación— explicáte bien te explicas; que to ello sea cierto ya es jarina de otro costal. De lo que estoy asperges es de la engarrá de ayer.

—Pocu tien que contar. Como ya dije, nos reunimos en el bodegón de Tiano. Éramos toa la mocedad del pueblo; veintiocho cabales. Merendemos jasta allí como príncipes, y después hubo baile de panderetas, ¿eh? no de esos endemoniados pitos que maldita la gracia tienen. Diéronme ganas de bailar con Conce, y acercándome á ella la dije:

—¿Quieres echar una escarpinauca? Ella na me dijo, pero va Nel, que estaba allí, y me contesta: —Conce no baila con chirinas —Pos hombre —díjele yo— contigo bailaban andenantes… ¿Qué tal eh? ¿Jué u no jué una contestación de órdago? ¡Rediez! Se quedó turulatu. No quise dar que sentir á Conce y me largué tranquilamente; pero luego le cogí detrás del bodegón, púsele como ropa de Pascua, y pa remate le solté dos castañas de olé. Claru, echóseme encima como un jabalín, nos agarremos de firme, y cuando yo iba á echal el cachu pa tumbale y majar á mi gustu, aparecieron Mesio y Juanón, y nos desapartaron. ¡Me valga Dios! Si no es por ellos me le chumpo, y requiescanimpace.

—Amén. Pero arreparo que ties una negrura encima del oju… ¿alcanzóte da que gofeta?

—¿A mí?... Ni una tan siquiera. Esto déboselo… á una cabezá del bellu de la Tasuga.

Iba así la conversación cuando llegaron á la villa, en donde había de quedarse Regis. Se dieron un apretón de manos, y

—Vaya, güen viaje —dijo aquél— y que no te güelvas á alcordar en toa tu vida de más pujas.

—Güenu, güenu —repuso el otro— agradécese el consejo: pero guárdale pa quien te le pida. Conque, adiós, y jasta la primera que es la más segura.

Siguió por la carretera el caminante, y ya iba á desaparecer, tras la esquina de una casa, cuando le hizo detenerse, y después apretar el paso echando chispas, Regis, que le gritó:

—¡Ea, Campanucos! Y cudiao con las cabezás del bellu de la Tasuga…

Fruto natural de la unión de un juicio débil y una loca fantasía eran las maravillosas sustituciones y el mágico crear de Campanucos. Así pudo trocar tan fácilmente los sucesos de aquellos días, creer amores los desdenes, sentirse vencedor y atribuir al «bello» de la Tasuga los cardenales que levantaran los airados puños de Nel Pontones.

¡Feliz Campanucos! que, entre los sudores del trabajo, aún se alegra con las memorias de su triunfo, sonríe maliciosamente acordándose de Nel, y espera confiado carta de Conce que le pide que la quiera, suspirando de amor…

EL CALDO

Se acabó la misa, aquel domingo repiqueteado con los requilorios y filigranas de los grandes días por Martín y Vildeamor, y fue saliendo la gente sin apresuramiento ni lentitud. Las mujeres se encaminaron en grupos hacia Pontoria, comentando el casorio vecino, doliéndose de la perniquebradura de una *jata* y apesadumbrándose porque al molinero de la venta se le quedaron cortos los pantalones á causa de una mojadura. Se detuvieron unos instantes los viejos para liar el cigarrillo ó encender la chamuscada punta que aguardó el fin de la misa pegada á un sillar y á los diez minutos del *ite misa est*, cantando con profusión de *fermatas* y *fiorituras* por don Luciano, quedaba solo en el portal de la Iglesia, en el rincón de poniente muy cerca del camposanto, nueve mozos entretenidos en plática de no poco interés

—Ea —decía uno, hinchándose como pavo vanidoso— ¿no vos dije que hoy se pregonaba á don Celedonio con Martuca? Pos ya habéis visto la resultante en misa. Si cuando yo digo que va á llover hay que asubiarse, ¡qué caray! Güenu. Pos mismamente como acerté en esto de los pregones tengo de acertar en el otro; cóstevos.

—Hombre, Ustaquio —le replicó otro mozo de mohín socarrón— acuérdate una miaja de tu agüela.¡Ae María! ¿qué va á decir la probe del su nieto si tó te lo dices tú?

—Gromea, gromea, Cirilo; pero atendé á lo que vos alvierto. Don Celedonio ha dicho que eso del caldo es pura majadería, una costumbre tonta de los tiempos de la francesá, que no quier na con nosotros, que tien malas pulgas, y que como andemos alborotando nos va á agoler la culera á pólvora.

—Que eso lo haiga dicho don Celedonio… qué sé yo que te diga, Ustaquio. Paezme que habrá desageración.

—Dexageración… dexageración… —repuso el aludido mirándole de soslayo— habrála pa ti, so morral que iznoras los celemines de fantasía del indiano, y las malas asauras que tien.

—Yo, la verdá, no es que diga esto ni lo otro; ni lo creo ni no lo creo, porque bien pué ser y bien pué no ser; pero, témome que estás equivocau.

—Ni tanto así —Y Eustaquio señaló en una mano con el índice el borde de la uña del pulgar— Tengo aseguranza; pero si no me creéis pronto se verá, cuando vaigamos en cá de la novia y nos alcontremos con un portazo en el jocicos.

—Se alcontrará ú no se alcontrará… Pero á tó esto; ¿se sabe en qué forma hemos de pedir el caldo? Porque tocante á este punto se me figura que tos estemos asperges… digo, me paez á mí.

—Estabámoslo, hombre estábamoslo —replicole Eustaquio con presunción en los ojos, en el tonillo y en la postura— pero el que pregunta aprende, y yo eché una parlá con tiu Moris, avísteme en Cabezón con Nelucu el de la Losa, que sabe más que Merlín, y cátame el reló respective al caldo. Veréis. Resulta que en la antigüedad hubo en Pontoria la costumbre de que el mozo que se iba á casar con una moza del pueblo convidará á tos los mozos el día de los pregones; y lo mesmu hacían en el Concejón, punto arriba ó punto abajo, solamente que no le llamaban á esto el caldo, llamábanle el mijo, pero, aticuenta, quier decise que lo mesmu es el mijo que el caldo, porque dambos á dos consistían en unas azumbres de vino ó una piriñaca, ó un cordero, ó tó esto junto, según los posibles y la voluntá del que iba al matrimonio. Por lo común naide se revelaba, y cada quisque al llegale su tiempo de metese en la cofradía de San Marcos, cumplía la costumbre con un güen aquel, resultando así que la parejuca se alcontraba majamente y sin denguna mortificación; pero, amigos de Dios, también había algún jaque que decía «el nieto de mi agúela no paga el caldo» y lo que es ese probetuco, collo, estaba apañado.

—Les jacían ¿da qué travesuras?

—Jacianle una jartá de ellas, dende el punto y hora en que decía que nones hasta después de enyugase, y en má é cuatro ocasiones perdíase anguna morterá; ó toa una somanta al estilo de Valdeguña, que á un calvo le ardía el pelo, y figurarvos quién se la alcontraba. Él salíase con la suya de no pagar el caldo, pero vos aseguro que el probe sudaba tinta negra de escribir.

—Por lo que es como don Celidonio no quiera avenirse á pagar, también pué prepararse. Reconian; güenu juera que porque este podríu de cuartus marchárase de rositas… Pos, no señor; respetive á esto tos semos iguales; conque, que sude. Y no es por el tanto ó cuánto de la piriñaca u lo que sea; es por la costumbre, ná más por la costumbre, y pá que no se ría…

—Eso es —añadió otro— A cuenta que el tíu lichón arrampla con lo más majo de la aldea. Porque, mirai que Martuca pué ponerse onde están las guapas… Ná ná que, pague.

—Lo mesmu digo

—Y yo.

—Y tos, ¡qué rediez! —siguió Eustaquio— tos estamos de alcuerdo. Y, estándolo, á ver qué vos paece de lo que tengo pensao. Ahora mesmucu, pian, pian, nos plantamos en ca de Martuca á por el caldo. ¿Qué nos lo dan …? Pos, tan amigos; de salú le sirva; venga esa mano y que sea pa bien. ¿Que nos dicen que allí no se nos ha perdiu ná, que sobra gente y que por la puerta se va á la calle…? Entonces, ¡aquí te quiero escopeta! como no se jaz maldito el caso de una costumbre que vien ná menos que del tiempo de los moros, y se nos desprecia con fanfarria, tenemos que no andamos con andrónimas y armale á don Celidonio un tiberio de los que repican juerte; ¿qué vos paez?

—Manífico. Y lo que es como gordo, tien que ser gordo, porque amás, amás, el indiano es viudo —replicó Cirilo— y valiente cencerrá pue chumpase por melenu.

—De manera que no hay más que hablar ¿Andando?

—Andando.

Salieron los mozos del portal de la iglesia, enfilaron la morrilluda calzada, abrieron la rústica portilla de picaporte de madera, la cerraron, siguieron cambera adelante, torcieron á la derecha, cruzaron una brañuca, dirigiéndose á una callejuela, desembocaron en una campa, y se fueron decididos hacia una casa de portada enorme, delante de la que había un magnífico nogal.

De par en par estaba la puerta cuando junto á ella se pararon los mozos. Dentro de la casa notábase algazara, risas y chocar de vasos, producido todo por la gente congregada para dar la enhorabuena á los novios. Allí estaban Martuca, la novia, obsequiando atenta, y oyendo jubilosa los plácemes de sus amigos; y allí estaba el perínclito don Celedonio Majaelhambre y Tumbatrés, que lucía pantalón de campana á grandes cuadros, chaleco de piqué con leones de realce, gruesa cadena de oro macizo, chaquet de faldón cuadrado, alto de cintura, con ribetes de seda, y jipijapa flamante de gran alero, con su poco de escarapela. La satisfacción que le embargaba manifestábase en risas estrepitosas, en continuo ir y venir, y era lástima, en verdad, que los carrillos del indiano no cesarán tal cual vez en sus temblores de alegría, por obra de dos indómitos juanetes que pugnaban por romper la estrecha cárcel de sus botas y eso que eran estas de las de codo en cuadro.

Don Celedonio, entregándose por entero á su felicidad, solo veía á Martuca, y así se acordaba de los mozos como de la primera guantada que le dieran en la sacristía de Cádiz. Pero los vio la novia, no tan ebria de amorosa locura como el cincuentón galán, y acercándose á este le sacó del cielo de su dicha, diciéndole:

—Oiga usted, don Cele… —Y rectificando luego, como el carmín su cara roja, — Mira Celedonio, ahí se ve la mocedad del pueblo que viene por el caldo.

Rezongó el aludido tan á maravilla que temblaron los circunstantes, y enarcando las cejas de expresar crines, contestó á la anovia:

—Maldita la falta que hace aquí; con que ya pueden los mozos irse á tomar vientos.

—Pero, hombre ¿los vas á despachar?

—Pues no, que se hila. Y ojo con que yo me atufe, porque soy capaz de…

—Sí, ya lo sé, capaz de darles media onza para que la gasten á nuestra salud, ¿verdad Celedonio?

—No me vengas con zalamerías Martuca; aquí vivís, con poca diferencia en la iznorancia, cuasi que en el salvajismo; y porque á cuatro gaznápiros se les pone en la mollera raspuñar varios pesos á una persona decente…

—Pero si la costumbre…

—¡Qué costumbre, ni qué ocho cuartos…! Váyanse con Dios y la costumbre, y que anden con pies de plomo esos jabalines, porque si me sulfuran les meto una perdigoná que los abraso.

Vio la novia perdido el pleito y allá se fue donde los mozos para decirles con dulzura que la «ilustración» de don Celedonio no podía transigir con usos como el del caldo.

—Güenu, mujer —contesta Eustaquio— ya mos suponíamos nosotros que de aquí sacaríamos lo que el negro del sermón. Vaya, pues quédate á la paz de Dios, Martuca, y disimula si te molestamos, y no te irrites por la jarana que tien que haber, porque no es por ti, eso bien lo sabes tú, y que tos sentimos jacerte una mala jugada pero, que quies…

No fue más largo ni menos expresivo el discurso del mozo, y entre pesarosos por la novia y reventando de gusto por dar que sentir á don Celedonio, fuéronse por donde habían venido, en tanto que Martuca también se retiraba, proponiéndose impedir con buenas artes que los mozos llevaran á efecto alguna hostilidad.

Amanecía. ¡Triste la noche para don Celedonio la noche que expiraba! Aquellos malditos mozos tomaron tan á pecho el desaire del caldo que á partir de la mañana de los pregones se cebaron sañudos con el indiano. Por donde quiera que iba sonaba un ladrido, el tintineo de menuda esquila, el grave talán talán de talludo campano, ó estruendo horrísono de latas calderones y almireces. Al habitual silencio de la aldea había sucedido monstruoso desconcierto de salvajes en libertad. ¡Ah! don Celedonio juraría á veces que los demonios vivían en Pontoria en numerosa pandilla con el único fin de atormentarle con ruidos del infierno. Bien, bien se vengaban aquellos «bárbaros» de él, porque no quiso rendir homenaje á una costumbre «irracional». Pero, ¿y para qué serviá la autoridad? ¿No era su deber impedir los atropellos de los ciudada-

nos pacíficos? ¿Para cuándo eran la Guardia Civil, las cárceles, los cepos, los grillos, los azotes y hasta la mismísima pena capital? Se quejó al alcalde del barrio, y después al del Ayuntamiento, y como si callara; los representantes de la augusta autoridad hicieron oídos de mercader á los quejumbrosos alegatos del magnífico don Celedonio, lo cual hizo afirmarse á éste en una idea que saltó con él á tierra en Santander: que la libertad no era de Europa.

Quince días iban transcurridos, quince días de sofocación, de coraje y de vergüenza. En aquellas dos semanas de martirio ni una vez sola dejó de responder al toque del Ángelus el eco pavoroso de cien discordes artefactos movidos con feroz valentía por los mozos de la aldea, que así tomaban el desquite de la negación del caldo. ¡Qué constancia la suya y que testarudez! Porque la misma tarde del día de los pregones, Martuca, habilidosa, había pretendido limar asperezas y contentar á los díscolos sin conseguir sus propósitos, sucediéndole otro tanto á su parletero padre, y lo que era peor, al presunto padrino de la boda, el jamás como se debe alabado don José Pedro Piedra, insigne maestro de la gramática parda, filósofo de trampolín, orador agudo, de meliflua voz y mímica asiática, padre del gracejo y hermano mayor de las marrullería, ¡Oh! sí, cuando don José Pedro no había conseguido reducir á los «genízaros», bien podía asegurarse que era infinita su testarudez, aunque parecía que él no allanarse á las silenciosa paz consistía en que don Celedonio no daba su consentimiento para las negociaciones.

Volvamos al atribulado novio.

Aquella noche, noche horrible fue. Pasada en vigilia, no le atormentaron tanto pensamientos mil haciéndoles viajes y contorsiones en el fondo del cerebro, al considerar lo gravísimo del paso que iba á dar, como la bacanal de estentóreos gritos, rebuznos y cantares de una veintena de «desalmados» que agitaban con incansable afán todo género de cosas á propósito para formar el más tremebundo ruido de la mayor de las encerradas que en Pontoria oyeron oídos humanos. Con las últimas horas de la noche quedó en silencio la campuca delantera de la casa del indiano. El cansancio seguramente había concluido con las fuerzas de aquellos «beduinos»; así fue como al entrar hasta la alcoba del ajetreado mártir el primer rayo de luz de la alborada, saltó del lecho y abrió de par en par la ventanuca, con ánimos de refrescarse la ardorosa frente. ¡Nunca lo hiciera! Apenas asomó la faz lívida con manchas azules por el vano de la ventana cuando atronó el espacio una formidable explosión de ruidos, bastante tremenda para asustar al pobre don Celedonio que, por centésima vez maldijo su suerte y las salvajes costumbres de la aldea, dejándose caer desalentado sobre un sofá. Sintió tristeza, sintió coraje, deseos de súplica humilde y ganas de correr, de matar y destruir. Momentos más terribles… Y los «abencerrajes» aquellos, sonando latas, al-

mireces y campanos con el mayor de los bríos… A don Celedonio le zumbaban los oídos, se le rompían las sienes, quiso llorar y no pudo; quiso coger la escopeta y le faltó decisión, y así, entre alternativas de ceder y de perseverar, llegó la esplendidez de la luz del nuevo sol y con ella la fuga de los verdugos. Ya entonces el indiano se sintió más decidido, más con valor para mayores luchas; sobrepúsose en él á los dictados, de la prudencia, el imperio del orgullo, y… «adelante —se dijo— todo, menos transigir con la tribu de los cencerros».

Dos horas después se encaminaba don Celedonio á casa de Martuca, vestido de punta en blanco, boyante y reluciente. Olía á membrillo y alcanfor su traje negro, de corte irreprochable siete años atrás; de azogue parecían por el brillo sus botas de becerro; eran de tablas la pechera de la camisa, el cuello de grande apertura, los botones de rubíes, esmeraldas y zafiros, la corbata negra de lazo, y el hongo flamante con el lustre del taller. ¡Qué gran persona! Que le fueran á él, á don Celedonio Majaelhambre y Tumbatrés, en aquella guisa, próximo á apretar el nudo corredizo á su existencia de viudo en libertad, que le fueran á él con cencerradas estúpidas y verían los «agarenos» cuán grande era su fortaleza y con qué desprecio los miraba…

Cuando llegó á la casa de su prometida fue recibido con saludos cariñosos por su futuro suegro, por el padrino de la boda, por la madrina y por más de veinte personas que formaban el acompañamiento, llevándose encima los trapitos de los días que repican fuerte. Y ¡qué guapa estaba la novia con su traje de piel de diablo, su mantilla de encaje y el simbólico azahar! Mirándola, á don Celedonio le temblaron las carnes y se hizo unas puras mieles; después se le puso la caraza roja, congestionada, y, por último, acercóse á ella rezongando como osezno juguetón, para decirla callanduco… alguna atrocidad, porque el rostro de la joven se tornó, de pálido, encendido, como la grana.

En marcha la comitiva, llegó á la iglesia, y en el atrio fue recibida por el párroco que, previas las formalidades de rubrica y las advertencias del ritual, declaró á los contrayentes dos en la misma carne, con vínculo de por vida. No faltaron á la ceremonia ni Eustaquio ni Cirilo, ni ninguno de cuántos «destroza-fiestas» eran entonces la pesadilla de don Celedonio, más asistieron con religiosa compostura, no exenta de alguna envidia al novio panzudo y cincuentón; y cuando al fin de la misa este llegó á verlos tan pacíficos, pareciole más guapa su novia, su mujer, más ocurrente el padrino, más hermoso el día, más brillante el sol, él más joven y más ágil, y en un tris estuvo que en mitad de la campera no echara los pies por las alturas en zapateta de alegría instrumentada con un ijujú que de salir oyérase en Mozagro. En su alborozo no dejaba de tomar una gran parte su orgullo, porque á su peso, «a su importancia» atribuía él metamorfosis «tan radical »como la que estaban viendo sus ojos.

Pero ¡qué poco le duró la dicha! Quince minutos no habían transcurrido desde que los recién casados y sus acompañantes entrarán alegres en casa de Martuca para tomar el chocolate, primorosamente preparado por Pepuca la Joraca, cuando rasgó los aires el eco pavoroso de uno de aquellos repiques estridentes y colosales que en tantas ocasiones lastimará en la quincena los oídos y la dignidad del indiano. Enmudecieron al oírle, estremecidos los que hablaban, desvaneciéndose las sonrisas, se mantuvo prudente en los labios el chiste próximo á saltar, y don Celedonio sintió algo como el golpe bárbaro de la peñona de Carranceja aplastándole. Se indignaron los convidados tras la sorpresa, de buena fe muy pocos, con interna satisfacción los más y mientras se disponía á salir don Luciano, para disolver la desenfrenada turba, alguien se asomó á los cristales y puedo ver una muchedumbre que no daba paz á la mano en la tarea de herir los más diferentes objetos, todos horrísonos, divirtiéndose también en vapulear á uno de dos peleles que, en representación burlesca de los casados, llevaban caballeros en asno cachazudo.

En tanto que el cura salía, y cuando don Celedonio hubo vuelto á darse cuenta de la triste realidad, se acordó unánimemente, sin discutirse, en brevísima consulta, que la pareja emprendiera la fuga sin tardanza. Era el único remedio para oponer al mal de aquel tremendo motín de atroces sonoridades.

En un dos por tres se cambiaron las galas de ceremonia por los vestidos de viaje; marchó á Saliera un *propio* á buscar un coche, que ocuparían los recién-casados en la Venta, y allá se encaminaron al regreso del señor cura, á quien dicho sea de paso, no quisieron esperar los «energúmenos».

Salieron los novios, semejante á penados que quebrantan sus cadenas, con toda clase de precauciones, por la trasera de la casa, y á los veinte minutos respiraban tranquilos, libres del ruido atormentador de los cencerros, y acompañados por algunos amigos y parientes que se les unieron á la deshilada.

Allí se volvió á encontrar valiente y casi hasta sentir matón el gran don Celedonio, que se lamentaba de haber tenido tanta «longanimidad» cuando había sido lo procedente echarse al ojo la escopeta y á tiro limpio de perdigones loberos haberle roto la crisma al lucero del alba. Bien que él, si entonces tuvo paciencia, no lo tendría ya nunca, pero tendría memoria de la ofensa, eso sí, y más de cuatro de aquellos «brutos» habrán de perder algún diente á golpes de fieros puñetazos.

Llegó el coche, se concluyeron las obras de Martuca y don Celedonio, sin sudores, se sintió más y más embravecido, profirió amenazas mil y tras de prolongada despedida de lágrimas, besos y apretones, restalló la traya el mayoral y con el último adiós se confundieron los ruidos de los cascabeles al ponerse los caballos al trote, para desaparecer muy pronto entre nubes del polvo de la carretera.

Rodaba el coche, siguiendo las curvas de la corriente del Saja, y el indiano, con su mujercita junto á sí, se consideraba el más feliz de los mortales, sin recuerdo el más remoto de las pasadas tribulaciones. Cara á cara de Martuca, oprimiendo sus manos, aspirando su aliento que de rosas le parecía, mirándose en sus ojos, la fantasía se desbocó y volaba vertiginosamente sobre los cielos y cielos de goces y venturas *summum* de la felicidad… De repente, en una revuelta del camino, al fin del Esgovio, de entre los bardales, de las quimas de los álamos, las copas de las cagigas, arrancándole de sus sueños de gloria para resumirle en las tenebrosidades de la angustia surgió aquel aborrecido estruendo de Pontoria, y surgió tan brutal, que jamás, era bien seguro, había azotado sus oídos tan fieramente el ruido de las cencerrada.

Pararónse despavoridos los caballos, y notándolo don Celedonio, azoradísimo, pálido por el cruel ultraje, pudo reunir sus escasos alientos para gritar al auriga: «arrea, corre, escapa, pega á los caballos hasta que se desboquen», y después, tristón el semblante, semilloroso, los ojos saltones, convulso, hizo una cruz con los dedos, y besándola dijo con cavernosa voz: «por esta que ni muerto volveré á Pontoria».

—Paezme que va bien despachao. Cencerrá como esta nunca se vio en los jamases, y bien puede decir don Celedonio, si es de su gusto que casamiento más sonado que el suyo ni el rey. Ni de más campanillas, tampoco, chachos, que solamente estas colleras de los más mis güeis tienen cuarenta y ocho.

—Se ha batido el cobre de pistón, Ustaquio, y to si bien se amira, na más que por la roña de este tío morral… Haylos más porbes que nosotros. Y si á mano viene hasta más brutos, porque me paece á mí que á tos nos gana á brutos el indiano.

—Eso ni que decir tien, Cirilo.

UNA CHICHARRONADA

La noche era oscura como boca de lobo, y por encima de Pumalverde bajaban hasta el pueblo de La Virgen los vientos de la mar, alentando promesas de cellisca en aquella noche de diciembre.

Podíase creer por esto que los vecinos de aquel rincón montañés se acostarían, apagados los últimos garojos que humeaban sobre el llar; pero no fue así, y á hora como de las nueve giraron varias estornejas de unos cuántos portones centenarios, y por los callejones de La Virgen comenzaron á lucir cinco ó seis farolucos, alumbrando á una docena de valientes que á tropezones sacaban chispas de los morrillos, admirados del suceso.

El cual tenía explicación.

El día antes había exhalado su postrero gruñido *el de la vista baja* de tía *Dolencias*, quien convidó para aquella noche á los vecinos á una *chicharronada* que se mojaría con sendos tragos de aguardiente. Los invitados, gente de palabra, y amiga de no faltar á los amigos, hacíanse los suecos al rutar del Norte y allá iban, y eso que «se necesitaban güétagos, por el aquel de la perra noche», según alguno decía.

Para todos los convidados —menos para tío Cequiel, que á creerle, «estaba curado de andróminas de brujerías y aparecíos— pasaba como artículo de fe que tiene Dolencias era bruja, que cabalgaba las noches de los sábados en una escoba llevándose á los niños; y así hubo quien se quedó en su casa prudente, y quien llevaba en la faltriquera el laurel de Ramos, en clase de conjuro.

No es de extrañar por tanto, que tres mozos del pueblo, los jaques, Cleto, el Nene Celedonio y Serafín el de Chisco, se acercarán con su porqué de recelo á la casa de los chicharrones; y que como en lo de espantar al miedo haya tantos sistemas el uno desafinara con aguardentosa voz en guajiras del propio Toporias, pasará y repasará el segundo las cuentas de un rosario gigantesco, adulterando el Ave María con trozos del *Yo pecador* y que diera brincos y corcovos Serafín como rucio retozón, llevando al cuello, donde parecían haber nacido, unas colleras de innumerables campanillas.

Llegaron al fin sudorosos los tres valientes con negruras en las rótulas por causa de las tembladeras á la cocina, y desechando el pavor por inconveniente, y más

que por inconveniente por incompatible con los mandamientos de la gula, diose principio de la chicharronada, servida con rumbo en ley de verdad.

Los trozos magros y los que no lo eran, lo mismo que las manzanas untuosas por la pringue y tres fuentes monumentales de arroz con leche; desaparecieron con rapidez, engullido todo por estómagos gargantúas sin asomos de fin ni noticias de indigestión. Añádase al tragar voracísimo y sin punto de aquellas gentes el agotamiento de una damajuana de dos azumbres de bala rasa por bocas que desconocían el cansancio y júzguese la algarabía de la reunión.

Poco á poco, palabra de un lado, apunte de otro, se puso sobre el suelo de la cocina de tía Dolencias, la magna cuestión de las brujas, no sin que los ojos de los asistentes se fijarán más de una vez, turbios y enrojecidos, en la cara beatífica de la promotora de la chicharronada.

Gordas las lenguas y balbucientes —consecuencia de las azumbres difuntas— trazas se veían en el maremágnum de las conversaciones de que nadie se entendería, cuando tío Cequiel, mandando silencio á gritos, expuso su parecer, brillándole bajo las enmarañadas cejas los ojitos ratoniles.

—To eso —dijo— de que las brujas se apaecen y que dale y que torna, no es más que fantasía puramente. Lo mismo créome yo esas músicas que si me dijeran que era el acabose de leíu y escribía el lichón del secretario.

—Poco á poco tío Cequiel —interrumpió Pepona la bizca, abrasándole con la lumbre del ojo sana— que no haiga brujas, paréceselo á usted y no á mí que me sé de memoria lo que le pasó á Gagarranceda el de Cabezón, que diendo una tardezuca por Piribí, alcontrose con que los güeis no querían andar por amor de una cabra que púsose delante amirándolos. Garranceda sacudióle á la pingona con la ahijá, pero amigo de Dios, ha de saberse usted, que cuanto más la atizaba más grandísima se iba jaciendo.

—Mira Pepona ¿vistelo tu?

—Como velo no lo vi, pero el tantu del dicho… Además, aquí tien usted al Nenen Celedonio que viniendo un día por el *Jalleu* alvirtió una voz en las puras lágrimas que le decía: «espérame, espérame, espérame» y amiró y no vio persona nacía y se le quitó el resuellu y tuvo que pampurrias tres semanas. Y eso no es más que cosa de brujas tío Celedonio.

—Dígote que eres más bruta que una macona Pepa. —Tío Garranceda y Celedonio habríanse mercado en la taberna, si á mano viene, una mordaguera más gorda que lo que al respective es particular y antojáronseles los dedos huéspedes; que lo demás así hay brujas en este mundo como ochentines en la mi corralá.

—Güeno, güeno, tío Cequiel —objetó Cleto hablando á trompicones— ya sabemos tos que usted es un fanfarrioso que se las da de valiente. Quisiérale yo ver la noche que á mí…

—¡Reconcho! Cleto —interrumpió tío Cequiel con ojuelos, sonrisa y tonillo de *tomadura*— malíciome que tamién el hijo de tu madre ¿hale pasau de qué cosas con las brujas?

—Y de pistón que fue… Y no se ponga tan jaque que, si le pasará á usted… sabe Dios. Pos señores, que venía yo del molino con una quilma al hombro porque no pude emprestarme Celedonio la rucha, motivu á que tenía que dir á la Gándara á no sé qué negocios del Ayuntamiento como alguacil que era, cuando viniendo por el santo de la Jerra entráronme ganas de liar un cigarrillo. Pos señor…

—Amira, Cleto —dijo Serafín— que entoavía malas penas si has escomenzau.

—Bueno. Pos señor, que túmbome, saco la petaca, lio mi cigarro y al encender la cerilla alvierto jacia Manalosgüeis una de panderetas y cantares, que parecía talmente la romería del Mozucu. Era aquello el acabose. Pos señor, díjeme para mis adentros, la gente de mi aldea por juerza toa se achispó. Me levanto, sigo cambera alante y ¿creeis que to calló de repente?

—Temblaríante las piernas, ¿eh? —preguntó Pepona con cara de susto.

—Temblarme, temblarme, tanto como temblarme no; pero ¡rediez! los pelos poníanseme como jelingros y la pajera de la boina se me quería dir.

—Vamos —dijo tío Cequiel— que hacía tal cual de miedo.

—¿Miedo yo, viejuco sin asauras. Hombre, no me tientes la paciencia, si quiere que haiga paz… Pos señor, llegó á casa de Coballes, siéntome pa amañame un escarpín que me lijaba, y otra vez el dale que le das á la pandereta; pero entonces muy cercuca. Amiré y na no vi alma nacía. Anda que te anda allegué junto á casa de Mari Marcela y to en paz; pero al pasar por la cuevona, ¡concho! se armó un tiberio que paecía la fin del mundo. No pude resistir más, tiré la quilma á la vera del huerto de Severiano, agarro una estaca y…

—Perdiste los calzones corriendo ¿noverdá?

—Mire tío Chafandín, que ándale buscando una aguantá á los sus morros.

—Sigue, sigue Cleto —dijo Pepona ya despavorida— no te alicortes por el güeceque de tío Cequiel, que está de groma.

—Pos señor, güélvome atrás y ¿queréis creerme que la algarabía era aproximao á casa de Rogelio? Tenía yo entonces la entraña más negra que la pez de un una corambre y en forma iba que de denguno se divirtiera conmigo. Pero, ¡quiá! callaban los ruidos de las panderetas con cascabeles, y otra vez es comenzaban; hasta que sin

darme cuenta debieron chocolarme en la cama las brujas… que brujas eran, porque el día siguiente alcontrose la mi quilma…

—Sí, ya lo sabemos —interrumpió el viejo malicioso— arrimá á la socarreña de D. Manuel Andrés. ¡Pues menuda papelina habías agarrao en Cabezón!

Y sin aguardar al mozo que llegó hasta á levantarse enfurecido del tajo, echó á andar á oscuras carrejo adelante, salvo la escalera y fuese á reír por adelantado su diablura.

Media noche era por filo: las conversaciones de aparecidos y brujas habían hecho el gasto en la conversación; fue amortiguando la lumbre, chisporroteó sediento de aceite del candil, cuya torcida colgaba ansiosa de espirar, y los convidados de tía Dolencias levantáronse, como si el chisporroteo fuera la señal del fin de la chicharronada.

Había muchos ojos chiribitas, alentaba el miedo con temblores en las perneras de los tres jaques consabidos, y las mujeres agarrábanse una á la punta de la falda de otra; y así enfrontaron, delante la dueña de la casa, el carrejo que conducía á la escalera, todos con la respiración contraída, el Nene Celedonio apretando las cuentas del rosario, y el laurel bendito aquellos que le llevaban.

Su porqué de pánico hubo en las filas al bajar del *soberao* con bufidos la minina de la casa; pero repúsose la gente y allá fue el convoy, piña de inválidos del miedo, en busca de la puerta.

Salió el primero jacareándose *sus* guajiras con trémolos de medrana y aguardiente barato, Cleto, el más Cid de los Cides de marras; y no había puesto el pie en la solera, cuando cayó de bruces sobre los morrillos del portal. Caer, rebotar en el *blando* pavimento y salir como gato con lata en la cola, fue todo uno. Se apagó el candil durmiéndose en la sombra y el ejército de la chicharronada lanzó un grito de espanto que hizo huir al cárabo vecino; tan formidable fue.

Hubo exclamaciones de angustia, un vendaval de faldamentas, flujo y reflujo hacia la salida, y manotazos al buen tuntún, uno de los cuales dio en tierra con el candil, que se estrelló con estrépito… y como si obedecieran instantáneamente á un mismo impulso, todos á una quisieron huir, todos se agolparon á la puerta y todos cayeron de bruces, levantándose por resorte en medio de una atroz chillería que hizo pensar con pánico á las ranas de la próxima laguna en hecatombe inmensa. Un segundo después tía Dolencias en medio de su *soponcio* percibía desde el tercer escalón los chillidos de la gente atropellándose por las callejas de La Virgen.

. . . . . .

Si los asistentes á la chicharronada estuvieran en condiciones de ver al salir de casa de la *bruja*, hubieran visto un hombre que se ahogaba de risa en un balcón cer-

cano; y hubieran visto más, hubieran visto que aquel hombre salía de su casa cuando se hubo extinguido el último eco de los portazos en las de los que huían y se acercaba al portal de tía Dolencias, volviéndose á casa con un saco al hombro.

. . . . . .

Al día siguiente los madrugadores vieron en el varal del balcón de tío Cequiel boinas, delantales, pañuelos, escarpines, unas colleras con falta de tres campanillas y siete sin *manjuelo* y un rosario con cuatro dieces sin Marías.

Era el botín que habían dejado por la noche los de la chicharronada, huyendo medrosos después de caer al tropezar en el bramante que colocara el viejo maligno al ras de la solera.

EL «IJUJÚ»

Concluye esfumándose las últimas notas del *cantar* montañés, y de la garganta del mozo que primero modula blandamente sale un grito penetrante que muere rebotando en las peñas de los montes.

No tiene definición: dársela es imposible.

Tampoco tiene un nombre determinado: se le llama *jujeo*, *chisquido*, *ijujú*, acercándose más la última palabra, que es onomatopéyica, a su descripción.

Averiguar su origen, la causa de su existencia, es perder tiempo. No falta autor, hombre eminente, que halle el ijujú usado por cántabros y astures como grito de guerra: ni quien le suponga el adiós a distancia de mocedades amigas; ni quien renuncie á discurrir sobre lo que compara con las sonoras manifestaciones de la gran familia de Babieca y Rocinante.

La definición, el nombre ni el origen interesan en este momento. Basta para el actual propósito que el grito exista, y que existe sábenlo todos los montañeses.

Tiene señalada su manifestación al final del *cantar* de ronda ó de romería. Al concluir las marzas, los picayos, los sones con que se alegra y se ayuda á trabajar el mozo montañés no *jujea*.

¡El ijujú!

Levántase poderoso y enérgico, melancólico y blando, mezcla incomprensible de desafío y plegaria, el cantar montañés: expira, tras de acentos robustos, dulce como una caricia, leve como el suspiro de un ángel, la postrera nota que recoge la brisa aleteando, y el grito el ijujú de un mozo ó de toda la compaña brota pujante con trémolos que escalofrían.

Las violentas rasgaduras hieren el aire en lo profundo y se puede percibir el tristísimo lamento de la armonía destrozada.

Pero no importa: hay allí grandeza, hay en confusión bravura y lágrimas, desencantos y aspiraciones, odios con raíz que pregonan lucha y amores que gimen suplicantes. Y al sonar, al romper bruscamente las ondas, volcando en ellas los estentóreo, entra por el oído, repercute en el alma, y el montañés tiembla, se estre-

mece, y algo que no se explica le hace gustar el desacorde del ijujú que funde quién sabe si todo lo más íntimo de la raza.

Arriba, en el sendero que sube por la sierra, serpeando entre árboles y flores, vecino del arroyo que vive en la quebradura, cantan; cantan abajo, en el fondo del valle, gala de la Naturaleza, miniatura de un edén; cantan en la umbría rumorosa del robledal; y en la planicie de la verde pradería cantan. El sol desciende a ocultarse trás de los Picos de Europa; los pájaros enmudecen; la brisa, sin soplos con que besar las hojas inmóviles de la arboleda, pone fin a sus murmullos; las brumas precursoras de la noche bajan lentamente á *selarse* en las cumbres, y en las copas de los cajigos… la tarde muere.

De pronto, en medio de la solemne calma del anochecer, turba el silencio un cantar que se mece lánguido en la expirante ventolina. El cantar acaba, nota flébil de un arpa minúscula, y de lo alto del sendero desgájase un grito valiente…

Es el iujú, el ijujú, á que responden en el valle, y en la sombra y en la pradería otros que se confunden y se agigantan, y pierden su bravura en el choque violento con las peñas, difundiendo por el espacio su melancolía, que va á morir en el seno de las ondas; es el ijujú, la válvula de los goces y de las penas en el mozo montañés el ijujú, desacorde musical, mezcla extraña de tristeza y alegría fieramente manifestadas… el ijujú, que si inharmónico hiere al oído, llega purificado, ya dulce, al corazón, y despierta en él dormidos sentimientos de energía y de ternura, condiciones características del alma montañesa.

TRADICIONES MONTAÑESAS. EL ORIGEN DE LA «ROBLA»

Dos significados diferentes da el Diccionario de la Academia Española á la palabra *robla*, de tanto uso aún en estos tiempos, y antiguamente más en la Montaña.

Es uno el que la deriva del latín *roborare*, equivalente á fortificar, dar firmeza, verbo nacido del sustantivo *robur*, roble. Es otro la sinonimia con la palabra *alboroque*, del árabe *albaraea*, dádiva, agasajo que hacen el comprador ó el vendedor ó ambos, á los que intervienen en una venta,

¿Cuál de las dos acepciones es la que conviene á la *robla* montañesa?

Bien pudiera ser la segunda, la que significa la convidada en celebración del gusto con que se ha concluido una compraventa que ambos, vendedor y comprador, juzgan favorable á sus intereses. Pero si se repara en la común taciturnidad del carácter montañés, tan distinto del andaluz que perpetúa el alboroque árabe dándole vida con el pretexto más fútil; y si por añadidura se considera que los montañeses somos, por regla general, amigos de dejar las cosas «en su punto», y además desconfiados y recelosos, no será la acepción de agasajo la que demos á la robla, sino la de fortificar, la de dar firmeza

Si la consideración del carácter no fuese razón á que así se juzgue la robla, aún pudiera añadirse la que dimana de las ocasiones en que esta tiene lugar. Sabido es que se celebra bebiendo en amor y compañía los contratantes y algunos amigos, después de cerrar el trato sobre una ó varias cabezas de ganado en generalmente, y generalmente también en las ferias. Del contrato no existe más que el acuerdo verbal; el comprador, pagado el precio, descansa en la buena fe del vendedor; ¿no puede este, infiel á los pactos, reclamar como suya durante todos los días que la ley le permite, las vacas ó la pareja que vendió? ¿Quédale en este caso verosímil alguna excepción legal al comprobar, confiado en la honradez, en la palabra solemne del vendedor? Natural es, por eso, que más que la alegría por la compra busque el comprador la firmeza del contrato con la *robración*, —con la *corroboración* de su dicho ante los tribunales por los testigos— si por mala fe del vendedor tuviera que defender como suyo lo reclamado por este.

Puede replicarse que la robla holgara, siendo de este modo, contratando ante testigos. Cierto, pero las costumbres no se improvisan, y las arraigadas en el pueblo mueren ó se sustituyen con dificultad.

Y esto de la robla debe tener un origen de muchos siglos en la Montaña.

Permite pensar esto la existencia de la *robración* hace muchos cientos de años en comarcas donde apenas es ya conocida, si bien lo que de ella se sabe es aplicable á los bienes raíces.

Según el fuero municipal de Alcalá de Henares los contratos de venta de inmuebles habían de ser publicados (robrados) un domingo durante la misa mayor; y un domingo, u otros días expresamente señalados, se habían de *robrar* ante el Ayuntamiento en Sepúlveda

«Todo ome —dice el primero— qui comprare heredat en Alcalá é carta ficiere, día de domingo la robre en la colatión exida de la misa é prestel, é si non fuera robrada día de domingo, non preste; é si carta toviere robrada é otro ome le demandare la heredat, dé fiador á la carta que cumpla lo que iacet en la carta, respondanle; et si non diere fiador nol responda…»

Y dice el Fuero de Sepúlveda:

«Tot omme que en Sepulvega comprare heredat ó en su término, el que la vendiere véngalo robrar á Sepulvega por concejo el dia de domingo, ó el martes de las ochavas de Navidat, ó el martes de las ochavas de Pascua de Resurrection, ó el martes de las ochavas de Cinquaesma… et si por aventura algún omme gelo retentare ó gelo demandare, dée fiador ante los alcaldes á la carta quél demostrare que tiene robrada… »

Esta robra, que era como una confirmación solemne de la compraventa, mejor que en contratos escritos se explica en los verbales, y siendo, indudablemente, su origen visigodo, no hay razón para suponer que no existiera, aunque no se conozcan datos para ello, en la Montaña, con tanto mayor motivo cuanto que esta se mantuvo casi libre de la dominación árabe, y pudo, por consiguiente, confundirse en todo más con aquella raza, de cuya influencia es fácil distinguir numerosos vestigios en el pueblo montañés al cabo de tantas centurias.

GOBIERNO
de
CANTABRIA

CONSEJERÍA DE CULTURA,
TURISMO Y DEPORTE